

Scott Hahn



Señor, ten piedad

La fuerza sanante de la confesión

Este nuevo título de Scott Hahn se centra en el sacramento de la confesión. Cuando más la necesitamos, menos parecemos desearla. Sin embargo, Jesús comparte su infinita misericordia a través de su Iglesia en el sacramento de la reconciliación, que es clave para nuestro crecimiento espiritual.

La confesión nos protege de vivir engañados sobre el mundo, sobre nuestro lugar en él, y sobre la historia de nuestras vidas. Es el mundo habitual en que los creyentes llegamos a un conocimiento más profundo de cómo somos en realidad: es decir, de cómo Dios nos ve.

Saca a la luz los oscuros rincones de nuestra alma para que nos veamos ante la mirada de Dios. Puede resultar difícil, y en ocasiones doloroso, pero al final nos salva con el todopoderoso toque de Jesucristo.

A través de la confesión empezamos a curarnos. Empezamos a enderezar nuestra historia. Empezamos a conocer la paz.

Tercera Edición

Dedicado A Gabriel Kirk Hahn

Omnia in bonum (Rom 8,28)

INDICE

INDICE 2

I. ACLARANDO NUESTRAS IDEAS 5

SUPERAR EL TEMOR 5

EL LADRON DE PITTSBURG 5

SCOTT-LIBRE 6

EL TOCON DEL BOSQUE 7

PONER LAS COSAS EN CLARO 7

OLVIDADO, NO PERDONADO 8

EL CAMINO MÁS TRANSITADO 9

II. ACTOS DE CONTRICCIÓN: LAS RAÍCES MÁS PROFUNDAS DE LA PENITENCIA 10

LA VERDAD DESNUDA 10

LA INCAPACIDAD DE CAÍN 11

ARREPENTIMIENTO O RESENTIMIENTO 12

DIOS LO HACE RITO 12

UN DESBARAJUSTE PARA CONFESAR 13

ROMPER EN LAMENTOS 14

III. UN NUEVO ORDEN EN EL TRIBUNAL: EL FLORECIMIENTO PLENO DEL SACRAMENTO 16

EL PARALITICO DE DIOS 16

UN PODER NUEVO 17

UNA BASE COMUN 18

PRIMERAS CONFESIONES 19

EL DESARROLLO EN EL TRANCURSO DEL TIEMPO 20

EL MEJOR ASIENTO DE LA CASA 21

IV. AUTÉNTICAS CONFESIONES: SELLADAS CON UN SACRAMENTO 23

LOS SIETE MAGNÍFICOS 24

CONDICIONES TRADICIONALES 25

EL REVÉS DE LA TRAMA 27

¿QUIÉN NECESITA UN SACERDOTE? 29

V. ¿QUÉ ANDA MAL EN EL MUNDO? UNA SÍNTESIS 30

SINCERIDAD 30

BUENAS COSTUMBRES 31

LA GRAN OMISIÓN 31

ÍNDICE DE MORTALIDAD 32

ENDURECIDO, NO PERDONADO 32

NO HAY MATERIA PEQUEÑA 33

NINGÚN PECADO ES UNA ISLA 34

UNA MALA ELECCION 35

UN MOVIMIENTO SINUOSO 35

Señor, ten piedad

FALLOS Y FALLAS	36
LA LEY DE LA GRAVEDAD (MORAL)	38
VI. LA CONFESIÓN SACRAMENTAL: ¿QUÉ HAY TAN DULCE EN EL PECADO?.....	39
¡VÁLGAME DIOS!.....	39
UN NUEVO ORDEN, TRASTOCADO.....	40
MALAS CONSECUENCIAS.....	41
CASTIGADOS POR EL PLACER.....	42
LA CÓLERA: METÁFORA, Y REALIDAD	43
LA VERDAD Y SUS CONSECUENCIAS.....	44
VII. TEMAS PARA LA CONSIDERACIÓN: LA CONFESIÓN COMO ALIANZA	46
LA ALIANZA FAMILIAR	46
EN OTRAS PALABRAS.....	47
ENSEÑANZA SUPLETORIA	48
SALVAMENTOS MUTUOS	49
VOLVER AL RITO	50
EL GRUPO DEL HIJO	51
VIII. ABSOLVIENDO AL HEREDERO: LOS SECRETOS DEL HIJO PRÓDIGO.....	52
EL HIJO PRÓDIGO LA ARMA.....	52
¿LA HISTORIA DE SIEMPRE?.....	53
LO QUE VIO EL FARISEO.....	53
PERDIDO Y HALLADO.....	54
RUMBO A CASA.....	55
RESPALDO DE UN ANILLO.....	56
EL GRAN HERMANO TE VIGILA	56
EL ETERNO PROBLEMA.....	57
SIN TEMOR.....	58
IX. EXILIADOS EN LA CALLE MAYOR: NO ES UN VERDADERO ALEJAMIENTO DEL HOGAR	59
LA VERDAD DE LOS FORASTEROS	59
¿CAMINAR COMO UN EGIPCIO?.....	60
LOS ISRAELITAS NO ABANDONAN AL BECERRO	61
EL PUEBLO CAUTIVO	62
FUTURAS GANANCIAS	63
UN TEST PARA LOS BIENAVENTURADOS.....	64
SIN BECERRO	64
X. CONOCER EL DOLOR, CONOCER LA GANANCIA:	
LOS SECRETOS DE LA PENITENCIA VENCEDORA	66
ODIAR EL DELITO	66
LA DOLOROSA VERDAD	67
HABLAR DEL ÍDOLO	67
LA DIETA NO ES SUFICIENTE AYUNO.....	68
EL GRAN CUADRO	69
EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO.....	69

ELIMINAR OBSTÁCULOS AL AMOR DE DIOS..... 70

**XI. PENSANDO FUERA DEL CONFESIONARIO:
COSTUMBRES PENITENTES ALTAMENTE EFICACES.....72**

SOY FUERTE CUANDO ACUDO SEMANALMENTE 72
TENER UN CONFESOR..... 73
ESTAR PREPARADO, ESTAR DECIDIDO..... 74
¡Y... ADELANTE! 75

XII. LA ENTRADA DE LA CASA: LA CONFESIÓN COMO UN COMBATE.....77

VIVIR EN TIEMPOS DE GUERRA..... 77
CUERPOS MÍSTICOS..... 77
PAJAS Y VIGAS..... 79
LOS OTROS SON DE DIOS..... 79
EL DESEO DE VUESTROS CORAZONES 80

XII. LA PUERTA ABIERTA81

CUENTAS PENDIENTES 81
LLEVARLA A CASA 82
BAJA FRECUENCIA 83
LA FUERZA SANANTE DE LA MISERICORDIA 84

APÉNDICES.....85

Apéndice A Rito breve del Sacramento de la Penitencia..... 85

Apéndice B oraciones..... 86

ACTO DE CONTRICIÓN 86
ACTO DE CONTRICIÓN 86

Apéndice C examen de conciencia 86

PRIMER MANDAMIENTO..... 86
SEGUNDO MANDAMIENTO 87
TERCER MANDAMIENTO 87
CUARTO MANDAMIENTO 87
QUINTO MANDAMIENTO 88
SEXTO Y NOVENO MANDAMIENTO 88
SEPTIMO Y DECIMO MANDAMIENTO 89
OCTAVO MANDAMIENTO..... 90
BREVE EXAMEN DE CONCIENCIA 90

I. ACLARANDO NUESTRAS IDEAS

La confesión es un asunto arduo para muchos católicos. Cuanto más la necesitamos, menos parecemos desearla. Cuanto más optamos por pecar, menos deseamos hablar de nuestros pecados.

Esta reticencia a hablar de nuestros fallos morales es completamente natural. Si has sido el *pitcher* perdedor en la final del Campeonato del Mundo de béisbol, no vas en busca de los comentaristas deportivos cuando vuelves a los vestuarios. Si tu mala gestión de los negocios familiares ha llevado a la ruina a la mayoría de tus parientes, probablemente no darás a conocer esa información en un cóctel.

Por otra parte, el pecado es la única cosa de nuestra vida que *debía* avergonzarnos. Porque el pecado es una trasgresión contra Dios Todopoderoso, un tema mucho más serio que un fracaso económico o un lanzamiento fallido. Al pecar, rechazamos hasta cierto punto el amor de Dios, y nada queda oculto para Él.

SUPERAR EL TEMOR

Es pues, bastante natural, que nos estremezca la idea de arrodillarnos ante los representantes de Dios en la tierra, sus sacerdotes, y hablar en voz alta de nuestros pecados en términos claros, sin disimulos ni excusas. El hecho de acusarse a uno mismo nunca ha sido el pasatiempo favorito de la humanidad, pero es esencial en toda confesión.

El temor a la confesión es bastante natural, sí, pero nada «bastante natural» puede ganarnos el cielo, o incluso alcanzarnos la felicidad aquí en la tierra. El cielo es sobrenatural; está por encima de lo natural, y toda felicidad *natural* es efímera. Nuestro instinto natural nos dice que evitemos el dolor y abracemos el placer, pero la sabiduría de todos los tiempos nos dice cosas como: «sin dolor, no hay fruto».

Por mucho que suframos hablando de nuestro» pecados en voz alta, el dolor es mucho menor que el que nos causa el hecho de vivir en un rechazo interno o externo, actuando como si nuestros pecados no existieran o como si no tuvieran importancia. «Si decimos que no tenemos pecado, nos dice la Biblia, nos engañarnos a nosotros mismos» (1Jn 1,8).

El propio engaño es una cosa desagradable en sí misma, pero no es más que el comienzo de nuestros problemas, porque cuando empezamos a negar nuestros pecados, empezamos también a vivir en la mentira. Con nuestras palabras o con nuestros pensamientos, rompemos la importante conexión de causa y efecto, pues negamos la propia responsabilidad en nuestras fallas más graves. Una vez que lo hemos hecho, incluso en una materia insignificante, empezamos a mermar los límites de la realidad. No podemos aclarar nuestras ideas, y eso no ayuda, sino que afecta a nuestras vidas, nuestra salud y nuestras relaciones... más directamente y más profundamente a nuestras relaciones con Dios.

Ésta es una afirmación grave, y algunas personas podrían pensar que es exagerada. Rezo para que el resto del libro confirme esta lección, una lección cuyo duro camino empecé a aprender mucho antes de creer en Dios o de ver un confesonario.

EL LADRON DE PITTSBURG

He de hacer una confesión. Durante mi adolescencia me junté con una clase de gente que era la pesadilla de todos los padres. Hicimos algunas travesuras de poca importancia antes de pasar a delitos menores. Durante algún tiempo, nuestro pasatiempo de las lardes del sábado consistía en raterías en el centro comercial. Un día, me pillaron robando unos álbumes

Scott Hahn

discográficos. No os voy a cansar ahora con los detalles. Sólo diré que era más hábil como embustero que como ladrón.

Dos detectives de los almacenes, unas mujeres de mediana edad, me arrastraron al departamento de interrogatorios del comercio. Debía tener un aspecto lamentable. Era el chico más bajo de mi clase de octavo. Tenía trece años pero representaba unos diez. Una de las detectives me miró y dijo: «Pareces demasiado joven para robar... ¿Eran para ti los álbumes que robaste?»

Ella no lo sabía, pero con sus palabras me había proporcionado una excusa. Apoyándome en su insinuación, me inventé la historia de que un grupo de chicos de la localidad —conocidos delincuentes y consumidores de droga— me habían amenazado con pegarnos a un amigo y a mí a menos que robáramos unos álbumes para ellos.

El rostro de la interrogadora enrojeció de indignación maternal: « ¿Cómo han podido hacer una cosa semejante? ¿Por qué no se lo dijiste a tu mamá?»

«Tenía miedo», respondí mansamente.

Enseguida llegó un oficial de policía de Pittsburg y rápidamente me las arreglé — ¡con ayuda de las detectives del local! — para convencerle de que los auténticos culpables eran otros. A su vez, el policía me ayudó a hacer convincente el tema ante mi madre.

SCOTT-LIBRE¹

Muy pronto, estuve literalmente libre en mi casa. Cuando mi madre aparcó el coche en la entrada, murmuré algo sobre estar cansado. Ella se mostró comprensiva, y yo me fui directamente a mi cuarto y cerré la puerta.

Inmediatamente oí una conversación apagada al pie de las escaleras. No podría distinguir las palabras, pero sabía que la voz suave era la de mi madre y que la voz que aumentaba gradualmente el tono y el volumen era la de mi padre. Aquello no presagia nada bueno.

Enseguida me llegó el sonido de unas fuertes pisadas desde la entrada en la planta baja hasta mi habitación. Más que oír, sentí llamar a la puerta.

Era mi padre, y le dije que entrara.

Clavó los ojos en mí, que inmediatamente fijé los míos en un punto distante de la alfombra.

«Tu madre me ha contado lo que ha sucedido hoy».

Asentí.

Continuaba mirándome. « ¿Te viste *obligado* a robar esos álbumes de discos?»

«Sí».

Me miró severamente y repitió: « ¿Te viste *obligado* a robar los discos?»

En respuesta, asentí de nuevo. Pude ver sus ojos dirigidos hacia el imponente montón de discos apilados junto a mi estéreo.

Me miró de nuevo: « ¿Y dónde tenías que dejar los discos después de robarlos?»

«En el tocón de un árbol, repuse, en el bosque cercano al centro comercial».

« ¿Puedes enseñarme ese tocón de árbol?»

Afirmé de nuevo.

«De acuerdo, dijo. Ponte el abrigo, Scott. Vamos a dar un paseo».

¹ Juego de palabras entre el apellido Scott y un juego de ordenador (n. del t).

EL TOCON DEL BOSQUE

El bosque estaba a unas trescientas yardas de casa, y el centro comercial aproximadamente a media milla de camino a través de él. El follaje era espeso y yo estaba seguro de que vería cantidad de tocones de árbol. Todo lo que tenía que hacer era elegir uno de ellos.

Bastante confiado, mientras caminábamos podía ver gran cantidad de árboles, gran cantidad de hojas, gran cantidad de leña, incluso algunas ramas caídas... pero una manifiesta carencia de tocones. Mi padre me seguía, de modo que no podía ver mis ojos escrutando de un lado a otro con creciente desesperación. Sentí cierto pánico cuando vi clarear. Los bosques acababan y no había visto ni un tocón.

Al borde de los bosques, con el centro comercial frente a nosotros, dije: «Allí. Ahí estaban los chicos esnifando pegamento».

«De acuerdo, replicó padre, ¿dónde está el tocón?»

«Es ese montículo de barro. Ese montón de tierra».

Se volvió a mirarme: «Dijiste un tocón».

Yo, sufriendo: «Bueno, montón, tocón...»

«Montón, tocón», repitió, deteniéndose dolido entre ambas palabras. Yo esperaba ver explotar su temperamento, volverse hacia mí encolerizado y llamarme mentiroso, pero se limitó a decir: «Vamos a casa».

Durante la eternidad que duró el camino a través de los bosques mi padre no pronunció palabra. Yo ya no temía la explosión, casi la deseaba. Su silencio me estaba matando.

Llegamos a casa. Cerró la puerta. Se quilo la chaqueta, los zapatos y subió al piso de arriba

En un momento, yo subí también a mi habitación, solo, y cerré la puerta. Pensaría que estaba celebrando una victoria: me las había arreglado para mantener mi tortuosa historia con la suficiente seriedad como para engañar a las dos detectives del centro comercial, al policía ¡y a mi madre! Pero no había nada que celebrar. Estaba experimentando algo completamente nuevo. En aquel momento empecé a comprender lo que significa tener un corazón humano. Sentía una abrumadora sensación de vergüenza porque mi padre no había creído mi historia, porque él sabía que el hijo al que amaba había mentido y había robado.

Lo que me sucedía no era simplemente el despertar de una conciencia. Era el descubrimiento de una relación. Toda mi vida había visto a este hombre como un juez, un jurado y un verdugo. Cada vez que había hecho algo malo, temía ser descubierto, juzgado y castigado. Pero aquel día descubrí que había algo peor que provocar la cólera de padre: era romper el corazón de padre Yo lo había hecho, y lo odiaba.

PONER LAS COSAS EN CLARO

Mi padre no era lo que cualquiera podría llamar un creyente devoto. Ni siquiera estaba seguro de creer en Dios. No obstante, a lo largo de los años, he descubierto gradualmente que en aquel momento solitario en que cumplí los trece, mi padre representaba para mí la paternidad de Dios, y empecé a poner las cosas en claro. Ya no disfrutaría con mis «triumfantes» mentiras y mis hurtos. Mi culpa estaba en evidencia; me sentía avergonzado de mí mismo y más solo de lo que había estado nunca.

Me gustaría poder decir que aquel fue el momento de mi conversión a Cristo: un milagro repentino y deslumbrante, como el encuentro de San Pablo con Jesús en el camino ciego de Damasco, pero no fué el caso. Era, todavía, un despertar, un comienzo.

Mi delincuencia juvenil destacaba, quizá, entre la mayoría de los jóvenes. Sin embargo, no estoy seguro de ser el único en buscar excusas: lo hacemos todos, lo hace cada generación desde Adán y Eva. A veces un poco, otras mucho. Lo hacemos en nuestras conversaciones cotidianas y en nuestros ensueños personales. Cuando relatamos nuestros problemas –en el trabajo o en el hogar– ¿incluimos los detalles que podrían dejar caer una sombra sobre nuestra responsabilidad en el asunto? O, al contrario, ¿nos describimos como un héroe o una víctima indefensa en una oficina o en un drama doméstico? Si tú y yo estudiamos seriamente el modo en que hablamos de los sucesos de la vida cotidiana, probablemente encontraremos ejemplos en los que exageramos nuestro victimismo y magnificamos las fallas de los demás, mientras ignoramos las nuestras. Encontramos excusas y circunstancias atenuantes para nuestros propios errores, pero nos mostramos claramente implacables relatando los de nuestros vecinos o colegas. Con frecuencia, amigos y familiares creerán nuestra versión de la historia y, con frecuencia, empezaremos a creerla nosotros mismos.

Todo esto, te dirán algunas personas, es –como la aversión a la confesión– «bastante natural». Pero eso no es cierto. No es natural en absoluto. Falsificar los hechos significa realmente destruir la naturaleza. Destruye las cosas-como-son, junto con el delicado tejido de causa y efecto, y los sustituye con las cosas-como-desearíamos-que-fueran: castillos en el aire.

OLVIDADO, NO PERDONADO

Uno de mis filósofos favoritos, Josef Pieper, escribió que esta «falsificación de la memoria» se encuentra entre nuestros peores enemigos, porque ataca «a las raíces más profundas» de nuestra vida moral y espiritual. «No hay un modo más insidioso de establecer el error que esta falsificación de la memoria por medio de ligeros retoques, sustituciones, atenuaciones, omisiones o cambios en el énfasis»².

Una vez que hacemos esto y todos lo hacemos comenzamos a perder el auténtico hilo narrativo en nuestra vida. Las cosas ya no tienen sentido para nosotros. Las relaciones se enfrían. Perdemos el rumbo y nuestras señas de identidad.

Lo diré de nuevo: esto es algo que todos hacemos, aunque nunca debemos pensar que es lo natural. Por eso, tales síntomas de malestar nos son, quizás tan familiares a todos. Entonces, ¿cómo superar ese desasosiego, que es pandémico, y tan sutil que impide el diagnóstico? Incluso Josef Pieper encuentra la tarea abrumadora. «El peligro, decía, es mayor por ser tan imperceptible... Tampoco pueden detectarse rápidamente tales falsificaciones explorando la conciencia, aunque se aplique a esta tarea. La sinceridad del recuerdo solamente puede asegurarse por una rectitud del conjunto del ser humano».

No es fácil, pero es alcanzable, como vemos en las vidas de los santos. Lo que es más, semejante rectitud es la que Dios pide a todos y cada uno de nosotros. «Sed perfectos, dijo Jesús, como vuestro Padre celestial es perfecto» (*Mt 5,48*). Si Dios nos ha ordenado esto, seguramente nos dará la fuerza para llevarlo a cabo. Sobre todo, en ese breve mandato nos revela incluso la fuente de nuestro poder: la paternidad de Dios. «Sed perfectos... como vuestro Padre».

Si hubiera pasado mi adolescencia a la vista de mi padre de la tierra, nunca habría robado y ciertamente, nunca le habría mentado.

Sin embargo, Dios es nuestro Padre y vivimos en cada instante bajo Su mirada; y a pesar de todo, pecamos. Nos comportamos como los niños que piensan que mamá no los ve si ellos no ven a mamá. Así que se vuelven de espaldas y consiguen las gállelas prohibidas.

² J. Pieper, *The Four Cardinal Virtues*, Notre Dame, Ind., University of Notre Dame Press, 1966, p. 15.

Señor, ten piedad

Vivimos siempre en la presencia de nuestro Padre, que nos quiere perfectos. Si nuestro padre de la tierra desea que llevemos a cabo una tarea, se asegurará de que contemos con todo lo necesario para realizarla. Con toda seguridad, nuestro Padre celestial –que es Todopoderoso y Dueño de todo– hará lo mismo.

Lo esencial es que reconozcamos Su presencia constante, de modo que advirtamos que, en cierto sentido, siempre estamos bajo juicio. Sin embargo. Dios no preside nuestras vidas como un magistrado en el tribunal nos juzga como juzga un padre, con amor. Es, por supuesto, una espada de doble filo, porque los padres pedirán a sus hijos más de lo que pide un juez al acusado, pero también mostrarán mayor clemencia

EL CAMINO MÁS TRANSITADO

Ansiamos conseguir la paz en brazos de nuestro Padre, pero algo oscuro en nuestro interior nos dice que es más fácil volverle la espalda. Deseamos vivir en medio de la verdad, sin secretos que guardar ni mentiras que proteger, pero algo en nuestro interior nos dice que es mejor no hablar de nuestros pecados.

«Hay caminos que parecen rectos al hombre», dice el sabio rey en la Biblia, «pero al fin son caminos de la muerte» (*Prov 14,12*). ¿Cómo reconocer este camino sin salida cuando lo vemos? Podemos tener la seguridad de que no es el camino –por recto que nos parezca– que nos aleje de confesar nuestros pecados a Dios del modo en que Él lo desea. Lamentablemente, nuestros antepasados recorrieron dicho camino casi desde el principio de su viaje terrenal.

I. ACTOS DE CONTRICCIÓN: LAS RAÍCES MÁS PROFUNDAS DE LA PENITENCIA

Muchas personas creen que la confesión es algo que ha sido introducido por la Iglesia Católica. En cierto sentido es así, pues la confesión es un sacramento de la Nueva Alianza, y por lo tanto no pudo ser instituido hasta que Jesús selló dicha alianza con Su sangre (Mt 26,27). No obstante, en la tradición de Israel, a la que Jesús era fiel, la promulgación de la Alianza contenía disposiciones para el perdón de los pecados³.

La confesión, pues, era nueva, pero sólo en el sentido en que una flores nueva. Estaba presente desde el principio de los tiempos –como una flor en sus semillas, brotes y capullos– y aparece en numerosas páginas del Antiguo Testamento. La confesión, la penitencia y la reconciliación existen desde que hay pecado en el mundo.

Abre tu Biblia, empieza desde el principio, y no necesitarás ir muy lejos para encontrar los primeros anuncios de la confesión. De hecho, aparece con el pecado original, el primer pecado del primer hombre y la primera mujer.

LA VERDAD DESNUDA

Adán y Eva pecaron. En este momento, no es preciso entrar en la naturaleza de su pecado. (Lo estudiaremos en profundidad en un capítulo posterior.) Bastará que todo lo que sepamos de su pecado sea que desobedecieron al Señor Dios. Era su Creador; era su Padre, y ellos habían violado su único mandato: «De todos los árboles del paraíso puedes comer, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas, porque el día que de él comieres, ciertamente morirás» (*Gen 2,16-17*).

Tentados por una serpiente maligna, tomaron el fruto y lo comieron. Inmediatamente supieron que todo había cambiado. De repente, les avergonzó su desnudez; de repente, sintieron miedo. «Oyeron a Yahvé Dios, que se paseaba por el jardín al fresco del día, y se escondieron de Yahvé Dios el hombre y la mujer en la arboleda del jardín» (*Gen 3,8*). Éste es el comportamiento del que yo hablaba en el capítulo anterior. Se escondieron detrás de los arbustos como si pudieran ocultarse de un Padre amoroso que todo lo sabe y todo lo ve.

Entonces, ¿qué hace Dios? Tú y yo esperaríamos un tronante « ¡Os he visto!» desde los cielos. Pero no lo hace, al contrario, sigue el juego del engaño de Adán y Eva. Dios llama a Adán: « ¿Dónde estás?» (*Gen 3,9*), ¡como si necesitara informarse del paradero de alguien!

Adán responde con una evasiva: «Te he oído en el jardín y, temeroso porque estaba desnudo, me escondí» (*Gen 3,10*). ES curioso: en unas pocas palabras se las arregla para manifestar temor, vergüenza, actitud defensiva y autocompasión, pero no contricción. De hecho, parece estar culpando a Dios, cuyo poder Adán encuentra súbitamente amedrentador.

³ Cf. J. Klawans, *Impurity and Sin in Ancient Judaism*, New York, Oxford University Press, 2000; E. Mazza, *The Origins of the Eucharistic Prayer*; Collegeville, Minn, Liturgical Press, 1995, p. 7; S. Lyonnet y L. Sabourin, *Sin, Redention and Sacrifice: a Biblical and Patristic Study*, Roma, Biblical Institute Press, 1970; S. Poribcan, *Sin in the Old Testament: A soteriological Study*, Roma, Herder, 1963; B. F. Minchin, *Covenant and Sacrifice*, New York, Longman, Green and Co., 1958.

Juan Pablo II subraya la necesidad de recuperar un verdadero sentido del pecado inspirándose en la Escritura: «Hay buenas razones para esperar que florezca de nuevo un saludable sentido del pecado... será iluminado por la teología bíblica de la alianza...». Para conocer la naturaleza y el método de la teología bíblica, cf. A. Cardinal Bea, «Progress in the Interpretation of Sacred Scripture», *Theology Digest* 1.2 (primavera de 1953), p. 71.

Señor, ten piedad

Dios responde de nuevo con una pregunta: « ¿Quién te ha hecho saber que estabas desnudo? ¿Es que has comido del árbol del que te prohibí comer?» (*Gen 3,11*).

Adán no duda en cargar directamente a su mujer con la culpa: «La mujer que me diste por compañera me dio, de él, y comí» (*Gen 3,12*).

Dios no pronuncia su sentencia todavía, sino que hace otra pregunta, esta vez expresamente a la mujer: « ¿Por qué has hecho eso?» (*Gen 3,13*).

Dios todopoderoso ha formulado cuatro preguntas en cuatro cortos versículos. ¿Qué está haciendo? Si Dios lo sabe todo, ya conoce la respuesta a cada una de esas preguntas, y la conoce mejor que esta pareja auto-engañada y engañada por la serpiente. ¿Qué quiere Dios de ellos?

A través del texto se deduce claramente que Él desea que confiesen su pecado con autentico dolor. Empieza con unas preguntas indefinidas que invitan amablemente a una explicación. A continuación, se muestra más concreto, hasta que por fin, pregunta tajantemente a la mujer por lo que ha hecho. Sin embargo, a través de todo ello –desde el cariño hasta el interrogatorio– no surge una confesión. En lugar de responsabilizarse de su acción, Adán culpa primeramente a su compañera y luego culpa a Dios: «*Tú* me diste a esa mujer, ¡y ella me dio el fruto!⁴»

Como he dicho al comienzo del capítulo anterior, cuanto más necesitamos de la confesión, menos parecemos desearla. Eso es tan cierto en el caso de Adán y Eva como en el de sus descendientes de la raza humana.

LA INCAPACIDAD DE CAÍN

Pensemos solamente en su descendiente inmediato, Caín, el hijo primogénito.

Fuera de sí de envidia, Caín comete el primer asesinato del mundo. Tan pronto como el asesino acaba con su hermano Abel, su víctima, Dios dice a Caín: « ¿Donde está Abel, tu hermano?» (*Gen 4,9*).

Una vez más, Dios no está buscando información. No necesita que le comuniquen el paradero de Abel. Más bien, está dando a Caín la oportunidad de confesar su pecado.

Sin embargo, Caín no acepta el ofrecimiento del Señor, en lugar de ello, miente. ¿Donde está su hermano Abel? «No se, replica Caín, ¿Soy acaso el guardián de mi hermano?»

De nuevo. Dios no acusa a Caín, sino que le invita a confesar, incluso manifestándole la evidencia de su crimen: « ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano esta clamando a Mi desde la tierra» (*Gen 4,10*).

No obstante, al final de este episodio, Caín continúa impenitente, y su pecado inconfeso. En lugar de confesar que ha hecho de Abel una víctima, ¡Caín acusa a Dios de hacer una víctima de él! Cuando se queja: « Demasiado grande es mi castigo para poder soportarlo» (*Gen 4,13*), no está diciendo: « ¡Ay de mí» sino está diciendo a Dios: « eres injusto». En lugar de confesar su propia injusticia, Caín acusa a Dios de ella. Luego continua censurando a Dios por haberle arrebatado su gozo y su medio de vida: « Puesto que me arrojas hoy de la tierra cultivable, oculto a Tu rostro habré de andar» (*Gen 4,14*). Ciertamente. Caín llega hasta el punto de acusar a Dios de entregarle a un mundo lleno de asesinos: « Andaré fugitivo y errante por la tierra, y cualquiera que me encuentre me matará» (*Gen 4,14*).

No es precisa la presencia de un psiquiatra para ver lo que va a ocurrir a continuación. Caín asume el status de víctima de Abel y proyecta su propia culpa en Dios: «Ahora no puedo

⁴ Cf. G.A. Anderson, «Punishment and Penance for Adam and Eve», en *The Genesis of perfection*, Louisville, Westminster John Knox, 2001, pp. 135-154.

trabajar. Ahora no puedo relacionarme contigo. Ahora tengo que sufrir la injusticia». Además, acusa al resto de la humanidad de intento de asesinato, cuando, hasta el momento, él es el único asesino de la historia. Como sus padres. Caín muestra una serie de emociones –temor, vergüenza, actitud defensiva, autocompasión– pero no dirá que lo siente. Se niega a reconocer su pecado.

ARREPENTIMIENTO O RESENTIMIENTO

El comportamiento de Caín podría resultarnos familiar. Al cabo de los siglos, hombres y mujeres no están mejor dispuestos a confesar sus fallos. Y el modelo de evasiva es el mismo. Las personas que no se arrepienten llegarán al resentimiento. Los que se niegan a acusarse encontrarán modos disparatados para excusarse. Ellos –nosotros– culparemos a las circunstancias, a las limitaciones, a la herencia, al entorno. En última instancia, al hacerlo seguimos los pasos de nuestros primeros padres. Estamos culpando a Dios y haciéndole objeto de nuestro resentimiento, porque Él fue quien creó nuestras circunstancias, nuestra herencia y nuestro entorno.

Cuando más optamos por pecar, menos deseamos hablar de nuestros pecados. Como Caín, Adán y Eva, hablamos sobre casi cualquier cosa –las causas y las consecuencias, la culpa y el castigo–, pero no de la confesión.

DIOS LO HACE RITO

En sucesivas alianzas –con Noé, Abraham, Moisés y David– Dios fue revelando gradualmente más cosas sobre Sí mismo y sobre Sus caminos a gran número de personas. Si la confesión no tuvo éxito entre las primeras generaciones humanas, Dios no se cansó de invitarlas a ella. De hecho, en puntos concretos de la Ley de Moisés, dio a Su pueblo unos rituales muy concretos para confesar los pecados. Hoy, hay quien hace caso omiso del ritual considerándolo como un hecho mecánico y absurdo, pero eso sencillamente, es falso. Nosotros, los seres humanos, dependemos de la rutina; sin ella, no seríamos capaces de organizar nuestros días ni nuestra vida. Desde lavarnos los dientes o cerrar las puertas, decir «te quiero» o pronunciar las promesas del matrimonio, las acciones rutinarias –algunas grandes y otras menudas– nos capacitan para realizar el trabajo realmente importante de nuestra vida cotidiana.

Numerosos puntos de la Ley se refieren a tales rutinas y rituales, y muchos de ellos se relacionan concretamente con la confesión de los pecados. Veamos, por ejemplo, el *Levítico 5,5-6*, que trata de los distintos pecados que comete el pueblo cuando jura en vano. «El que de uno de estos modos incurre en reato, por el reato de uno de estos modos contraído confesará su pecado y ofrecerá a Yahvé por su pecado una hembra de ganado menor, oveja o cabra, y el sacerdote le expiará de su pecado»⁵.

Al dar a su pueblo un claro plan de acción, Dios hace posible que los individuos confiesen sus pecados. En primer lugar, insiste explícitamente en dicha confesión. Después, manda hacer algo a los pecadores: un acto litúrgico de sacrificio y expiación. Por último, insiste en que todo ello se haga con la ayuda y la intercesión de un sacerdote. Todos esos elementos

⁵ Cf. H. Maccoby, *the Ritual Purify System and its Place in Judaism*, New York, Cambridge U. P., 1999, p. 192. «Ya que la función de ofrecer sacrificios por los pecados (correctamente así llamada), es (...) expiar el pecado del que ofrece. Porque la culminación de la ofrenda es la declaración., "y él será perdonado"». Cf. J. Milgrom, *Leviticus 1.16*, New York, Doubleday, 1991; N. Kiuchi, *The Purification Offering in the Priestly Literature*, JSOT, 1981.

Señor, ten piedad

sobrevivirán intactos a lo largo de la historia de Israel y del renovado Israel, la Iglesia de Jesucristo.

No deberíamos subestimar el poder de esos «actos» de contrición, en palabras de un santo moderno: El amor exige hechos, no palabras dulces⁶. En los pasados 1970 un slogan popular era: «El amor significa no tener que decir "lo siento"». Pero no es cierto. El amor no sólo significa decir «lo siento», sino también demostrarlo. Así es la naturaleza humana –aunque nuestra naturaleza caída se resiste enormemente–, y el Dios que la creó sabe lo que necesitamos. Necesitamos *pedir* «perdón»; necesitamos *demostrarlo*; y necesitamos *hacer* algo sobre ello.

La Ley de Dios reconoce esos sutiles aspectos de la psicología humana y los emplea venciendo, en primer lugar, la resistencia de Su pueblo a la confesión y orientándole después a la confesión litúrgica para su satisfacción legal. «Habló Yahvé a Moisés, diciendo: “Di a los hijos de Israel: Si uno, hombre o mujer, comete uno de esos pecados que perjudican al prójimo, prevaricando contra Yahvé y haciéndose culpable, confesará su pecado y restituirá el daño añadiendo un quinto, y restituirá a aquel al que perjudicó”. (Num 5,5-7). (Ambos aspectos de la confesión, el legal y el jurídico, aparecerán en posteriores consideraciones sobre el sacramento de la penitencia en la Nueva Alianza.)

Como la fe, el dolor de los pecados debe mostrarse a través de las obras (ver Mt 3,8-10; Sant 2,19. 22. 26). Esto lo podemos ver incluso en las relaciones humanas. Cuando ofendernos a alguien, con frecuencia admitimos lentamente nuestra falta. Nos excusamos; negamos nuestra responsabilidad. Pero, con objeto de salvar nuestra relación, necesitamos confesar –pedir perdón– incluso aunque no *queramos* hacerlo. Y no solo eso: necesitamos reconciliarnos con la persona a la que hemos ofendido. Por supuesto, cuando el ofendido es el Señor, todo esto se aplica en mucho mayor grado.

UN DESBARAJUSTE PARA CONFESAR

En la liturgia de Israel, Dios hizo posible la confesión promulgándola en la ley. Sin embargo, no debemos subestimar la dificultad de los actos de penitencia de la Antigua Alianza. Pueden haber sido las vías claras del arrepentimiento para el hombre, pero no necesariamente lo facilitaban. Solamente un estrategia de la interpretación podría despachar la confesión, el sacrificio y la penitencia de Israel como meros ritos. No: eran temas arduos, y bastante costosos.

Imagínate a ti mismo, después de reconocer que has pecado, preparándote para hacer tu confesión y tu sacrificio. Eso únicamente se llevaba a cabo en el Templo de Jerusalén, de modo que tendrías que preparar tu viaje –quizá de varios días a pie o a caballo– a través de caminos polvorientos y rocosos infestados de bandidos y de animales depredadores.

Según el tipo de tu pecado y su gravedad, debías ofrecer una cabra, una oveja, o incluso un buey. Podrías llevarlo tú mismo o, si tenías dinero, comprarlo a los comerciantes de Jerusalén. Naturalmente, tendrías que dominar al animal, lo que en el caso de un toro, sería bastante agotador. Y aún, tu expiación solamente acababa de empezar.

Una vez, en Jerusalén, conducirías a tu bestia cuesta arriba hasta el patio exterior del Templo. En el patio interior, explicarías el motivo de tu sacrificio. Después, delante del altar, alguien te ofrecería un cuchillo, y tú –tú mismo– matarías al animal. Harías una carnicería con él. Lo cortarías y lo despedazarías. Lo harías separándolo en piezas. Apartarías los miembros ensangrentados, y sacarías los órganos, uno a uno, y los entregarías al sacerdote

⁶ Cf. San José María Escrivá, *Camino*, Madrid, Rialp, 80ª ed. 2004, n. 993.

para que los quemara. Purificarías los intestinos tras limpiar los residuos. También tendrías que entonar salmos penitenciales mientras el sacerdote tomaba la sangre del animal y rociaba con ella el altar.

Todo esto constituía el «acto de contrición» que nunca olvidaría el pecador. Gordon Wenham, estudioso del Antiguo Testamento, ha descrito esos sacrificios detalladamente (¡y exhaustivamente!) en sus comentarios sobre el Levítico y los Números. Al final, concluye: «Cada lector del Antiguo Testamento que use la imaginación comprenderá enseguida que aquellos antiguos sacrificios eran acontecimientos muy emocionantes. En comparación, hacen que los modernos servicios en las iglesias resulten sosos y aburridos. El fiel antiguo no se limitaba a escuchar al sacerdote y entonar unos pocos himnos: se implicaba activamente en el culto. Había elegido un animal sin tacha de entre su propio rebaño, lo había llevado al santuario, lo había matado y despedazado con sus propias manos, y luego, con sus propios ojos, lo veía ascender en humo»⁷.

El Sacrificio penitencial en la Antigua Alianza era un asunto profundamente personal, pero era también un asunto público; era, además, humillante y caro. Tenías que sacrificar ganado, y en una cultura agraria eso es crucial: es el poder económico. No cabe duda: Dios inspiró en su pueblo el piadoso arrepentimiento del pecado y el auténtico sacrificio personal.

¿Con que frecuencia tenían que llevar esto a cabo los israelitas? El pueblo llano confesaba sus pecados al menos una vez al año durante la Pascua; los sacerdotes lo hacían el Día de la Expiación⁸.

ROMPER EN LAMENTOS

A lo largo del tiempo, el pueblo de Dios elaboró un variado vocabulario para la contrición, la confesión y la penitencia por medio de palabras y de himnos, pero también con actos y gestos. Antes como ahora, la confesión no era exactamente un tema espiritual; era algo que expresaba el pecador; algo que llevaba en su carne; el signo exterior de una realidad interior. Era un sacramento de la Antigua Alianza. Esto no significa que fuera un simple rito. Los pecadores mostraban su dolor y su amor, no exactamente con palabras dulces sino con hechos trabajosos y sangrientos; y sus hechos, a cambio, contribuían a profundizar en su dolor y en su humildad.

Repito, esas confesiones no eran meros ejercicios mentales: se plasmaban de modo elocuente. No eran simplemente privados: tenían lugar en presencia de la Iglesia, la asamblea de Israel, o de sus delegados, los sacerdotes.

⁷ G. J. Wenham, *The Book of Leviticus*, Grand Rapids, Mich., Eerdmans, 1979, pp. 52-55. Cf. G. J. Wenham, *Number: An Introduction and Commentary*, Inter-Varsity Press, 1981, pp. 26-30. Cf. también: A. I. Baumgarten (ed.), *Sacrifice and Religious Experience*, Leiden, E. J. Brill, 2002; S. Sykes, *Sacrifice and Redemption*, New York, Cambridge University Press, 1991. Sobre el modo en que el antiguo Israel consideraba la culpabilidad y la inocencia, el sufrimiento y la penitencia, Cf. Kwakkel, *According to my Righteousness*, Leiden, E. J. Brill, 2002; F. Lindstrom, *Suffering and Sin*, Estocolmo, Almqvist & Wiksell, 1994.

⁸ Cf. J. Bonsirven, *Palestina Judaism in the Time of Jesus*, New York. Holt, Rinehart and Winston, 1964, p. 116: «La penitencia incluye varios actos. Primero habría una confesión de los pecados, que debería preceder a alguna ofrenda. Es también aconsejable confesar una vez al año, en el Día de la Expiación, junto al sumo sacerdote, y alguna vez más durante la vida de uno (*Tos. Yom. Hakkipurim*, v. 14). Para que fuera sincera debería incluir una detallada admisión de todas las faltas de las que uno fuera culpable, y la promesa de no volver a pecar. Si estas dos condiciones no se cumplen, es falsa penitencia, y no puede o no tener el perdón divino (*Tos. Taan*, 1,8). Además, si has hecho el mal a alguien, debes reparar el daño y reconciliarle con él».

Señor, ten piedad

«Cuando Acab hubo oído las palabras de Elías, rasgó sus vestiduras, se vistió de saco y ayunó, dormía con saco y caminaba humildemente» (1Reyes 21,27).

«Entonces David y los ancianos, vestidos de saco, cayeron sobre sus rostros. Y David dijo a Dios, "¿No soy yo el que he mandado hacer el censo del pueblo? Yo soy quien ha pecado y hecho el mal"» (1Par 21,16-17).

«Luego... se reunieron los hijos de Israel en ayuno, vestidos de saco y cubiertos de polvo. Ya la estirpe de Israel se había apartado de todos los extranjeros, y puestos en pie confesaron sus pecados y las iniquidades de sus padres» (Neh 9,1-2).

Saco y cenizas, llanto, caer postrado en el suelo: esas eran las muestras habituales de duelo en el mundo antiguo. Los israelitas las empleaban con toda espontaneidad, para expresar el dolor por los pecados. Y la metáfora es perfecta, porque el pecado causa la muerte: una auténtica pérdida de la vida espiritual, que es mucho más mortal que cualquier muerte física. Los pecadores, pues, tienen buenas razones para lamentarse.

Nosotros, los pecadores modernos, podemos aprender mucho de nuestros antepasados, como hicieron, ciertamente, los primeros cristianos⁹.

⁹ Para una reciente y fructífera aplicación de la «teoría de palabras que actúan» a la confesión de los pecados y a la absolución (como «palabras que realizan»), cf. R. S. Briggs. *Words in Action. Speed act Theory and Biblical Interpretation*, New York. T&T Clark. 2001, pp. 217-255.

III. UN NUEVO ORDEN EN EL TRIBUNAL: EL FLORECIMIENTO PLENO DEL SACRAMENTO

Los actos de contrición de Israel eran profundos y personales. Indudablemente, eran memorables y tienen que haber producido un efecto duradero en las vidas de muchas personas. Así, cuando encontramos a Jesús y a sus apóstoles hablando de confesión y de perdón, debíamos tener presente lo que esas palabras significaban para ellos, y debíamos tener presente, con toda claridad, los hechos que esas palabras significaban.

No podemos valorar en absoluto el Nuevo Testamento si no entendemos los sacramentos del Antiguo Testamento. Jesús no vino a sustituir algo malo por algo bueno; más bien, vino a tomar algo grande y santo –algo que el mismo Dios había comenzado ya– y lo llevó a un cumplimiento divino.

Tomemos la Pascua, por ejemplo. El banquete del antiguo Israel celebraba la noche en que cada familia del pueblo de Dios sacrificaba un cordero, y así, el ángel de la muerte libraba de ella al hijo primogénito (*Ex 12*). La Pascua del primogénito representa uno de los acontecimientos fundamentales en la historia de Israel, pero palidece comparada con la Pascua de Cristo, el Cordero de Dios que vino a salvar al mundo entero. La renovación de la alianza de Israel con Dios tenía lugar anualmente en la fiesta de la Pascua, pero la Pascua de Cristo –Su padecimiento, muerte y resurrección– se re-presenta diariamente en la Misa.

La Antigua Alianza no murió, agotada y exhausta, sino que adquirió vida nueva con la Nueva Alianza de Jesucristo. En su forma antigua, los sacrificios de la Antigua Alianza no fueron suficientes y siempre indicaban algo más grande que ellos. Dios los había establecido para presagiar su futuro cumplimiento, y lo hacían, por una parte, como indicio de la grandeza que se avecinaba, pero por otra, mostraban su insuficiencia.

A pesar de los sacrificios y de los antiguos sacramentos de la confesión, los hombres caían en el pecado una y otra vez; y ningún ofrecimiento podría borrar sus ofensas a un Dios infinitamente perfecto, a un Padre plenamente amoroso. La Epístola a los Hebreos dice que el Sumo Sacerdote de Jerusalén «ofrece reiteradamente los mismos sacrificios, que nunca pueden borrar los pecados» (*Heb 10,11*).

Los antiguos medios no lo hacían. Si los sacramentos debían quitar los pecados del mundo y los pecados personales, el mismo Dios tendría que administrarlos. Y eso fue lo que hizo.

EL PARALITICO DE DIOS

«Errar es humano, perdonar es divino». Miles de años antes de que Alexander Pope escribiera estas palabras, este proverbio era el sello de la religión de Israel. El pueblo pecaba, incluso «el justo siete veces cae y se levanta» (*Prov 24,16*). Perdonar los pecados, sin embargo, era competencia exclusiva de Dios. Los sacrificios y las confesiones del hombre no implicaban el perdón de Dios, Errar era humano, pero perdonar era divino: un acto soberano de Dios.

Así., cuando Jesús declaró el perdón de los pecados, planteo un dilema al pueblo: o bien estaba usurpando una autoridad que pertenecía a Dios, o Él era Dios encarnado. En ningún lugar como en el relato del encuentro de Jesús con un paralítico –que aparece en tres de los cuatro evangelios– se demuestra esto tan dramáticamente:

Dijo al paralítico: «Hijo, tus pecados son perdonados». Había allí sentados algunos de los escribas que pensaban para sí: « ¿Cómo habla este así? ¡Blasfema! ¿Quién puede perdonar los pecados sino solo Dios?» Al instante, conociendo Jesús

Señor, ten piedad

en su espíritu lo que discurrían en su inferior, les dijo: «¿Por qué pensáis así en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: "Tus pecados son perdonados", o decir: "Levántate, toma tu camilla y anda"? Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra potestad para perdonar los pecados –le dice al paralítico–, a ti te digo: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa». (*Mt 2,5-11*).

«Tus pecados están perdonados». Aquí, Jesús está atribuyéndose un poder que ni siquiera posee el Sumo Sacerdote del Templo, Al declarar la remisión total de los pecados de alguien está ejerciendo una prerrogativa *divina*. Para Jesús, sanar el alma era una acción divina mucho mayor que la de sanar el cuerpo. Ciertamente, llevaba a cabo la segunda para significar la primera. El hecho de sanar es un signo externo de una (más grande) realidad interior.

Este es un tema de enormes consecuencias. Los que fueron testigos de la acción de Jesús sabían que se enfrentaban a una decisión: o ponían su fe en Su divinidad o tenían que condenarle como blasfemo. Los escribas le acusaban de blasfemo en el fondo de sus corazones. La Iglesia, por su parte, le llamaba Dios.

UN PODER NUEVO

La fe en el poder de Cristo para perdonar pecados es una señal del creyente. Por otra parte, hemos de reconocer que ha elegido ejercitar ese poder de un modo peculiar. El día que resucitó de la muerte, Jesús se apareció a sus discípulos y les dijo: «La paz sea con vosotros. Como me envió el Padre, así os envío yo». Luego hizo algo curioso. Compartió con ellos –los primeros sacerdotes de la Nueva Alianza– Su propia vida y Su propio poder. «Dicho esto, sopló sobre ellos, y les dice: "Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les son perdonados, a quienes se los retengáis, les son retenidos"» (*Jn 20,22-23*),

Estaba nombrándoles sacerdotes para administrar un sacramento, pero también jueces que juzgaran la actuación de los creyentes. Por tanto, les otorgaba un poder que superaba al que tuvieron antiguamente los sacerdotes de Israel. Los rabinos se referían a este antiguo poder sacerdotal como «el de atar y desatar», y Jesús emplea idénticas palabras para describir el que estaba otorgando a sus discípulos¹⁰. Para los rabinos, atar o desatar significaba juzgar si alguien estaba en comunión con el pueblo elegido, o fuera de la vida y el culto del grupo. Según los rabinos, los sacerdotes tenían el poder de reconciliar y de excomulgar.

Sin embargo, Jesús no estaba transfiriendo meramente su autoridad. Al llevar esta antigua función a su cumplimiento, le añadía una nueva dimensión. En adelante, las autoridades no podrían pronunciar una sentencia meramente terrenal. La Iglesia compartía el poder de Dios encarnado, y su poder se extendía tan lejos como el poder de Dios. «Os lo aseguro, todo lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo» (*Mt 18,18*).

Antes de que los apóstoles pudieran ejercer este poder sobre las almas, necesitaban oír las confesiones en voz alta (o denunciadas públicamente). En caso contrario, no sabrían lo que podrían atar o desatar.

¹⁰ El poder de atar y desatar que Cristo confirió a los doce apóstoles (*Mt 18,18*) es parte integrante de «las llaves del Reino de los Cielos» que Cristo entregó a Pedro (*Mt 16,17-19*); ambos se refieren al perdón de los pecados; cf. CCE. 553: «El poder de "atar y desatar" connota la autoridad para absolver los pecados... » (cf. también CCE, 979, 981, 1444).

UNA BASE COMUN

Jesús era un judío, un hijo fiel de Israel, así como sus apóstoles. Como judíos, compartían una herencia común, recuerdos comunes, y un lenguaje común de experiencia religiosa. Cuando Jesús hablaba de confesión y penitencia, recurría a aquellos recuerdos, a aquel lenguaje, y a aquella experiencia, sabiendo muy bien lo que sus palabras significarían para los judíos que le escuchaban.

Cuando los apóstoles oían a Jesús hablar de perdón y de confesión, le comprendían gracias a lo que ya conocían: los sacramentos de la Antigua Alianza, estudiados en el capítulo anterior. Una vez más, Jesús no vino a abolir la Antigua Alianza: la llevó a su cumplimiento. La revistió del boato de la Antigua Alianza con mayores cualidades. De un modo misterioso, la Antigua Alianza se cierra y se incluye en la Nueva Alianza.

Con este dato *in mente*, debíamos retroceder y releer lo que los apóstoles dijeron sobre este tema, intentar comprender sus términos tal y como ellos debieron entenderlos, y compartir su vocabulario y los recuerdos de lo que vivieron con Jesús.

«Si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es Él para perdonar nuestros pecados y purificarnos de toda injusticia» (1Jn 1,9). San Pablo va mas allá, aclarando que la confesión es algo que haces «con la boca», no sólo con el corazón y la mente (Rom 10,10).

¿Con quién, entonces, hemos de confesarnos? Con Dios, por supuesto, pero del modo en que Él lo ha establecido a través de Jesucristo: con un sacerdote. Santiago dedica al tema de la confesión el final de su capítulo sobre los deberes sacramentales del clero. El término que usa para los sacerdotes es el griego *presbíteros*, que significa literalmente «ancianos»¹¹, pero que es la raíz de la palabra inglesa *priest*:

¿Enferma alguien entre vosotros? Llame a los ancianos [*presbíteros*] de la Iglesia para que oren por él, al tiempo que le ungen con óleo en nombre del Señor. Y la oración hecha con fe salvará al enfermo, y el Señor le curará; y si ha cometido pecado, le será perdonado. *Por tanto*, confesaos mutuamente los pecados, y orad unos por otros para que seáis salvos (Sant 5,14-16).

Cada vez que encuentres la expresión *por tanto* en la Escritura, te preguntarás para qué aparece ahí. En este pasaje, Santiago sitúa la práctica de la confesión en conexión con la fuerza sanante del ministerio sacerdotal. Porque los sacerdotes son sanadores: los llamamos para que unjan nuestros cuerpos cuando estamos enfermos; y, *por tanto*, aun más ávidamente acudimos a ellos en busca de la fuerza sanante del sacramento del perdón cuando nuestras almas están enfermas por el pecado.

Advirtamos que Santiago no exhorta a su congregación a que confiese sus pecados solamente a Jesús, ni les dice que confiesen sus pecados silenciosa mente, en sus corazones. Pueden hacer todas esas cosas, y todas son meritorias, pero aun no serán fieles a la palabra de Dios predicada por Santiago, no hasta que confiesen sus pecados «a otro» en voz alta, y concretamente a un *presbítero*, un sacerdote. La figura del padre está siempre presente.

Desde los días de Adán, Dios había guiado a su pueblo para que hiciera sus confesiones de un modo seguro y eficaz. Ahora, en la plenitud de los tiempos, en la era de la iglesia de Jesucristo, podrían hacerlo.

¹¹ Cf. *Presbyterorum Ordinis* («Decree on the Ministry and Life of Priest»), en A. Flannely (ed.), *Vatican Council II: The Conciliar and the Post-conciliar Documents*, Grand Rapids, Mich., Eerdmans, 1992, 863-902. Sobre el papel sacerdotal de los «elders» en Jas 5,14-16, ver M. Miguens, *Church Ministries in New Testament Times*, Arlington, Va., Christian Culture Press, 1976, pp. 78-79; cf. también A. Campbell, *The Elders: Seniority Within Earliest Christianity*, Edimburg, T&T Clark, 1994, p. 234.

PRIMERAS CONFESIONES

En este punto, podría sernos útil corregir un malentendido sobre las primeras generaciones de la Iglesia. Muchas personas cometen hoy el error de creer que el cristianismo representó un brusco abandono del pensamiento y las prácticas del antiguo Israel: un hecho tan completamente nuevo que difícilmente hubieran aceptado los contemporáneos de Jesús.

No obstante, la verdad es absolutamente la contraria. De hecho, los primeros cristianos seguían firmemente adheridos a muchas prácticas del antiguo judaísmo, revestidas ahora de un nuevo poder. Los cristianos edificaban sus propias sinagogas y, hasta el 70 d.C. frecuentaban el templo de Jerusalén. Algunos observaban el tradicional descanso del Sabbath en sábado, así como el Día del Señor en domingo. Para el culto, empleaban muchas de las oraciones, bendiciones y formas litúrgicas del judaísmo. Recientemente, los expertos han mostrado un interés renovado por «las raíces judías de la liturgia cristiana», y muchos destacados eruditos han trabajado para demostrar que las comidas rituales y los sacrificios de Israel se desarrollan en la comida ritual y en el sacrificio que es el núcleo de la vida cristiana: la Misa¹².

Esto es también cierto en lo que la Iglesia llama hoy el sacramento de la confesión, el sacramento de la penitencia, el sacramento del perdón o el sacramento de la reconciliación. El Israel renovado, la Iglesia Católica, no abandonó la impactante práctica de sus antepasados. Así, encontramos a cristianos confesando en la primera generación y en cada generación posterior.

La idea de la confesión aparece dos veces en el documento judeo-cristiano más antiguo, aparte de la Biblia: la *Didaché* o *Enseñanza de los Apóstoles*, que es un compendio de instrucciones morales, doctrinales y litúrgicas. Algunos eruditos modernos afirman que esos pasajes fueron redactados en Palestina o en Antioquía en torno al año 48 d.C.¹³.

«En la iglesia (asamblea) confiesa tus pecados, ordena la *Didaché*, y no te acerques a tu oración con mala conciencia» (4,14). Este pasaje aparece al final de una extensa lista de mandatos morales y de instrucciones para la penitencia.

Un capítulo posterior habla de la importancia de la confesión antes de recibir la Eucaristía: «Los días del Señor reuníos para la partición del pan y la acción de gracias (*eucaristía* en griego), después de haber confesado vuestros pecados, para que sea puro vuestro sacrificio» (14,1).

A finales del siglo I, probablemente entre el 70 y el 80 d.C., aparece la *Epístola de Bernabé*, en la que se repite literalmente, el mandato de la *Didaché*: «En la iglesia confiesa tus pecados, y no te acerques a tu oración con mala conciencia» (19).

Tanto la *Didaché* como *Bernabé* pueden implicar que los cristianos confesaban sus pecados públicamente, porque «en la Iglesia» puede traducirse también por «en la asamblea». Sabemos que, en muchos lugares, la Iglesia administraba de este modo la penitencia. Esta práctica se abandonó siglos más tarde por razones pastorales fáciles de adivinar: evitar la violencia del penitente, la vergüenza de las víctimas, y por un tema de delicadeza. De este modo la Iglesia aplicaba su misericordia de un modo aún más compasivo.

Nuestro siguiente testigo aparece a la vuelta del siglo I, alrededor del 107 d.C.: San Ignacio, obispo de Antioquía, desarrolla la idea de la penitencia al servicio de la comunión,

¹² Cf. L. M. White, «The Social Origins of Christian Architecture: Architectural Adoption Among Pagans, Jews and Christians», *Harvard Theological Studies*, 42, Trinity Press International, 1996; G. F. Snyder, *Ante Pacem: Archeological Evidence of Church Life Before Constantine*, Macon, Ga. Mercer University Press, 1985.

¹³ Mazza, *The Origins of the Eucharistic Prayer*, 41-42.

como escribe a los fieles de Filadelfia, en Asia Menor: «El Señor garantiza su perdón a todos los que se arrepienten, si, a través de la penitencia, vuelven a la unidad de Dios y a la comunión con el obispo» (*Carta a los fieles de Filadelfia* 8,1). El sello del cristiano que persevera, según San Ignacio, es la fidelidad a la confesión. «Así como muchos son de Dios y de Jesucristo, están también con el obispo. Y así como muchos, gracias al ejercicio de la penitencia, volverán a la unidad de la Iglesia, también pertenecerán a Dios, y podrán vivir según Jesucristo» (*Carta a los fieles de Filadelfia* 3,2).

Para los Padres de la Iglesia la alternativa a la confesión es clara y escalofriante. En el año 96 d.C., el Papa Clemente de Roma dijo: «Es bueno para un hombre confesar sus transgresiones en vez de endurecer su corazón» (*Carta a los Corintios* 51,3).

EL DESARROLLO EN EL TRASCURSO DEL TIEMPO

Aunque el sacramento ha estado con nosotros desde el día de la Resurrección de Jesucristo, los cristianos lo han recibido de muy diversos modos. También la doctrina de la Iglesia sobre la penitencia se ha desarrollado a lo largo del tiempo. En resumen; el sacramento continúa siendo el mismo, pero en ciertos aspectos podría parecer distinto de una época a otra.

Por ejemplo, antiguamente, en algunos lugares el obispo enseñaba que determinados pecados —como el asesinato, el adulterio y la apostasía— deberían confesarse, pero la absolución no se conseguía en esta vida. Los cristianos que cometían esos pecados no volverían a recibir la comunión, aunque podían esperar la misericordia de Dios a la hora de la muerte. En otros lugares, los obispos perdonaban esos mismos pecados, pero sólo después de que el pecador llevaba a cabo unas duras penitencias cuyo cumplimiento le exigía años de difícil esfuerzo diario. Con el paso del tiempo, la Iglesia modificó dichas prácticas para hacerlas menos gravosas, y ayudar a los cristianos a buscar fuerza en la Eucaristía para evitar el pecado y que los pecadores arrepentidos cayeran en la desesperación.

No todos los cristianos estaban dispuestos a admitir a los pecadores de vuelta al redil. Algunos argumentaban que la Iglesia estaba mejor sin semejantes personas débiles e inadaptadas. El asunto alcanzó su punto crítico en el Norte de África cuando un hombre llamado Cipriano era el obispo de Cartago (248-258 d.C.). Fue la época de las persecuciones, algunos cristianos se enfrentaban valerosamente a la muerte, mientras otros, da pena decirlo, renunciaban a Cristo ante la amenaza de las torturas o de la muerte. Más tarde, algunos de los que habían «fallado» en su fe lamentaban su decisión y solicitaban la readmisión en la iglesia, pero se encontraban con la oposición de otros cristianos que habían sobrevivido al suplicio sin renunciar a Cristo.

Cipriano insistía en que los pecadores arrepentidos deberían ser admitidos a la Eucaristía tras cumplir las penitencias impuestas por la Iglesia. Rogaba a los pecadores, grandes o pequeños, que aprovecharan el sacramento de la confesión, porque, en tiempos de persecución, no sabían el día ni la hora en que serían llamados. (Ciertamente, en cualquier época, nosotros tampoco sabemos el día ni la hora en que tendremos que enfrentarnos con nuestro juicio definitivo). San Cipriano decía:

Os lo suplico, hermanos queridos, que cada uno confiese su propio pecado, mientras el que ha pecado todavía esté en este mundo, mientras pueda hacer su confesión, mientras la satisfacción y la remisión impuesta por los sacerdotes sea agradable al Señor. Volvamos al Señor de todo corazón y, manifestando nuestro arrepentimiento por los pecados con auténtico dolor, supliquemos la misericordia de Dios... Él mismo nos dice el modo en que debemos pedir: «Volved a mí, nos

Señor, ten piedad

dice, con todo vuestro corazón, con ayuno, con lágrimas y con duelo; y rasgad vuestros corazones y no vuestras vestidura» (*Jl 2,12*)¹⁴.

Cipriano podría hacer eco al profeta Joel exhortando a los «gentiles» a confesar sus pecados. ¿Por qué? Porque el profeta, el Salvador y el santo compartían el mismo criterio sobre la confesión, la conversión y la alianza. Desde el mismo Cristo, la misión de la Iglesia fue proclamar el conocimiento del Evangelio como la buena nueva: «y en su nombre había de predicarse la penitencia para la remisión de los pecados a todas las gentes, empezando desde Jerusalén» (*Lc 24,47*).

Leyendo a los Padres de la Iglesia, encontramos que las personas de cualquier lugar que seguían a Cristo, confesaban sus pecados a los sacerdotes de la Iglesia. Esto lo vemos en los escritos de San Ireneo de Lyon, que ejerció su ministerio en Francia desde el 177 al 200 d.C. Lo encontramos en Tertuliano, en África del Norte, alrededor del 203 d.C.; y en San Hipólito de Roma, alrededor del 215 d.C. Orígenes, el erudito egipcio, en torno al 250 d.C. escribió sobre «el perdón de los pecados a través de la penitencia... cuando el pecador... no se avergüenza de dar a conocer sus pecados al sacerdote del Señor y busca la curación según el que dice: "Te confesé mi pecado y no oculté mi iniquidad; dije: 'Confesaré a Yahvé mi pecado' y tú perdonaste la culpa de mi pecado"» (*Sal 32,5*)¹⁵.

EL MEJOR ASIENTO DE LA CASA

Todo viene junto. Dios desea nuestra confesión porque es una condición previa para Su misericordia. Este es Su constante mensaje desde los días de Adán y de Caín a lo largo de todas las generaciones de la Iglesia de Jesucristo. Era misericordioso desde el principio, pero esa misericordia se fue revelando gradualmente a lo largo del tiempo. Así, en el Antiguo Testamento, ordenó a los israelitas que construyeran un «trono de misericordia» –el Trono del mismo Dios– y colocarlo en el Santo de los Santos sobre el Arca de la Alianza. Allí, el trono era inaccesible para todo el mundo excepto para el Sumo Sacerdote, aunque él sólo podía acercarse una vez al año, el día de la Expiación, cuando rociaba la sangre de un sacrificio por los pecados del pueblo.

En la Antigua Alianza, el trono de la misericordia era inaccesible y estaba vacío. En la Nueva Alianza el trono está ocupado, por fin, por un Sumo Sacerdote, Jesucristo, que es capaz de compadecerse de los débiles (*Heb 4,15*). Además, este Sumo Sacerdote no desea que estemos lejos temblando y llenos de temor, sino que nos adelantemos. «Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, a fin de conseguir misericordia y hallar la gracia para el auxilio oportuno» (*Heb 4,16*).

Esta llamada solamente podría llegar con la plenitud de la revelación divina, porque la misericordia de Dios es su mayor atributo. ¿Por qué es el mayor? No porque nos haga sentirnos mejor, o porque nos resulta más atractivo que Su poder, sabiduría y bondad. Es su mayor atributo porque es la suma y la esencia de Su poder, de Su sabiduría y de Su bondad. Podemos reconocer esos atributos que pertenecen a Su poder, a Su sabiduría y a Su bondad, pero la misericordia es algo más. Ciertamente, es la convergencia de esos tres atributos. La misericordia es poder de Dios, sabiduría y bondad manifestados en unidad. Dios enseno a Moisés que la misericordia estaba unida a Su nombre que, para los israelitas, significa la identidad personal: «Yo haré pasar ante ti toda Mi bondad y pronunciare ante ti Mi nombre,

¹⁴ San Cipriano de Cartago, *De Lapsi*, 29.

¹⁵ *Homilías sobre el Levítico*, 2.4.5.

Scott Hahn

Yahvé, pues yo hago gracia a quien hago gracia y tengo misericordia de quien tengo misericordia» (*Ex 33,19*).

La misericordia nos ha sido revelada plenamente en Jesucristo. Sin embargo, es preciso que lo entendamos correctamente. La misericordia no es la compasión, ni es el paso libre para «pecar descaradamente» porque sabemos que, al final, podemos librarnos. Como veremos en un capítulo posterior, la misericordia no elimina el castigo, sino al contrario, asegura que cada castigo servirá de remedio misericordioso. Santo Tomás de Aquino insistía en que misericordia y justicia son inseparables. «La misericordia y la justicia están tan unidas que se atemperan la una a la otra: la justicia sin misericordia es crueldad, la misericordia sin justicia es desintegración»¹⁶.

La Enciclopedia Católica lo expresa sucintamente: «La misericordia no anula la justicia, sino más bien la trasciende y conviene al pecador en un justo llevándole al arrepentimiento y a la apertura al Espíritu Santo»¹⁷.

¹⁶ Santo Tomás de Aquino, *Catena Aurea in Mathaeum*, 5.5.

¹⁷ P. Stravinskis (ed.), *Catholic Encyclopedia*, Our Sunday Visitor, 1998, p. 666. Cf. La encíclica de Juan Pablo II *Dives in Misericordia*, 30-11-1980, y S. Michalenko, «A Contribution to the Discussion on the Feast of Divine Mercy», en R. Stackpole (ed.), *Divine Mercy: The Heart of the Gospel*, John Paul II Institute of Divine Mercy, 1999, p. 128: «De acuerdo con Santo Tomás, la Misericordia es la primera causa de toda la creación, y San Bernardo declara que la Misericordia es la *causa causissima causarum omnia*». Sobre la incomparable grandeza de la misericordia como el mayor atributo y el nombre más propio de Dios, cf. *Ex 33,17-23*, y S. Hahn, *A Father Who Keeps His Promises: God Covenant Love in Scripture*, Ann Arbor, Mich., Servant Books, 1998, pp. 159-160.

Señor, ten piedad

IV. AUTÉNTICAS CONFESIONES: SELLADAS CON UN SACRAMENTO

Como todos los ritos de la Iglesia, la confesión ha cambiado su aspecto a través de los siglos, adaptándose a las distintas necesidades, a los distintos ambientes morales de distintas culturas. Pero, en esencia, sigue siendo lo mismo. Permanece como Cristo deseó que fuera: la continuación, a lo largo del tiempo, de Su ministerio de perdón y salvación.

El rito ha variado en muchos sentidos. En alguna época y en algunos lugares, los cristianos confesaban sus pecados públicamente ante la congregación. Actualmente, la confesión es una materia privada entre el penitente y un sacerdote. En la Iglesia primitiva, algunos obispos prohibían a sus creyentes bautizados que se confesaran más de una vez en la vida. En nuestros días, la Iglesia recomienda que se haga por lo menos una vez al mes y exige que se realice por lo menos una vez al año.

Otro elemento que ha variado es la severidad de las penas impuestas por la Iglesia. En los primeros tiempos, los que confesaban pecados graves —como asesinatos, adulterios o apostasías— eran admitidos a la comunión después del tiempo establecido en el Orden Penitencial. Estos pecadores vivirían durante años en medio de rigurosas plegarias, realizando actos de penitencia y dando limosna antes de poder recibir de nuevo la Eucaristía¹⁸.

Los monjes de los desiertos orientales solían tener el mérito de llevar a cabo la práctica de la confesión privada y frecuente. En Occidente, estas prácticas encontraron unos celosos promotores entre los monjes irlandeses que viajaron como misioneros a través de Europa. Alrededor del siglo VII, el sacramento había adquirido, en su mayor parte, la apariencia que conocemos hoy.

Sin embargo, incluso ahora, el sacramento puede variar su forma. La Iglesia permite más flexibilidad en este rito que en cualquier otro. El lugar ordinario y «adecuado para oír confesiones sacramentales es una iglesia o un oratorio»¹⁹, en un confesonario con una rejilla o pantalla. En ocasiones, el penitente prefiere el anonimato para confesarse tras una rejilla con un sacerdote que no puede ver su rostro; en otras, prefiere hacer su confesión cara a cara, como entre viejos amigos. Algunas veces, los hombres se confiesan en un campo de batalla en medio de un fuego de mortero; en otras, la curación espiritual llega a una cama de hospital durante una larga enfermedad terminal. Yo puedo atestiguar la variedad de la experiencia del confesonario. En momentos en que no era posible conseguir un confesonario, he recibido el sacramento en formas muy distintas: paseando por las calles de la ciudad, conduciendo un coche, o mientras esperaba a la puerta de un aeropuerto,

Por más que hayan cambiado las cosas, el sacramento sigue siendo el mismo. En este capítulo, estudiaremos primero el núcleo de la enseñanza de la Iglesia, y después, la doctrina en acción, cómo la Iglesia celebra el sacramento hoy día²⁰.

¹⁸ Cf. J. A. Pavazza, *The Order of Penitents, Historical Roots and Pastoral Future*, Collegeville, Minn., Liturgical Press, 1988.

¹⁹ CIC, Canon 964, § .1,3, Pontificio Consejo para la Interpretación de los Textos Legislativos, *Responsa ad propositum dubium: de loco excipiendi sacramentales confesiones*, 7-7-1998, AAS 90 (1998), p. 711. Papa Juan Pablo II, *Motu Proprio Misericordia Dei*, 7-4-2000.

²⁰ Sobre un completo desarrollo del sacramento de la penitencia, cf. B. Poschmann, *Penance and the Anointing of the Sick*, New York, Herder and Herder, 1968, pp. 5-219; P. Riga, *Sin and Penance: Insights into the Mystery of Salvation*, Milwaukee, Bruce Publishing, 1962, pp. 78-122; O. D. Watkinns, *A History of Penance*, 2 vol., New York, Franklins, 1961; P. F. Palmer, *Sacraments and Forgiveness: History and*

LOS SIETE MAGNÍFICOS

No obstante, antes de estudiar el sacramento de la confesión, debernos estudiar los sacramentos en general.

¿Qué es un sacramento? En el capítulo II, hemos empleado la definición clásica: Un sacramento es un signo exterior de una realidad interior. Podemos ir más allá, con otra definición clásica: un sacramento de la Nueva Alianza es un «signo externo instituido por Jesucristo para dar la gracia». La gracia es la vida de Dios, que Él comparte con nosotros a través de esas acciones que Cristo ha confiado a Su Iglesia. La Iglesia distingue siete sacramentos: bautismo, Eucaristía, confirmación, confesión, unción de los enfermos, matrimonio y orden sacerdotal. Los siete sacramentos están divididos en sacramentos de iniciación (bautismo, eucaristía y confirmación), sacramentos de curación (confesión y unción de los enfermos), y sacramentos de vocación (matrimonio y órdenes sagradas).

Los sacramentos de la Nueva Alianza son ciertamente «nuevos» con Jesucristo, pero no en el sentido de que sean una novedad, porque en sí, la Nueva Alianza no es nueva en ese sentido. Es más bien, una renovación de lo que los primeros cristianos llamaban la «alianza eterna», la alianza que trasciende el tiempo. Podríamos traducirlo más acertadamente como «Alianza Renovada»: la consumación renovada de lo que Dios ha hecho una y otra vez en la historia.

Dios hizo una alianza. En el mundo antiguo, una alianza era el medio legal y litúrgico por el que dos partes creaban un vínculo familiar. El matrimonio era una alianza; la adopción de un niño era una alianza. Siempre que Dios hacía una alianza con el hombre —la hizo con Adán, Noé, Abraham, Moisés y David— renovaba el vínculo familiar entre Él y Su pueblo. Generalmente, la alianza quedaba ratificada por determinados signos externos: un juramento, una comida común, y un sacrificio²¹.

Con la llegada de Jesucristo, la obra divina en el Antiguo Testamento no desapareció hasta ser irrelevante. La Antigua Alianza no está separada de la Nueva por un enorme abismo. La Nueva estaba prometida en la Antigua, y la Antigua alcanza su cumplimiento en la Nueva. Así, los signos de la Antigua Alianza —el juramento, la comida, el sacrificio— encuentran su perfección en los sacramentos de la Nueva Alianza. «Mira, dijo Jesús, hago

Doctrinal Development of Penance, Extreme Unction and Indulgences, Westminster, Md., Newman Press, 1959, pp. 1-270; J. A. Spitzig, *Sacramental Penance in the Twelfth and Thirteenth Centuries*, Washington, D.C., Catholic University of America Press, 1947.

Sobre la influencia formativa de los libros penitenciales medievales, cf. A. J. Minnis y P. Biller (eds.), *Handling Sin: Confession in the Middle Ages*, Rochester, New York Medieval Press, 1998; H. Connolly, *The Irish Penitentials: Their Significance for the Sacrament of Penance Today*, Dublín, Four Courts Press, 1995; J. T. McNeill y H. M. Gamer, *Medieval Handbooks of Penance: A Translation of the Principal «Libri Penitentiales»*, New York, Columbia University Press, 1990.

Para una síntesis de la doctrina de la Iglesia Católica, desde santo Tomás de Aquino, cf. J. M. T. Barton, *Penance and Absolution*, New York, Benziger Brothers, 1905.

Sobre el sacramento desde el Vaticano II. cf. la Exhortación apostólica de Juan Pablo II *Reconciliatio et Paenitentia*, 2-12-1984; G. A. Kelly (ed.), *The Sacrament of Penance in Our Time*, Boston. St. Paul Editions, 1976; K Osborne. *Reconciliation and Justification: The Sacrament and Its Theology*, New York, Paulist Press, 1990; J. Dallen, *The Reconciling Community: The Rite of Penance*, New York, Pueblo, 1986; M. K. Hellwing, *Sign of Reconciliation and Conversion: The Sacrament of Penance for Our Time*, Wilmington, Del, Michael Glazer, 1984.

²¹ Cf. G. P. Hungenberger, *Marriage as a Covenant: A Study of Biblical Law and Ethics Governing Marriage*, Leiden, E. J. Brill, 1994, especialmente su exhaustivo análisis del establecimiento de una alianza y del juramento.

Señor, ten piedad

nuevas todas las cosas» (Ap 21,5). Renovó todas las cosas cuando estableció su alianza perfectamente renovada.

Todos los sacramentos de la Nueva Alianza están ordenados a la Eucaristía, que es al mismo tiempo un banquete familiar y un sacrificio. Todos los sacramentos invocan el nombre de Dios, y así, todos tienen poder vinculante como juramentos. Además, en la Nueva Alianza, como en la Antigua, «la liturgia de la renovación de la alianza» tiene «un lazo especial con la remisión de los pecados». Sin embargo, es en la Nueva Alianza donde el poder se perfecciona y el perdón se completa²².

(Por cierto, la palabra latina para juramento es *sacramentum*. El uso de la palabra *sacramentum*, cuyo significado es simultáneamente el de «juramento» y el de «rito sagrado», se remonta al 110 d.C.)²³.

La confesión nos prepara para recibir la Eucaristía más dignamente. Hace de nosotros una vasija más pura para contener la vida divina que se nos da en la gracia del sacramento. La confesión nos da las disposiciones adecuadas para la renovación de nuestra alianza, nuestro lazo familiar con Dios todopoderoso. Sin este perdón, podríamos acercarnos a Él como esclavos que se acercan a su amo, con la mirada dirigida hacia el suelo. Pero, gracias a las palabras de la absolución, estamos autorizados a mirarle con mirada de inocencia, como los hijos miran a un padre amoroso.

CONDICIONES TRADICIONALES

¿Cómo lo consigue la Confesión? En algunas ocasiones, el rito ha cambiado, pero *El Catecismo de la Iglesia Católica* (CCE) dice: «A través de los cambios que la disciplina y la celebración... se descubre una misma *estructura fundamental*» (n. 1448). El sacramento de la penitencia consta de dos elementos igualmente esenciales. Por una parte, nuestros actos, los actos del pecador arrepentido, y, por otra, la acción de Dios a través de la Iglesia.

Todo ello, en cierto sentido, es obra de Dios, pues incluso nuestras actos son los de un pecador «que se convierte *bajo la acción del Espíritu Santo*» (CCE, n. 1448, las letras en cursiva son añadidas). Nosotros, sin embargo, hemos de aceptar y luchar por cumplir la voluntad de Dios. Entonces, ¿Qué actos constituyen nuestra parte del sacramento? La tradición nombra tres: contrición, confesión y satisfacción. Dicho de otro modo, el sacramento exige, 1) el arrepentimiento de nuestros pecados, 2) que afirmemos nuestro dolor especificándolos claramente, 3) que completemos nuestra confesión cumpliendo la penitencia impuesta por nuestro sacerdote confesor. Veamos estos actos uno por uno.

1. Debemos estar arrepentidos de nuestros pecados. La palabra técnica para el arrepentimiento es *contrición*. Sin este dolor, no podemos recibir el sacramento, pues la esencia del sacramento, por nuestra parte, es nuestra petición de perdón a Dios, a quien hemos ofendido. Nuestra contrición no precisa ser perfecta, ni surgir de un motivo de amor puro. Podría deberse, por ejemplo, al temor por el castigo de Dios. Es un buen comienzo, y la gracia de Dios completará nuestro acto y suplirá lo que falta en nuestro dolor. Sin embargo, hemos de

²² Mazza, *The Origins of the Eucharistic Prayer*, p. 7.

²³ Cf. Plinio el Joven, *Epístola* 10.90; K. Mein, *Eucharist and Excommunication: A Study in Early Christian Doctrine and Discipline*, Frankfurt, Peter Lang, 1973, pp. 194-204; M. G. Kline, *By Oath Consigned: A Reinterpretation of the Covenant Signs of Circumcision and Baptism*, Grand Rapids, Mich., Eerdmans, 1968, pp. 79-81. La importancia del juramento en la práctica de la alianza en la Iglesia de los primeros tiempos refleja un fenómeno similar en la liturgia y la ley de los israelitas.

ofrecer algún propósito de cambiar nuestras vidas y, en el futuro, evitar los pecados, ya confesados, de nuestro pasado. Incluso hemos de estar dispuestos a alejarnos de los lugares y las compañías que podrían tentarnos. La tradición llama a estas resoluciones «firmes propósitos de enmienda», y se formulan en muchas de las oraciones que llamamos Actos de Contrición: «Ayudado por vuestra divina gracia, propongo firmemente nunca más pecar y apartarme de todas las ocasiones de ofenderos».

Algunas personas opinan: «Bueno, como los católicos dicen sus pecados al confesor, pueden seguir cometiendo pecados siempre que quieran». El arrepentimiento no es asunto exclusivamente católico; es cierto en cualquier religión que haga hincapié en él. El arrepentimiento tiene que ser auténtico, así como el firme propósito de enmienda²⁴. En una ocasión, el filósofo de Harvard, William James, dijo: «Pecaría como David, si solamente pudiera arrepentirme como David» (cf. *Salmo 51*). Sin embargo, eso es un engaño total. Lo cierto es que, a menos que el pecador esté realmente arrepentido –a menos que el pecador se acerque al sacramento con contrición, y confiese sinceramente, humildemente y totalmente todos sus pecados graves–, el sacramento no confiere en absoluto la absolución y los pecados no son perdonados. Y aún más, el pecador ha añadido el pecado de sacrilegio.

El mismo Jesús insistía en un cambio de vida cuando pronunciaba la absolución. Dirigiéndose a la mujer sorprendida en adulterio, le dijo que no la condenaba, pero añadió: «Vete y no peques más» (*Jn 8,11*). Hoy no pide menos a través de la Iglesia.

2. Debemos confesar nuestros pecados. La Escritura distingue entre dos clases de pecado: pecado mortal y pecado venial (cf. *1Jn 5,16-17*). Como su nombre indica, el pecado mortal es el más dañino de todos porque arranca del alma la vida de Dios. El pecado mortal nos mata espiritualmente. El pecado mortal implica siempre «materia grave», la cosa más importante en la vida. Incluso los no creyentes suelen reconocer la gravedad de esas ofensas. Por ejemplo, asesinar es un pecado mortal reconocido universalmente como un crimen; y lo mismo sucede con los grandes robos, el perjurio y el adulterio. No obstante, hay otras materias que sólo pueden considerarse graves desde el punto de vista de la fe, como, por ejemplo, es pecado mortal dejar de ir a Misa en domingo.

Cada vez que acudimos al sacramento de la penitencia, debemos confesar todos y cada uno de los pecados mortales cometidos desde nuestra última confesión. Hemos de especificar el número de veces y el tipo de pecados mortales cometidos. Si ocultamos alguno de ellos, nuestra confesión no es válida. Sin duda, el hecho de callar deliberadamente un pecado mortal en la confesión es en sí mismo un pecado mortal. Ya que un sacramento es un juramento ante Dios, semejante silencio representa una clase de perjurio.

No estamos estrictamente obligados a confesar los pecados veniales –el Catecismo los llama «faltas cotidianas», pero la Iglesia, los santos y los místicos siempre lo han recomendado (cfr. CCE, n. 1458).

Es importante recordar que, en la confesión, no estamos diciendo a Dios algo que Él no conozca ya. Sabe de nuestros pecados más que nosotros mismos. Conocía el pecado de Adán cuando le invitó a confesarlo. Conocía el de Caín cuando le invitó a confesarlo. Desea que nos confesemos, no por Su bien, sino por el nuestro, porque sabe que la confesión es un paso importante en nuestro proceso de curación hacia la santidad.

²⁴ Para una mejor comprensión del papel de la contrición en la enseñanza de Santo Tomás de Aquino, cf. H. J. M. Schoot (ed.). *Tibi Soli Peccavi: Thomas Aquinas on Guilt and Forgiveness*, Leuven, Peters, 1996; C. R. Meyer, *The Thomistic Concept of Justifying Contrition*, Mundelein, III, Seminary Press, 1949.

Señor, ten piedad

La confesión es necesaria, pero en algunas circunstancias muy limitadas, un sacerdote puede dispensar de ella y otorgar la absolución. En momentos de extrema urgencia, cuando un grupo numeroso de personas está en peligro inmediato de muerte –en el fragor de una batalla, o en el caso de un avión que va a estrellarse– un sacerdote puede conceder una «absolución general». Incluso esto exige que los penitentes se arrepientan de sus pecados, aunque les dispensa de la necesidad de confesarlos. Aún entonces, si el penitente sobrevive, tiene que acudir a hacer una confesión sacramental ordinaria lo más pronto posible²⁵.

3. Debemos cumplir la penitencia o expiación. Después de recibir la absolución de manos del sacerdote, hemos de cumplir la penitencia señalada por nuestro sacerdote confesor. Puede consistir en una oración, una obra de misericordia, una limosna o una mortificación, como ayunar (cfr. CCE, n. 460). Generalmente se corresponden con la gravedad y la naturaleza de nuestros pecados.

Es importante que la cumplamos rápidamente, así no nos olvidaremos. Si lo olvidamos, la absolución sigue siendo válida, pero habremos dejado pasar la enorme oportunidad de crecer espiritualmente y quizá hemos cometido también un pecado venial.

Como nuestros pecados son ofensas a Dios todopoderoso, nuestros pequeños actos de expiación nunca podrán lograr una completa reparación, pues las ofensas son más graves cuando se cometen contra personas de mayor dignidad. En un contexto de analogía con la sociedad civil: una cosa es que pretendas dar un puñetazo a tu vecino de la puerta contigua, pero otra muy distinta si intentas dar un puñetazo al presidente del país. Respecto a la primera ofensa, podrías tener un pleito o una denuncia; respecto a la segunda, podrías cumplir una condena o ser fusilado. Nadie ostenta mayor dignidad que Dios: Su dignidad es infinita, y así, nunca podremos compensar realmente nuestras ofensas a Él.

Sin embargo, Cristo puede compensar lo que nos falta, y así lo hace con el sacramento. Ciertamente, ésta es la razón de este sacramento. El acto de reconciliación no es principalmente nuestro; es de Cristo, y se llevó a cabo en la cruz. A través de los sacramentos, llegamos, por Su gracia, a compartir Su obra y conocer Su provecho.

Es decir, hacemos penitencia para ofrecer una expiación y reparar los daños causados por el pecado, pero también para restaurar y fortalecer nuestro lazo de amor con Cristo y con el pueblo de Dios. En este contexto, únicamente puedo acudir de nuevo a la cita del *Catecismo*: «Tales penitencias ayudan a configurarnos con Cristo, el Único que expió nuestros pecados una vez por todas. Nos permiten llegar a ser coherederos con Cristo resucitado, "ya que sufrimos con Él" [Rom 8,17]» (CCE, n. 1460).

EL REVÉS DE LA TRAMA

Todo lo anterior implica que hay alguien recibiendo nuestra confesión, es, por supuesto, Jesucristo. Ciertamente, sólo Dios puede perdonar pecados. Pero Jesús ha delegado Su poder de perdonar en la Iglesia, personificada por Sus sacerdotes. Exhaló el Espíritu Santo sobre sus primeros clérigos, los apóstoles, y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les son perdonados». Al hacerlo, el Evangelio emplea aquí el mismo verbo griego que en otro lugar describe el poder exclusivo de Jesús para perdonar (Lc 7,48; Mt 9,2). En cierto sentido, nada ha cambiado. El poder de perdonar únicamente pertenecía a Dios, pero ahora Dios estaba autorizando a otros a perdonar *en Su nombre*, como un signo seguro y sacramental.

²⁵ Cf. CCE, 1483.

Scott Hahn

Por medio de los sacerdotes, Cristo perdona a los pecadores y encuentra el modo de que puedan reconciliarse con Dios. El sacerdote impone la penitencia. La Iglesia reza también por el pecador y hace penitencia con él. Además, el sacerdote puede dar algún consejo al penitente sobre el modo de vencer al pecado y crecer en virtud.

Sin embargo, lo más importante que hace el sacerdote es pronunciar las palabras de la absolución. Si hemos cumplido con nuestra parte –contrición, confesión y satisfacción– esas palabras producen en nosotros una fuerza tremenda, divina, porque la fórmula de la absolución no es la promesa de Dios de mirar a otro lado, de ignorar nuestros pecados o dejar atrás nuestro pasado. Tales nociones son absurdas y realmente incompatibles con un Dios omnisciente y eterno.

Las palabras de la absolución no son el balbuceo de un clérigo²⁶: son las palabras que Dios pronuncia sobre nosotros con Su poder –exactamente igual que, con Su poder, las pronunció sobre las aguas en la aurora de la creación, exactamente como las pronunció con Su poder sobre el pan cuando afirmó que era Su cuerpo–. La palabra de Dios es creadora y eficaz, Ésa es, también, la clase de poder que Él ejerce en el sacramento de la confesión. Crear es producir algo de la nada. Con las palabras de la absolución, Dios nos renueva como si fuéramos una nueva creación. Así lo expresa David cuando dice: «Crea en mí, ¡oh Dios!, un corazón puro». Dios, por Su parte, ha prometido que escuchará esta plegaria: «Os daré un corazón nuevo... os arrancaré ese corazón de piedra y os daré un corazón de carne» (*Ez 36,26*).

Este poder es más manifiesto después de que un pecador confiesa un pecado mortal. Y es que ese pecador estaba más muerto que Lázaro tras llevar cuatro días en su tumba (*Jn 11,38-44*). Los pecados mortales son más desagradables y vergonzosos que el hedor del cadáver de un hombre. Los efectos persistentes de tales pecados ciñen nuestras manos y nuestros pies como las vendas que rodearon el cadáver de Lázaro, y nos impiden hacer el bien, sentir amor o conseguir la paz eterna.

Sin embargo, todo cambia con las palabras de la absolución. Cuando los pecadores penitentes oyen esas palabras, tendrían que experimentar una impresión no menor que la de los hombres muertos hacía ya mucho tiempo al oír a Jesús decir: «¡Lázaro, sal fuera!» El pecado es una muerte mucho mayor que la terminación de la vida del cuerpo. Así, por medio de la absolución, Cristo realiza un milagro mucho mayor que el que hizo en la tumba de Lázaro.

Ciertamente, la Tradición llama a este milagro «la gracia de la resurrección». ¿Por qué? Porque, en palabras de un teólogo, «da lugar a la resurrección del espiritualmente muerto a la vida de la gracia». También se le llama la gracia «de la curación, porque por ella, con la colaboración voluntaria del pecador, las heridas del pecado sanan y cicatrizan».

La fórmula de la absolución expresa todos los elementos esenciales del sacramento de la confesión.

*Dios, Padre misericordioso,
que reconcilió consigo al mundo
por la muerte y la resurrección de Su Hijo
y derramó el Espíritu Santo para la remisión
de los pecados,
te conceda, por el ministerio de la Iglesia,
el perdón y la paz.
Y yo te absuelvo de tus pecados
En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.*

²⁶ Sobre el acto de absolver del sacerdote *in persona Christi*, cf. CCE, 1548-1551.

¿QUIÉN NECESITA UN SACERDOTE?

Los no-católicos suelen objetar que el sacerdote es innecesario en este proceso, ya que los cristianos pueden confesar sus pecados directamente a Dios. Podemos, indudablemente, pero no estaremos seguros del perdón a menos que abordemos nuestra confesión como el mismo Dios dispuso. Ya hemos citado el pasaje de Juan en el que Jesús otorga a sus clérigos el poder de perdonar los pecados y ya hemos citado la exhortación de Santiago sobre la confesión, que viene al final de su exposición sobre los presbíteros y el sacramento. En el Nuevo Testamento las bases de este sacramento son sólidas y han sido citadas en apoyo a esta práctica desde las primeras generaciones del cristianismo.

La soberanía de Dios no está amenazada cuando comparte Su poder con otros. Ciertamente, el poder sigue siendo suyo. Cristo es siempre el Sacerdote detrás del sacerdote. Es el Sacerdote dentro del sacerdote, y es el Sacerdote que actúa a través del sacerdote, de modo que nosotros no vamos al sacerdote en lugar de ir a Cristo. No vamos al confesonario en lugar de ir al Dios de la Misericordia. Vamos al Dios de la Misericordia y El nos dice que vayamos al confesonario. Cristo instituyó esos medios creados para salud de nuestras almas. El pecado es como una infección y necesitamos acudir a un médico para que nos dé la receta adecuada, la dosis correcta; y seguimos su consejo porque confiamos en su autoridad.

Esto es algo que la Iglesia primitiva veía claramente. En el siglo IV, San Basilio decía: «La confesión de los pecados debe hacerse con los que han recibido el encargo de administrar los sacramentos de Dios»²⁷. Y en el mismo siglo, San Ambrosio afirmaba: «Cristo otorgó ese poder a los apóstoles, y desde los apóstoles ha sido transmitido solamente a los sacerdotes»²⁸. ¡Y qué formidable es ese poder! En el siglo V, San Juan Crisóstomo escribió: «Los sacerdotes han recibido un poder que Dios no ha concedido a los ángeles ni a los arcángeles... el de ser capaces de perdonar nuestros pecados»²⁹.

Sólo Dios posee el poder sobrenatural de hacer milagros, pero nombra a algunos obradores de milagros cuando llama a algunos ministros, como Moisés, para que hagan cosas que no puede hacer ningún humano. Dios usa medios creados porque así es glorificado, levantándonos como un buen padre levanta a sus hijos. Así que, cuando vemos a los sacerdotes hacer las cosas que sólo Dios puede hacer, no significa que el sacerdote esté quitando mérito a Dios: es la prueba de que Dios está engendrándonos, tal y como nos prometió.

Y aún más, lo está haciendo exactamente como siempre: por medio de una alianza, un juramento, un vínculo familiar, una bendición. Y así empezamos todas las confesiones: *Señor, Tú conoces todo, Tú sabes que te amo.*

²⁷ Regla 288.

²⁸ *De poenitentiae*, II, ii, 12 (cf. I, ii, 6-7).

²⁹ *Sobre el sacerdocio*, 3.5-6.

Scott Hahn

V. ¿QUÉ ANDA MAL EN EL MUNDO? UNA SÍNTESIS

«¿Qué anda mal en el mundo?» es una pregunta que encabeza acertadamente profundos sermones o gruesos volúmenes sobre el declive de la civilización. G. K. Chesterton contestó con dos cortas palabras: «Yo mismo».

Ésta es la esencia de la confesión que hacemos todos. El hecho de confesar nuestros pecados consiste en aceptar la responsabilidad de nuestras acciones y sus consecuencias, cargar la culpa directamente sobre nuestros hombros, admitir que la decisión de pecar fue sólo nuestra, y hacerlo todo –lo mejor posible– sin excusas, justificaciones o eufemismos.

Esto no nos resulta tan fácil. A pesar de que en ocasiones admitamos cierta relación tangencial con culpas de escasa importancia, solemos continuar rápidamente con un «pero...» para describir luego las circunstancias atenuantes. «Yo solamente hice lo mismo que Fulano». «Obedecía órdenes». «¿Cómo iba a saber yo...?» «Me educaron así». O también el famoso modo de echar las culpas a otro del comediante Flip Wilson: «El demonio me obligó a hacerlo».

¿Qué anda mal en el mundo? Es fácil demostrar los males de la nación, de la Iglesia y del planeta y hacer un diagnóstico serio: Es la quiebra de los valores familiares, la destrucción del ecosistema, o la última crisis moral en la Iglesia. Pero exige que nos armemos de valor para ponernos en pie en la Misa y decir sinceramente: «He pecado de pensamiento, palabra, obra y omisión, por mi culpa».

SINCERIDAD

Necesitamos aún más valor para arrodillarnos en el confesonario y acusarnos de cada pecado concretamente. Éste ha sido siempre el inevitable corolario de una estrecha relación con Dios. Todos deseamos conocer la cercanía de Dios, Su ayuda, Su amor paternal. No obstante, todo eso llega, inevitablemente, con un creciente conocimiento de Su bondad, Su pureza y Su perfecta sabiduría. El profeta Isaías se encontró de repente en la presencia de Dios, rodeado de Su gloria y servido por ángeles. ¿Qué hizo? Hizo su confesión: «¡Ay de mí, perdido soy, porque siendo un hombre de labios impuros, que habita en medio de un pueblo de labios impuros, he visto con mis ojos al Rey, Yahvé de los ejércitos!» (*Is 6,5*). El apóstol Pedro fue testigo de un milagro e inmediatamente se arrojó a los pies de Jesús, rogando: «¡Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador!»

El pecado no está ahí fuera; está en lo más profundo de ti y de mí. «Porque del corazón proceden los malos pensamientos, homicidios, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios y blasfemias. Eso es lo que hace impuro al hombre» (*Mt 15,19-20*).

¿Qué anda mal en el mundo? Soy yo, porque peco, y mis pecados brotan del mal de mi propio corazón.

Es un tema sencillo, realmente, tan sencillo como dos palabras, un grandioso resumen de cinco letras. Sin embargo, el pecado en sí mismo es un tema complicado que requiere muchas distinciones por nuestra parte. Hay muchas clases de pecado, «Se pueden distinguir los pecados según su objeto, o según las virtudes a las que se oponen, por exceso o por defecto, o según los mandamientos que quebrantan. Se los puede agrupar también según que se refieran a Dios, al prójimo o a sí mismo; se los puede dividir en pecados espirituales y carnales, o

Señor, ten piedad

también en pecados de pensamiento, palabra, acción u omisión» (CCE, n. 1853). Hay casi demasiados modos de cortar un trozo de ese maloliente pastel.

En este capítulo, intentaremos elaborar un catálogo básico de las clases de pecado. Es una ocupación desagradable, pero alguien tiene que hacerlo, y ese alguien somos tú y yo.

BUENAS COSTUMBRES

Es imposible entender el pecado a menos que entendamos antes lo que es la gracia. No podemos entender lo que perdemos a menos que entendamos antes lo que poseemos, porque la gracia es lo que perdemos cuando pecamos, y es la mayor pérdida que podemos sufrir.

Por el bautismo, hemos sido hechos «partícipes de la vida divina» (2Pe 1,4); hemos sido incorporados a Cristo, único Hijo engendrado de Dios, y así, compartimos su filiación; participamos en Su vida trinitaria. El efecto fundamental del bautismo, pues, es nuestra adopción en la familia de Dios. Como un hijo o una hija adoptada, el cristiano puede llamar «Padre» a Dios, en unión con Su único Hijo.

Esta vida divina, que hemos recibido, se llama gracia santificante. La palabra *gracia* procede de la griega *charis*, que significa «don». *Santificante* viene de la expresión latina «hacer santo». Solamente Dios es santo, pero, a través de ese don gratuito, nos capacita para participar en Su santidad. No podemos recibir un don mayor. (CCE, n. 1997),

La Tradición nos dice que este don es «habitual» —es decir, es un estado constante—: «una disposición estable y sobrenatural que perfecciona al alma para hacerla capaz de vivir con Dios, de obrar por Su amor» (CCE, n. 2000). Vivir esta vida es vivir en estado de gracia.

Sin embargo, somos libres de aceptar el don o rechazarlo por culpa del pecado. El pecado es cualquier acción —de pensamiento, palabra, obra u omisión— que ofende a Dios, viola su ley o rechaza el orden de Su creación.

LA GRAN OMISIÓN

Advirtamos que se puede pecar incluso por omisión: por inacción, por silencio, por *no* hacer algo que deberíamos haber hecho correctamente. En ocasiones, esos pecados son fruto de la negligencia y en otras de la elección; en cualquier caso, es pecar. La Carta a los Hebreos nos dice: «Si la palabra proferida por los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa paga, ¿cómo vamos a huir de ella si *descuidamos* tan importante salvación?» (2,2-3). Ciertamente, cuando Jesús habla del juicio y del fuego del infierno en Mateo 25, habla casi exclusivamente en términos de pecados de omisión o de negligencia. «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento, peregrino o desnudo, enfermo o en la cárcel y no te asistimos?» (25,44). La respuesta de Jesús no deja margen para la omisión: «En verdad os digo: cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo» (45).

La omisión es difícilmente un pecado insignificante. De hecho, puede ser mortal. Por ejemplo, no sirve de excusa decir que hemos dejado de ir a Misa el domingo porque nos olvidamos de que era domingo. El «mensaje proferido por los ángeles» nos ordena *recordar* el Día del Señor y guardarlo santamente. Así, en nuestra vida moral, como en nuestro trabajo diario, la negligencia puede matar.

Lo mismo que podemos perjudicar nuestra vida natural con una mutilación, o acabar con nuestra vida humana con un suicidio, también podemos dañar o acabar con nuestra vida sobrenatural por el pecado. Y exactamente igual que recibimos esta vida de gracia a través de un sacramento, también podemos restaurarla a través de un sacramento: el sacramento de la confesión.

ÍNDICE DE MORTALIDAD

Esto nos lleva a la primera distinción entre tipos de pecado, una división que mencionábamos de pasada en el capítulo anterior. Hay pecado venial y hay pecado mortal. Dicho sencillamente: los pecados veniales dañan nuestra vida sobrenatural; los pecados mortales acaban con nuestra vida sobrenatural. El pecado venial indica una enfermedad espiritual; el pecado mortal indica la muerte espiritual.

El pecado mortal destruye la vida aún más realmente que un arma o una enfermedad. Un hombre que ha cometido un pecado mortal está más muerto que un cadáver de una semana, aunque su mente y su cuerpo continúen dando muestras de vida biológica.

Esta muerte es la única cosa a la que Jesús aconsejó temer a sus seguidores: «No temáis a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma; temed más bien a todo el que puede arrojar el alma y el cuerpo en el infierno» (*Mt 10,28*). El infierno —el Lago de Fuego en el Apocalipsis— es la consecuencia definitiva para el que opta por cometer un pecado mortal, pues si la vida divina se corta radicalmente en una persona, esa persona no puede participar de la vida de Dios en el cielo. Si no estamos en comunión con Cristo, no tenemos la posibilidad de vivir la vida de la Trinidad.

¿Qué hace que un pecado mortal sea mayor que uno venial? Son necesarias tres condiciones: materia grave, conocimiento pleno y consentimiento deliberado.

La Tradición de la Iglesia y las Escrituras exponen claramente qué clases de pecados son mortales. Algunas veces, la culpabilidad de una persona puede disminuir porque dicha persona desconocía que tal hecho era pecaminoso (quizá estaba mal informada) o porque no estaba en plena posesión de su voluntad (quizá se viera obligada o estuviera manipulada). No obstante, hemos de evitar la tentación de aplicar esas condiciones demasiado generosamente, ya que tenemos cierta responsabilidad en nuestra propia ignorancia de la moralidad cristiana o en las circunstancias especiales que resultan ser ocasión de pecado en nuestro caso.

Para que nuestra confesión sacramental sea válida, debemos confesar todos los pecados mortales (por lo menos todos de los que somos conscientes) cometidos desde la última confesión.

ENDURECIDO, NO PERDONADO

¿Hay algún pecado tan mortal que no pueda ser perdonado? Jesús dijo que lo hay: «Todo pecado y blasfemia se perdonará a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no será perdonada ni en este mundo ni en el venidero» (*Mt 12,31-32*).

Teólogos, santos y pecadores han debatido este pasaje durante la mayor parte de dos milenios. Los hay que apoyan esta definición de tal modo que la mayoría de las personas perdería la esperanza de alcanzar el cielo. Otros hilan tan fino que resultaría imposible cometer ese pecado imperdonable.

Como siempre, la enseñanza de la Iglesia adopta el equilibrio perfecto. En primer lugar, nos advierte que no podemos eludir la barrera del perdón. En palabras del *Catecismo*: «No hay límites a la misericordia de Dios, pero quien se niega deliberadamente a acoger la misericordia de Dios mediante el arrepentimiento, rechaza el perdón de sus pecados y la salvación ofrecida por el Espíritu Santo. Semejante endurecimiento puede conducir a la condenación final y a la perdición eterna» (CCE, n. 1864).

Esto parece de sentido común. Si nos cortamos los brazos y las piernas, difícilmente esperaremos ganar el decatlón olímpico. Si nos negamos al arrepentimiento, ciertamente no

Señor, ten piedad

esperaremos obtener el perdón. Los fariseos, de quienes hablaba Jesús en el pasaje «imperdonable», no sólo se negaban simplemente a arrepentirse de sus errores, sino que continuaban acusando al Hijo de Dios del pecado más atroz. No sólo se negaban a reconocer Su poder como un poder divino: le acusaban de obrar «en virtud del príncipe de los demonios» (*Mt 12,24*). De este modo, se infligieron una ceguera espiritual que llegó a ser permanente y definitiva. Su ejemplo debía inspirarnos un santo temor, pero nunca hemos de perder la esperanza.

¿Ese pecado es raro o es común? El Papa Juan Pablo II decía: «Ciertamente, esperamos que sean muy pocos los que persisten hasta el fin en esa actitud de rebelión o incluso de desafío a Dios». Y continuaba citando a Santo Tomás de Aquino: «Considerando la omnipotencia y la misericordia de Dios, nadie debía perder la esperanza de la salvación en esta vida»³⁰.

NO HAY MATERIA PEQUEÑA

«Toda injusticia es pecado, pero hay pecados que no llevan a la muerte» (*Jn 5,17*). Llamamos pecado venial a estas faltas de menor gravedad. No existe una mentira libre de pecado, pero no todas las mentiras pesan tan poderosamente como el perjurio bajo juramento o el falso testimonio. Así, el perjurio es un pecado mortal, pero mentir respecto a la edad, sólo por vanidad, puede ser venial.

El pecado venial debilita nuestra voluntad. Nos hiere en el alma, aunque no nos mata. El Papa Juan Pablo II escribía: «El pecado venial no priva al pecador de la gracia santificante, la amistad con Dios, la caridad y en consecuencia la felicidad eterna³¹». Podemos llegar al cielo si morimos con pecados veniales sin confesar, pero antes debemos limpiar nuestra alma, porque «nada contaminado entrará» en la vida eterna de Dios (*Ap 21,27*).

No estamos obligados a confesar los pecados veniales. Ciertamente, se pueden perdonar por otros medios. Por ejemplo, cada vez que recibimos la Sagrada Comunión, los pecados veniales quedan borrados completamente; podemos pedir y recibir el perdón de los pecados veniales rezando un Acto de Contrición sincero y sencillo. La Biblia nos dice que el pecado venial puede ser perdonado gracias a la intercesión de otros: «Si alguien ve que su hermano comete un pecado que no es de muerte, pedirá y Dios le dará la vida, siempre que no sean pecados de muerte» (*Jn 5,16*).

No obstante, haremos mejor en detectar esos pecados más pequeños y empezar a vencerlos ahora buscando el perdón en el confesonario. Entonces, el sacramento nos otorgará la gracia para evitarlos en el futuro, y el confesor nos dará un consejo concreto y eficaz para corresponder mejor a esa gracia con los hechos. La introducción al rito de la penitencia nos dice que la confesión de los pecados veniales no es un mero «ejercicio psicológico». Es, más bien, «una devoción constante y renovada para purificar la gracia del bautismo de modo que, mientras llevamos en nuestros cuerpos la muerte de Cristo Jesús, Su vida se revele cada vez más en nosotros». Ningún pecado –por pequeño que sea– es compatible con la vida de Cristo, que siempre está libre de pecado. Si deseamos crecer en Su vida, si deseamos que Su vida

³⁰ *Reconciliatio et Paenitentia*, 17.6.

³¹ *Ibidem*, 17.9. Él más tarde explicó: «San Agustín, entre otros, habla de *letalia* o *mortífera crimina*, contrastándolos con *venalia*, *levia* o *quotidiana*. El significado que él da a estos adjetivos iba a tener influencia en el sucesivo magisterio de la Iglesia. Después de él sería Santo Tomás quien iba a formular en los términos más claros posibles la doctrina que se ha convertido en una constante en la Iglesia».

crezca en nosotros, debemos mantenernos firmes en nuestro propósito de no pecar en absoluto, o por lo menos (para los que comienzan) en pecar con la menor frecuencia posible.

No nos desanimemos si continuamos cayendo en el pecado venial, pero nada debe hacernos abandonar nuestro propósito de eliminar esos pecados completamente, porque no debemos subestimar el daño que pueden causar los pecados veniales. Insisto, algunas mentiras son menos graves que otras, pero no existen esas mentiras «pequeñas» o «blancas». El Papa Juan Pablo II enseñó: «No se debe olvidar que los pecados veniales infligen heridas peligrosas en el pecador»³². Los pecados veniales, especialmente si son habituales, hacen que disminuya nuestra resistencia al pecado mortal. Pueden ser el principio de muchos males en nuestra vida.

Por otra parte, la confesión de esos pecados imprime una poderosa fuerza para contrarrestarlos. El Papa Juan Pablo II decía: «La confesión de estos pecados en busca del perdón sacramental, nos ayuda, de hecho, a crecer en el conocimiento de nuestra condición de pecadores ante Dios con el fin de corregirnos»³³. Armados así con la gracia y un buen consejo, podremos continuar resueltamente por el camino de nuestra perfección. «De este modo, el penitente tiende “al hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo” (Ef 4,13). Además, “viviendo la verdad con caridad, crecemos en aquel que es la cabeza, Cristo”» (Ef 4,15).

NINGÚN PECADO ES UNA ISLA

Todo pecado es personal. En algún lugar, alguien decide cometer este o aquel pecado concreto, tanto si es mortal como si es venial. Pero ningún pecado es una isla. Los pecados engendran otros pecados, no sólo en el pecador, sino también en los demás. Cuando pecamos, cambiamos el ambiente moral, quizá imperceptiblemente al principio, pero nuestras faltas ruedan con las pequeñas faltas de muchas otras personas creando una especie de efecto bola de nieve moral. El pecado pequeño de una persona puede dar el permiso tácito para pecados ligeramente más serios de un testigo, y este proceso de igual degradación continúa... hasta que alguien decide el momento de dar marcha atrás.

Todo pecado tiene una dimensión social. Además, tenemos una responsabilidad en los pecados de los demás cuando cooperamos con ellos:

- participando directa y voluntariamente;
- ordenándolos, aconsejándolos, alabándolos o aprobándolos (incluso sonriendo);
- no revelándolos ni impidiéndolos cuanto se tiene obligación de hacerlo.
- protegiendo a los que hacen el mal (CCE, n. 1868).

No debemos quedarnos parados. Cuando las personas pecan, estamos moralmente obligados a hacer algo. San Ambrosio escribió: «Tendremos que dar cuenta de cada palabra ociosa, pero también de cada silencio ocioso». Recordemos: el modelo bíblico de pensar en los propios asuntos es Caín, que preguntó, « ¿Acaso soy el guardián de mi hermano?» La pregunta en sí delata un pensamiento desquiciado. Era el hermano de su *hermano*, y eso tendría que haber sido suficiente para justificar su preocupación. Si somos hijos de Dios, hemos de ver a los demás como nuestros hermanos y nuestras hermanas y, por tanto, debemos corregirlos cuando necesitan corrección, y ayudarlos a mejorar. Además, debemos contar con nuestros hermanos en Cristo para que nos orienten cuando andamos extraviados. Así es como funciona la vida de una familia.

³² Audiencia General 11-3-1984, n. 2.

³³ *Ibidem*.

Señor, ten piedad

Los pecados que confesamos son personales y reales. Los míos son míos. Los tuyos son tuyos. Cada uno es responsable de ellos. Pero no sólo hay pecados que nos afectan y nos debilitan. Como vivimos en sociedad, como vivimos en familia, no podemos evitar la influencia de los pecados de otros. Aunque cada pecado tiene exactamente un padre —el pecador personal que opta por pecar— todos tienen una genealogía común. En cierto sentido, todos los pecados descienden del pecado original.

UNA MALA ELECCION

¿Cuál fue ese pecado? Veamos el relato de cómo empezó todo, en el libro de los comienzos, el Libro del Génesis. Dios creó a Adán, el primer hombre, en estado de gracia. Gozaba de un estado de filiación divina en virtud de la gracia que le había conferido Dios cuando «le inspiró en el rostro el aliento de vida» (*Gen 2,7*). Además de la vida sobrenatural, Adán poseía unos poderes naturales perfectos y unos dones preternaturales: inmortalidad, por ejemplo, y una inteligencia dotada de poderes sobrehumanos. Y aún más, vivía en el paraíso junto a la esposa perfecta, con la que compartía el dominio de toda la tierra.

Dios solamente le pidió una cosa a cambio. «Y el Señor Dios le dio este mandato, diciendo: “De todos los árboles del paraíso puedes comer, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas, porque el día que de él comieres, ciertamente morirás”» (*Gen 2,16-17*). A distancia, nos parece muy poco pedir: ¡todas las riquezas del mundo más la vida eterna, a cambio de la abstención de cierta clase de fruto! Casi parece demasiado fácil. Pero para Adán y Eva se convirtió en la prueba más severa.

Antes de continuar, debo indicar una peculiaridad en el texto hebreo del Génesis. El pasaje traducido como «morirás» no expresa adecuadamente el original. En realidad, el hebreo repite la palabra *morir*, de modo que lo que se lee es «morirás morirás». Ahora bien, en hebreo, la repetición sirve para subrayar una palabra (para hacerla «más» o «firme»), pero nos resulta extraño encontrar una repetición de la palabra *morirás*. Después de todo, no puedes estar más muerto que muerto³⁴.

¿Qué puede significar esto? El más importante comentarista judío, Filón de Alejandría, explicaba que hay dos tipos de muerte: la muerte del cuerpo y la muerte del alma. «La muerte del hombre es la separación del alma del cuerpo», escribió. «Pero la muerte del alma es la decadencia de la virtud y la entrada de la maldad. Por esta razón, Dios no sólo dijo "morirás", sino "morirás de muerte", indicando no la muerte común a todos nosotros, sino esa muerte especial, que es la del alma sepultada en pasiones y maldades de todas clases. Y esta muerte es prácticamente la antítesis de la muerte que nos espera a todos»³⁵.

Sin embargo, esa muerte fue precisamente la que eligió Adán.

UN MOVIMIENTO SINUOSO

Su elección parece ser necia o descabellada, pero no es ninguna de ambas cosas. Adán se enfrentó a un simple adversario en el jardín. En las obras de arte, esta «serpiente» se suele retratar como una insignificante serpiente de jardín, pero no es esto lo que sugiere el texto del

³⁴ Para una explicación más detallada del significado de la expresión hebrea (*moth tamuth*), ct. S. Hahn. *Lo primero es el Amor*, Madrid, Rialp, 2005. pp. 87-97; S. Sekine, *Transcendancy and Sumbols in the Old Testament*. New York, Walter de Gruyter, 1999, pp. 240-242 (Addendum 2; un the contradiction surrounding dying).

³⁵ Filon, *Legum Allegoriae*, 1, pp. 105-108; citado por M. Kolarkic, *The Ambiguity of Death in the Book of Wisdom 1-6*, Roma, Pontificio Instituto Biblico, 1991, p. 77.

Génesis (3,1). La palabra hebrea es *nahash*, que tiene claramente un amplio abanico de significados. Se solía emplear para designar una serpiente (*Num 21,6-9*), pero también referida a un maligno dragón (*Is 27,1; Ap 12,3, 9*). A través de esta variedad de usos, la palabra *nahash* se refiere generalmente a algo que muerde (*Prov 23,32*) con veneno (*Sal 58,4*).

Es patente que Adán se enfrentó a una fuerza formidable que amenazaba su vida. Además, la serpiente se aprovechó de algo natural en cualquier criatura con un cuerpo físico: el terror instintivo a la muerte. La serpiente seduce a Adán con promesas, pero también le amenaza tácitamente. El *Catecismo de la Iglesia Católica* identifica a la serpiente con Satán (n. 931) y explica el poder que tenía para seducir a Adán (n. 391) y para hacerle daño física y espiritualmente (nn. 395 y 394)³⁶.

Adán sintió miedo de la bestia y sintió miedo de la muerte. Ciertamente, temió más por su vida que por la de su mujer, pues no dio un paso para protegerla. Temió a la muerte más que a ofender a Dios con su pecado. No dio un paso adelante con el valor de un mártir. Ni siquiera recurrió a Dios pidiendo ayuda. En medio de su orgullo y de su temor, guardó silencio. Entonces, junto con su mujer, desobedeció el mandato del Señor. Ambos comieron el fruto prohibido. Y el resto es la historia de la salvación.

¿Murieron Eva y él? Si por muerte das a entender la muerte espiritual explicada por Filón, entonces, sí murieron. Si por muerte das a entender pecado mortal y pérdida de la gracia divina, sí, murieron. Murieron más real y más completamente que si su cuerpo hubiera sido destrozado por una granada diabólica.

Murieron de muerte. ¿Por qué sometió Dios a semejante prueba a Adán y Eva? Porque a cambio había algo más grande. Adán y Eva gozaban de la vida de la gracia, pero era solamente la penúltima. Dios tenía el propósito de que esa gracia fuera una semilla de gloria. Adán había sido creado *en* el paraíso, pero hecho *para* el cielo. Dios deseaba que Adán compartiera la vida íntima de la Trinidad, que es una plena donación mutua. El Padre se vierte a Sí mismo en amor por el Hijo; el Hijo le devuelve ese amor enteramente con el don de Su propia vida; y el amor compartido por el Padre y el Hijo es en sí mismo una persona divina, el Espíritu Santo. Con objeto de que compartiera esa vida, Adán tenía que vivir en la tierra, en el paraíso. Tendría que ofrecerse completamente en sacrificio. Y no lo hizo.

Adán no estaba dispuesto a entregar su propia vida por amor a Dios o por salvar la vida de su amada. La negativa de Adán a sacrificarse fue el pecado original.

FALLOS Y FALLAS

Pecado original es el término que empleamos para describir la primera transgresión de la humanidad: la caída de Adán. Es también el término que empleamos para describir las consecuencias o efectos de esa caída. Para Adán, el pecado original fue personal, un pecado real. Para nosotros es un pecado impersonal, no un pecado real. Pero distinguimos, no separamos, porque es todo de una pieza. Hay un lazo que une el pecado en todas sus formas.

³⁶ Esta parte está adaptada de S. Hahn. *A Father Who keeps His Promises*, pp. 65-71, 272-276, y de S. Hahn, *Lo primero es el Amor*, Madrid, Rialp, 2005. pp. 83-89. Cf. C. Leget, *Living with God: Thomas Aquinas on the Relation Between Life on Earth and «Life» After Death*, Leuven, Peeters, 1997, pp. 117-118; 164-176; 265-266. Cf. el documento promulgado por la Congregación para la Doctrina de la Fe, *fe cristiana y demonología*, Boston, St. Paul Books, 1975, pp. 15-16: «Por eso los Padres de la Iglesia, convencidos por la Escritura de que Satanás y los demonios eran los enemigos (...), no han dejado de recordarnos su existencia y actividad (...). De un modo más claro y enérgico, San Agustín le presenta implicado en la lucha de las "dos ciudades" (...) En la sociedad de los pecadores él vio un "cuerpo" místico del diablo, y esa idea se repite más tarde en la obra de San Gregorio Magno *Moralia in Job*» (citando *De civitate Dei*, XI, 9; PL 34.441; PL 76,694, 705, 722).

Señor, ten piedad

Cuando los maestros discuten sobre el misterio del pecado original, suelen emplear la metáfora de «una mancha en el alma». Pero eso no es más que una metáfora. El pecado no es esencialmente una mancha, no es una sustancia espiritual. No es una cosa, en absoluto. Es más bien, la *falta* de algo, la ausencia de algo, es decir de la gracia santificante. A causa del pecado de Adán, la vida íntima de la Trinidad desapareció de la naturaleza humana. Eso es el pecado original. Tenemos que definirlo explicando lo que no es. Es la ausencia de algo necesario para que los seres humanos alcancen su final divinamente fijado. La ausencia de la gracia santificante nos sumerge en la oscuridad y en la ceguera de la muerte.

Es de crucial importancia que reconozcamos que el pecado original no es *algo* que se transmite biológica o físicamente. Sin embargo, al mismo tiempo podemos hablar del pecado original como algo que es hereditario. El Papa Pío XI escribió que «el pecado original es el fallo hereditario aunque impersonal de los descendientes de Adán»³⁷.

Incluso la palabra escogida *-fallo-* podría llevarnos a creer que el pecado original es algo que nos hace culpables. Pero no es así. Pensemos aquí *en fallar* en el sentido de la Falla de San Andrés, esa fractura en la corteza de la tierra que hace a California vulnerable a terremotos devastadores. Eso es lo que hace *el fallo* del pecado original en el alma. No es mi *fallo*, pero es como la línea de una falla que recorre mi alma y me inclina a separarme de Dios.

El pecado original es la culpa hereditaria e impersonal de los descendientes de Adán: «...por el pecado de uno solo vino la condenación sobre todos los hombres... Por la desobediencia de un solo hombre muchos resultaron pecadores» (*Rom 5,18-19*).

Por supuesto, el misterio radica en cómo hemos pecado en Adán. En un sentido, pecamos en Adán porque compartimos con él una solidaridad mística basada en dos realidades: *biológicamente* somos sus descendientes; y *teológicamente* es el representante de nuestra alianza. Como nuestro padre, nos representa en la alianza con Dios. Puesto que él rompió la alianza, nosotros, su progenie, heredamos las consecuencias. Veamos una analogía en las relaciones humanas: si yo gestiono mal mis negocios y caigo en bancarrota antes de pasar el asunto a mis hijos e hijas, mis acreedores podrán perseguir a mis hijos, deudores ahora a causa de los lazos familiares.

En efecto, el pecado original significa la pérdida de la gracia santificante y, por tanto, la pérdida de la vida eterna. La vida eterna no es únicamente la vida imperecedera. El alma es inmortal y las personas vivirán en el infierno imperecederamente aunque miserablemente. La vida eterna es más que imperecedera: es la vida de Dios, la vida divina. Sólo Dios es eterno porque trasciende el tiempo plenamente. Así, cuando hablamos de la vida eterna, estamos hablando de la participación en el ser y la comunión con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Y eso es lo que perdió la humanidad a causa del pecado original.

El pecado original es hereditario pero impersonal. Es contraído, no cometido, y nosotros lo contraemos sin consentimiento. Por esa razón, Dios puede borrar el pecado original sin el consentimiento personal, como hace con los recién nacidos el día de su bautismo.

³⁷ «Sobre la Iglesia y el Tercer Reich», en *Mit Brennender Sorge* (14-3-1937), él continúa: «es la pérdida de la gracia y, consecuentemente, de la vida eterna lo que todos deben –con la ayuda de la gracia, la penitencia, la resistencia y el esfuerzo moral– reprimir y vencer». Sobre la noción de pecado original como la «muerte del alma» a través de la «pérdida de la gracia divina», cf. C. Schonborn, *Loving the Church*, San Francisco, Ignatius Press, 1998, pp. 68-69: «El pecado original no es una cualidad positiva heredada por cada hombre de sus antepasados, sino la pérdida de una cualidad que él debería haber heredado... Uno puede interpretar el pecado original, por tanto, como el estado inicial de no pertenencia al Pueblo de Dios». Cf. M. J. Scheeben, *The Mysteries of Christianity*. Saint Louis, Herder, 1946, pp. 295-310; C. Belmonte (ed.), *Faith Seeking Understanding: A complete Course Of Theology*, vol. 1, Manila, Studium Theologiae Foundation, 1993. pp. 248-251, DS 1512-1513.

No se puede decir lo mismo del pecado actual. El pecado actual sólo se puede cometer a través de un consentimiento con conocimiento de causa. Y por tanto, sólo se puede borrar a través de un consentimiento con conocimiento de causa. Por eso necesitamos la confesión.

LA LEY DE LA GRAVEDAD (MORAL)

Puede ser útil recordar que el pecado es como una enfermedad terminal –pero curable– que afecta a todos los órganos del cuerpo. Sólo que en este caso afecta a la vida eterna del alma.

¿Es mejor que las personas no sepan que están enfermas? ¿O que es posible (aunque difícil) la curación? ¿Son más felices si no se les comunica la gravedad –pero también el tratamiento– de su situación?

En mi opinión, la clave radica en que el pecado, más que el quebrantamiento de las leyes, es el quebrantamiento de las vidas: las nuestras y las de los otros. Asimismo, nuestra vida espiritual es mucho más valiosa –y más frágil– que la vida física. Y mucho más satisfactoria, hablando en términos de eternidad³⁸.

Aunque el pueblo no reconozca todas las leyes de Dios (o ninguna) y el modo en que reflejan Su amorosa preocupación por nuestra salud física y espiritual, eso no cambia el hecho de que todo sigue siendo cierto. Si una abrumadora mayoría de americanos deseara abolir la ley de la gravedad, y ambas mesas del Congreso la revocaran, y el presidente firmara esa ley, ¿qué ocurriría si los congresistas decidieran celebrar su «liberación» saltando desde el tejado de la Casa Blanca? No podrían quebrantar la ley de la gravedad, por supuesto; su caída demostraría la existencia de la gravedad, y la ley los quebrantaría a ellos y al primer hueso que se golpeará.

Lo que suele olvidar la gente es que las leyes morales de Dios están tan firmemente establecidas como las leyes físicas; por eso, los resultados del pecado no son tan visibles ni tan inmediatamente dolorosos como los huesos rotos.

Por esa razón, la Iglesia tiene que dar a conocer la mala noticia de los efectos mortales del pecado, así como la Buena Noticia de Cristo como la única curación total. Y repito, por eso necesitamos la confesión.

³⁸ Cf. S. Pinckaers, *Morality: The Catholic View*, St. Augustine's Press, 2001; ídem, *The Source of Christian Ethics*, Washington D. C., Catholic University of America Press, 1995; R. Cessario, *Introduction to Moral Theology*, Washington D. C., Catholic University of America Press, 2001.

Señor, ten piedad

VI LA CONFESIÓN SACRAMENTAL: ¿QUÉ HAY TAN DULCE EN EL PECADO?

Como profesor universitario, en algunas ocasiones recomiendo a mis alumnos que lean las *Confesiones* de San Agustín. El libro tiene un atractivo casi universal. Incluso los lectores más incrédulos y mundanos se sienten cautivados por el brillante estilo de Agustín, o por lo menos por sus sugestivos recuerdos de una juventud desperdiciada. En ciertos casos, el libro del santo se lee especialmente porque sus pecados fueron escandalosos. Un cuidadoso análisis personal de las *Confesiones* de Agustín puede ser enormemente útil a aquellos de nosotros que estamos preparando nuestra propia confesión sacramental³⁹.

Hay un pasaje, no obstante, que sorprende incluso a los lectores piadosos. Realmente, es más que un pasaje. Agustín emplea *siete capítulos* para describir el breve momento que vivió una noche cuando tenía dieciséis años. ¿Qué sobrecogedora aventura pudo ocupar una mente tan espléndida hasta ese punto?

Agustín y sus amigos robaron unas pocas peras del huerto de su vecino.

Los lectores encontrarán esto desconcertante. Agustín pasó muchos años de su vida entregado a los pecados de la carne; tuvo amantes; tuvo un hijo fuera del matrimonio. Y con no menos ardor se entregó a los pecados del espíritu; siguió a espiritualidades exóticas más allá de las zonas de la herejía y la apostasía; abandono las enseñanzas cristianas y dejó su alma al cuidado de un gurú no cristiano. Muchas y muy grandes fueron sus transgresiones. Pero a ningún pecado somete a un análisis tan riguroso como el insignificante robo de peras cuando tenía dieciséis años.

Una y otra vez Agustín se pregunta por qué cometió aquel pecado. No es que estuviera hambriento; de hecho, no lo estaba. No es que fuera tentado por unas peras excepcionales: realmente eran peores que las que tenía en su casa. Tampoco era el momento de tomar un tentempié. Agustín y sus amigos ni siquiera se comieron la fruta robada: la arrojaron a los cerdos.

Entonces, ¿por qué pecó? Agustín se plantea incansablemente la cuestión y rechaza incansablemente una respuesta tras otra. Por fin, se pregunta si, quizá, disfrutaba haciendo el mal por el mal. Pero también esto lo descarta como una insensatez. Nadie, dice, comete un pecado porque sí. Nadie elige el mal por el mal. La gente no peca por el mal, sino por algo bueno.

¡VÁLGAME DIOS!

Ésta es la parte que escandaliza a algunos cristianos. ¿Cómo puede decir que los pecadores no optan por el mal cuando pecan? Agustín responde que los seres humanos solamente pueden desear las cosas buenas. Deseamos lo que es grato al paladar, lo que es cómodo, lo que nos hace más libres, lo que elimina las dificultades de nuestra vida. Además, todas las cosas que deseamos son buenas porque Dios las ha creado así. «Y vio Dios ser muy bueno cuanto había hecho» (*Gen 1,31*). Todas las cosas del mundo participan de algún modo en la gloria de Dios. Cada obra de arte lleva el sello distintivo del artista, y por tanto, cada criatura es una manifestación de un sacramento natural del creador. Y esa muestra de la gloria divina es lo que hace que nos resulten tan atractivas las cosas de este mundo.

³⁹ *The Confessions of St. Augustine*, New York, Doubleday, 1960, pp. 69-76.

¿Qué es, pues, lo que el deseo toma por algo bueno y lo transforma en un pecado? Agustín lo expresa maravillosamente: «Franqueamos nuestras puertas al pecado cuando, con una desviación incontrolada hacia los bienes ínfimos, hacemos dejación de los bienes superiores y soberanos: de ti, Señor Dios nuestro, de tu verdad y de tu ley». Y continúa: «Todas esas cosas inferiores tienen su encanto, pero no en pie de igualdad con mi Dios, Creador de todas las cosas, porque en Él se recrea el justo y constituye las delicias de los rectos de corazón».

Agustín llega a la conclusión de que robó las peras por disfrutar de la compañía de sus amigos y por las risas que compartían. La amistad, la camaradería y las risas eran todas cosas buenas, dones de Dios, y deseables. Pero los muchachos se comportaron erróneamente cuando colocaron el deseo de aquellas cosas por delante del deseo de agradar y obedecer al Señor Dios.

También nosotros pecamos, no porque deseemos lo que es malo, sino porque deseamos lo que no es lo bastante bueno. Entregamos nuestros corazones, nuestros cuerpos y nuestras almas a baratijas y a sensaciones pasajeras cuando, al contrario, deberíamos ir hacia la cumbre de todos los placeres, al Creador eterno de todo el gozo. Al fijar la atención en los dones de Dios, volvemos la espalda al que nos los concede.

UN NUEVO ORDEN, TRASTOCADO

El problema, pues, no es que encontremos atractivas a las criaturas, sino que las encontremos más atractivas que a Dios. El problema (en palabras de Agustín) es nuestra «desviación incontrolada por las cosas», por el placer, y por la gloria terrenal. Éste fue el problema de Adán y Eva: el árbol prohibido del Edén –como el fruto del huerto del vecino de Agustín– no era malo. En realidad, el árbol del conocimiento del bien y del mal era bueno en todos los sentidos. Eva vio inmediatamente «que el árbol era bueno para comerse, hermoso a la vista y deseable para alcanzar por él sabiduría» (*Gen 3,6*). El árbol tenía todas aquellas buenas cualidades naturales porque Dios lo había hecho así. Parecía bueno, y haría el bien, dando la sabiduría a la persona que comiera de él. Pero Dios había mandado a la primera pareja que sacrificara todos aquellos grandes bienes por un bien más alto, un bien sobrenatural. Y en esto fallaron... por miedo a la serpiente, por soberbia, por temor a sufrir una pérdida (*Hb 2,14-15*). El fruto no era lo malo, pero lo fue la desobediencia. No es malo desear la sabiduría, o sentir un anhelo por las manzanas maduras, pero es malo perseguir esas cosas en la dirección que nos aleja de Dios.

Adán y Eva lo hicieron. Reordenaron sus prioridades, de modo que sus deseos apremiantes –seguridad, auto-conservación, sabiduría y placeres sensuales– quedaran satisfechos, mientras que los bienes más altos –como la fe, la esperanza y el amor– quedaran anulados. No eligieron directamente lo malo. Eligieron los bienes menores. Eligieron unos bienes que en aquel momento parecían más *reales*. La auto-conservación y el hambre son instintos animales profundamente arraigados para los que el cuerpo tiene unas intensas respuestas físicas, pero no existen unos instintos físicos semejantes para la fe, la esperanza y la caridad. No hay glándula, órgano ni hormona que nos presione para elegir a Dios sobre todas las cosas. Lo que Dios pedía a Adán y Eva era un profundo acto de la voluntad –unir su voluntad a la voluntad de Dios– sacrificando así los deseos más bajos de sus cuerpos y de sus almas, de sus corazones y de sus mentes.

Esta elección tuvo consecuencias a largo término. Sus necesidades creaban nuevas necesidades: ocultarse, justificarse y cubrir su desnudez. Adán y Eva dieron primacía a sus deseos más bajos, y ahora, sus deseos más bajos tomaron el poder. Mientras que previamente habían estado «desnudos sin avergonzarse», ahora su desnudez provocó sentimientos desordenados en ambos, y creyeron necesario cubrirse con prendas tejidas con hojas. Donde

Señor, ten piedad

Adán había cultivado y mantenido el jardín sin esfuerzo aparente, ahora se encontraba trabajando duramente y con sudor.

Nuestros primeros padres trastocaron la jerarquía divinamente establecida para la persona y la raza humana. Ahora, en lugar de que nuestras almas gobiernen nuestros cuerpos, nuestros cuerpos –y sus anhelos y apetitos, placeres y temores– están gobernando nuestras almas.

San Pablo llama a esto la rebelión de la carne contra el espíritu (*Gal 5,16-17; Ef 2,3*; CCE n. 2515). Los teólogos lo llaman *concupiscencia*, un término que se refiere a «deseos o apetitos humanos que permanecen desordenados debido a las consecuencias temporales del pecado original». La concupiscencia es, por definición, irrazonable: nuestro caótico instinto se ha rebelado contra el orden de la razón⁴⁰.

En sí misma, la concupiscencia no es pecado, pero es el resultado del pecado original y la causa de nuestros pecados actuales. Es una inclinación innata al pecado, pero no es una transgresión personal. La concupiscencia no nos hace culpables, pero sí vulnerables a las tentación y positivamente propensos al pecado.

MALAS CONSECUENCIAS

«Como por la desobediencia de un solo hombre muchos resultaron pecadores, así también por la obediencia de uno solo muchos quedarán justificados» (*Rom 5,19*). Así como Adán apagó la vida divina en su alma y en la de sus descendientes, así Cristo vino a restaurar esa vida divina y a capacitarnos para compartirla. La mayoría de nosotros hemos recibido la vida divina, siendo niños, a través del sacramento del bautismo.

El bautismo borra la mancha del pecado original, pero la concupiscencia permanece en nosotros. Nuestros instintos y nuestras pasiones, aunque son buenos en sí mismos, están fuera de un orden correcto, y eso *no* es bueno.

La concupiscencia es el instinto de perpetuación y nos empuja hacia abajo. Encontramos atractivas a las criaturas porque Dios las hizo así, como ejemplos de Su gloria, para impulsarnos a darle gracias, alabarle y amarle más. Pero tendemos a tomar a esas criaturas creadas y hacer de *ellas* el objeto último de nuestro deseo...sea una esposa, un amigo, el chocolate, el alcohol, los libros o los coches. Cuanto más cedamos a nuestros deseos acuciantes, más se apoderarán de nosotros, y más crecerá nuestra necesidad de ellos. Cuanto más necesitemos de esos bienes creados, menos sentiremos la necesidad de Dios, ¡a pesar de que Él nos ha dado los bienes del mundo!

La concupiscencia nos hace vulnerables, débiles ante la tentación. Este mundo nos tienta a través de nuestra concupiscencia. No quiere decir que somos culpables si surgen en nosotros malos pensamientos. Sólo cuando consentimos albergarlos, cometemos un pecado en nuestro interior y, a menos que nos arrepintamos rápidamente, muy pronto lo cometeremos en el exterior.

Con objeto de vencer los efectos de la concupiscencia, primero hemos de conocer lo que son. La tradición nombra tres.

1. Nuestra mente está oscurecida. Nuestra facultad de razonar depende de nuestras glándulas y de nuestras vísceras. Solamente con la gracia de Dios, la verdad revelada y nuestro propio esfuerzo, podemos considerar sometidos los impulsos de nuestra carne.

⁴⁰ Tomado del índice temático del *Catecismo de la Iglesia Católica*, Asociación de Editores del Catecismo, p. 678. Cf. J. J. Hugo, *St. Augustine on Nature, Sex and Marriage*, Chicago, Scepter Press, 1969, pp. 52-78; Belmonte, *Faith Seeking Understanding*, p. 251.

2. Nuestros deseos están debilitados. La voluntad sólo debe desear el bien, pero la voluntad actúa según los datos que le proporciona el intelecto, que ahora funciona en medio de la oscuridad. Frecuentemente, nuestra voluntad está mal orientada: no se dirige hacia Dios como su fin último, sino a las criaturas como su fin próximo. La voluntad elige todavía cosas buenas: elige los bienes más bajos, bienes aparentes. Nadie elige el mal por el mal, incluso la persona que opta por el suicidio o el asesinato. Hitler pensaba hacer el bien cuando libraba al mundo de los judíos, los gitanos y los sacerdotes católicos. De este modo se tuerce la naturaleza humana cuando damos rienda suelta a la concupiscencia.

3. Nuestros apetitos están desordenados. Nuestros deseos de alimento, sueño, intimidad sexual son buenos en sí mismos cuando están ordenados según Dios, como fueron creados. Pero a causa de la concupiscencia se convierten en desordenados, y así, nuestros cuerpos tienden a arrastrarnos a la gula, a la pereza, a la lujuria y a otros pecados habituales.

Ahora podemos ver los estragos de la concupiscencia: el intelecto está oscurecido y no puede alimentar a la voluntad. Así la voluntad está cada vez más debilitada. Y al final, los deseos de la carne llegan a ser desordenados porque el alma ya no gobierna al cuerpo como debiera.

CASTIGADOS POR EL PLACER

Ahora entenderemos mejor la queja de San Pablo: « ¡Pobre de mí! ¿Quién mi libraré de este cuerpo de muerte?» (*Rom 7,24*). Como Pablo, deberíamos estar seguros también de que nuestra liberación procede de Jesucristo nuestro Señor. Sin embargo, hemos de aprender a discernir la llamada de Cristo al arrepentimiento en nuestra vida diaria, porque esos son los momentos señalados para nuestra liberación⁴¹.

Para nosotros, el pecado empieza con nuestros deseos desordenados. Primero somos tentados por un anhelo de algo que no tenemos. Nuestra primera etapa obligada, entonces, es la de resistir la tentación: rechazar el deseo y alejarnos de la situación que está alterándonos.

Si fallarnos en esto y pecamos, tenemos una obligación más grave y más difícil, porque nos hemos colocado en un peligro mayor. Debemos arrepentirnos de dicho pecado, confesarlo y hacer penitencia por él.

Pero, ¿qué pasa si rio nos arrepentimos? ¿Qué pasa si volvemos por otra ronda de placeres prohibidos? Una vez que fallamos en el cumplimiento de nuestra segunda etapa obligada, nos enfrentamos al castigo de Dios. No obstante, incluso esto no es lo que cabría esperar. Generalmente, Dios no castiga a los pecadores enviando un rayo desde un cielo soleado. El peor castigo que podemos recibir es la atracción que el pecado ejerce sobre nosotros. Cuando las personas optan por un placer prohibido, el castigo por el pecado se convierte en el placer que experimentan ilícitamente, porque una vez que lo han disfrutado, quieren más. Si Dios nos abandona a nuestros placeres ilícitos, descubriremos que ya no podemos resistirnos a ellos. Antes de que nos demos cuenta, estamos enganchados. Nos hemos hecho dependientes, co-dependientes o adictos.

⁴¹ Cf. J. Gildea (trad), *Source Book of Self Discipline. A Synthesis of «Moralia in Job», by Gregory the Great*. New York, Peter Lang, 1991, pp. 47-56, 129-146, 152-160, 173, 193-200; L. E. Vaage y V. Wimbush, *Ascetism and the New Testament*, New York, Routledge, 1999; E. A. Clark, *Reading Renunciation*, Princeton University Press, 1999. Para un tratamiento más profundo y amplio de este énfasis en la teología moral y espiritual de San Gregorio, cf. C. Straw, *Gregory the Great: Perfection and Imperfection*, Los Angeles, University of California Press, 1988. Cf. C. S. Lewis, *The Allegory of Love: A Study in Medieval Tradition*, London. Oxford University Press, 1959, pp. 14-23.

Señor, ten piedad

Una vez que estamos enganchados a un pecado, alteramos el orden de nuestros valores. El mal se convierte en nuestro «bien» más acuciante, en nuestro anhelo más intenso; lo que es realmente bueno aparece como un «mal» porque nos amenaza con impedir la satisfacción de nuestros deseos ilícitos. En este punto, el arrepentimiento se convierte en algo casi imposible, pues el arrepentimiento es, por definición, un rechazo del mal y una vuelta hacia el bien; pero, de momento, el pecador ha redefinido por completo el bien y el mal. De tales pecadores, dijo Isaías: « ¡Ay de los que llaman al mal bien, y al bien mal!» (*Is 5,20*).

La concupiscencia desbocada es el castigo de Dios para el pecador impenitente, y es un castigo que se adecúa al delito. Cuando la gente persiste en su elección de los bienes más bajos. Dios acaba por suprimir sus restricciones. En el primer capítulo de su Carta a los Romanos, San Pablo explica que «Dios entregó [a los paganos] a las apetencias de su corazón, a la impureza... porque cambiaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y sirvieron a la criatura en lugar del Creador» (Rom 24-25). «Dios los entregó a pasiones deshonorosas» (Rm 1,26) y «los entregó a su impropia conducta» (Rom 1,28). Al castigar a las personas. Dios respeta su libertad y las «abandona» a la lujuria, a las pasiones y a la conducta que ellas mismas han escogido, Pero cuando Dios –que les ha dado la vida– las abandona, ¿pueden estar de otro modo que no sea muertas?

Lo repito: el placer de pecar es el primer castigo por el pecado. Esto resulta ser una sorpresa para la mayoría de la gente. Pensamos en el castigo divino como una *vendetta* con la que Dios ajusta las cuentas al pecador. Sin embargo, el peor castigo temporal que Dios puede imponer es el apego a los pecados elegidos libremente.

Los borrachos, por ejemplo, no empiezan como borrachos. Empiezan por embriagarse una vez, luego otra, luego otra. Es decir, si deseamos alcohol y no moderamos ese deseo, nos encontraremos ebrios: y la borrachera es el castigo por el pecado de beber inmoderadamente. Llegados a ese punto, comprendemos que hemos fallado en nuestro deber inicial de resistir la tentación. Entonces hemos de arrepentirnos, confesarnos y cumplir la penitencia. Pero si no nos arrepentimos –si, en lugar de ello, volvemos a emborracharnos– sentiremos en nuestra alma el peso de ese bien ilícito que nos arrastra hacia abajo, más lejos de Dios.

Eso es lo que sucede cuando la inteligencia está oscurecida y la voluntad debilitada. Entonces nos vemos casi incapaces de arrepentirnos, excepto en el caso de una intervención divina: un coche destrozado, el abandono de la propia familia, la expulsión de nuestra casa, la pérdida de un trabajo. Cuando se produce el desastre, el pecador suele pensar que Dios se ha dado cuenta y empieza a castigarle. Pero no se trata de la ira divina, se trata de la misericordia divina, que salva al pecador de un destino peor y definitivo.

Lo que entonces vemos como castigo, como cólera, es en realidad el destello de una luz brillante y repentina que Dios envía para iluminar al alma oscurecida por la concupiscencia y el pecado.

LA CÓLERA: METÁFORA, Y REALIDAD

Es importante llegar a entender adecuadamente los castigos de Dios. El Antiguo Testamento habla de la «ira» o la «cólera» de Dios hasta 168 veces. Pero podemos decir con convicción que Dios no «monta en cólera». No nos castiga en medio de su «ira»: Dios es eterno e inmutable, no está a merced de los movimientos que experimentamos los seres humanos en nuestras emociones y pasiones.

Cuando la Biblia habla de la «cólera» de Dios está hablando metafóricamente, como suele hacerlo. Pensemos, por ejemplo, en la referencia del salmista a «la mano derecha de Dios y a su santo brazo» (*Sal 98,1*). Eso no significa que Dios tenga miembros y extremidades, ni

tampoco que tenga emociones y pasiones. Santo Tomás de Aquino explica: «Cuando la Escritura habla del brazo de Dios, el sentido literal no es que Dios tenga tal miembro, sino únicamente lo que simboliza ese miembro, es decir, el poder operativo» (*Summa Theologica* I, 1.10 ad 3m)⁴².

¿Qué representa la metáfora? La *ira* es una palabra que indica relación. Si estamos irritados, tiene que existir el objeto de nuestra ira, alguien con quien estamos enfadados. Puesto que no podemos referirnos correctamente a *ira* como algo en la Trinidad –porque Dios inmutable no tiene una ira eterna– no podemos hablar de una relación eterna de Dios: liemos de hablar de una relación temporal entre Dios y el hombre. Santo Tomás lo aclara: «Tal y como entre nosotros es habitual que un hombre colérico castigue, así el castigo se convierte en una expresión de ira. De ahí, que el castigo mismo se signifique con la palabra ira, cuando la ira se atribuye a Dios... [Pero] la ira nunca se atribuye a Dios correctamente, pues en su significado primordial incluye la pasión» (*Summa Theologica* I, 19.11, c).

La cólera divina, la *ira* y el *castigo* son términos que nos pueden ayudar a comprender los hechos por medio de los cuales Dios hace justicia y restaura el orden en nuestra vida, en nuestra historia. Y no son la furia de un «juez de la horca»; son, más bien, el instrumento de Su misericordia y de Su bondad. Los castigos de Dios son como los de un padre amoroso, o como el cayado del pastor que nos dirige por los caminos apropiados. Son correctivos, restauradores, redentores y medicinales. Según San Pablo: «La bondad de Dios te estimula a la penitencia» (*Rom 2,4*).

LA VERDAD Y SUS CONSECUENCIAS

La cólera de Dios se ha definido como «los mayores desastres y golpes que pueden herir a las personas como consecuencia del pecado, como «castigo» ligado al pecado porque Dios lo ha deseado así»⁴³. San Pablo dice: «Sabemos que el juicio de Dios es conforme a verdad contra los que hacen cosas semejantes», es decir, los que pecan (*Rom 2,2*).

Frecuentemente, Dios castiga de un modo inesperado, pero Sus castigos nunca son vengativos ni arbitrarios: son las consecuencias inevitables de nuestras elecciones libres. Ciertamente, Sus castigos –incluso el eterno y definitivo del infierno– son la defensa de la libertad humana y la seguridad del amor divino, porque no cabe coacción en el amor. Debemos ser libres para elegir el amor de Dios o –trágicamente, definitivamente– para rechazarlo. Si no contamos con la opción de elegir el pecado y el infierno, no tendríamos libertad para elegir y amar a Dios. Si Dios no nos permitiera decirle no, nuestro sí sería inútil, la respuesta programada de una máquina.

Hemos de enfrentarnos al hecho de que cuando pecamos y optamos por algo en lugar de optar por Dios, tenemos lo que hemos elegido.

Desgraciadamente, siempre habrá una lucha, pues hemos de hacer nuestra elección empleando unas facultades debilitadas por la concupiscencia. La concupiscencia nos arrastra en una sola dirección, hacia abajo, lejos de Dios, Además, su ley de la gravedad es arrolladora, domina nuestro cuerpo y nuestra alma.

⁴² *Summa Theologica* I. 1. 10 ad 2. Santo Tomás interpreta la ira de Dios como figurativa más que real; esto es como una antropomórfica expresión que describe como es experimentado el justo y santo amor de Dios por el pecador impenitente que rehúsa Su gracia. Cf. J. I. Packer, *Knowing God*, Inter-Varsity Press, 193, p. 139, que es partidario de la visión evangélica protestante de la ira de Dios como una "actitud emocional"... de aborrecimiento de la irreligión.

⁴³ De Grijs, «Thomas Aquinas on *Ira* as a Divine Metaphor», 44.

Señor, ten piedad

Podemos empezar a vencer nuestra concupiscencia a través del dominio y renuncia de nosotros mismos –en realidad, lo debemos hacer así– pero incluso eso no es bastante. Necesitamos la ayuda de lo que solamente Dios puede dar: la gracia que otorga libremente en el sacramento de la penitencia. La gracia es eficaz por su poder divino y creador: *crea de nuevo* el corazón que el pecado ha desordenado, desfigurado y hecho caer en desgracia.

VII TEMAS PARA LA CONSIDERACIÓN: LA CONFESIÓN COMO ALIANZA

« ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?» (*Rom 7,24*). San Pablo se hacía eco del grito que resonaba durante siglos, desde los tiempos del pecado original. Los que confiaban en Dios, confiaban también en que Dios los «libraría», de algún modo, de la «ley del pecado y de la muerte» (*Rom 8,2*) –la concupiscencia– que dominaba sus cuerpos despóticamente.

El perdón sacramental es el único modo eficaz de alcanzar la liberación tanto tiempo esperada.

« ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?» Pablo respondía a esta pregunta sin dudar, sabiendo que Dios había enviado a Jesús como su libertador. « ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?» (*Rom 7,24*) «Cristo Jesús me ha liberado de la ley del pecado y de la muerte» (*Rom 8,2*) « ¡Gracias a Dios por Jesucristo nuestro Señor!» (*Rom 7,25*).

¿Qué forma tomó esta liberación? La Tradición cristiana emplea una serie de términos para el caso y para el hecho, Habla de *expiación, redención, salvación, justificación y santificación*, entre otros. La mayoría de los cristianos considera esas palabras como sinónimos intercambiables. Las palabras nos resultan demasiado familiares a causa de su repetición en oraciones y en frases piadosas, pero al mismo tiempo extrañas en relación con lo cotidiano, lo rutinario. Para el cristiano medio, esas palabras significan poco fuera de su contexto religioso. Y así, la mente tiende a desconectar siempre que se acumulan las sílabas latinas.

Los que se toman tiempo para ponderar cada término no consiguen mucho más, porque las palabras representan un embrollo de realidades que parecen estar en contradicciones o en conflictos mutuos: militares, religiosos, mercantiles, legales. Nuestra liberación comienza a parecer una mezcla improbable de metáforas.

No fue ese el modo en que los primeros experimentaron su liberación. No fue así en el caso de San Pablo, para quien todas las metáforas representaban una simple experiencia unitaria. Fue una experiencia común para él, para los otros apóstoles, para Jesús, para sus antepasados en Israel, y para todos sus semejantes del mundo antiguo.

Dios explica siempre lo desconocido en términos de lo conocido. Y todos esos términos – *redención, salvación, justificación, santificación*– se reúnen en una sencilla realidad conocida en la antigua Iglesia y en el antiguo Israel. Se reunían en la noción de *alianza*.

LA ALIANZA FAMILIAR

Para comprender la noción de alianza, primero hemos de conocer la cultura del antiguo Israel, donde una amplia y extensa familia definía el mundo de un individuo determinado. La familia –la tribu, el clan– constituía la identidad primordial de un hombre o una mujer, dictaba dónde debían vivir, cómo tenían que trabajar y con quién habían de casarse. A menudo, sus miembros lucían un llamativo signo de identidad familiar, como un sello, o una marca distintiva en el cuerpo.

En el Oriente Próximo, una nación era una amplia red de tales familias, lo mismo que Israel comprendía las doce tribus de los hijos de Jacob. La unidad de la familia era el vínculo de la alianza, con todo su acompañamiento de derechos, deberes y lealtades. Cuando una familia recibía nuevos miembros por matrimonio, adopción o cualquier otra alianza, ambas partes –los miembros nuevos y la tribu establecida– solían sellar la alianza pronunciando un juramento solemne, compartiendo una comida y ofreciendo un sacrificio. El gran experto bíblico, Dennis J. McCarthy, S. J., escribió: «Es indudable que esos pactos, semejantes a

Señor, ten piedad

tratados, estaban indicados para establecer una especie de unidad familiar. En el vocabulario de esos documentos, un miembro superior recibía el nombre de «padre», su inferior el de «hijo» y los miembros semejantes, el de «hermanos».

Cada una de esas amplias familias construía una unidad económica. En realidad, era, literalmente, una economía. La palabra *economía* procede de la griega *oikonomía*, que significa «la ley de la casa». El puesto del mercado, con sus compras y sus ventas, era un asunto familiar; la profesión de un hombre no era tanto el resultado de una elección personal, sino que obedecía a las necesidades familiares.

Cada una de esas amplias familias era una unidad militar. La familia miraba por sí misma y estaba preparada para defender a su gente, su tierra y su negocio. Si un miembro estaba cautivo de algún modo, la familia enviaba a un pariente –redentor– en hebreo *go 'el* –para rescatar a la víctima o vengar el crimen (*Gen 14,14-16*).

Cada una de esas amplias familias era una unidad religiosa. Toda la familia estaba unida en la profesión de su religión y en la práctica de los sacrificios. Los padres representaban el papel sacerdotal, ofrecían el sacrificio por su familia y transmitían el oficio a sus hijos primogénitos. El dios de la familia era el dios de sus antepasados, los patriarcas: «El Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, el Dios de nuestros padres» (*Hech 3,13*).

Cada una de esas amplias familias estaba gobernada por tribunales propios. La familia solía decidir sobre sus disputas internas y juzgaba los delitos cometidos por sus miembros, contra sus miembros o en sus tierras. Los más ancianos de la tribu ejercían de jueces (*Ex 18,21-26; Dt 1,12-17; Dt 21,19*).

EN OTRAS PALABRAS

La relación de Dios con su pueblo elegido estaba definida por una alianza. Y así, la Escritura describe su interacción en términos familiares, como era de esperar. No obstante, *por familiar* debemos incluir la serie de actividades descritas anteriormente: la económica, la militar, la religiosa y la jurídica. De este modo, llegamos al vocabulario empleado para la liberación de Dios⁴⁴.

Económica. La liberación encuentra su expresión en el lenguaje del mercado: « ¡A precio habéis sido comprados!» (*1Cor 7,23*). La palabra puede describir también la compra de un esclavo o el rescate de un cautivo. El Nuevo Testamento la emplea de este modo, pero con un giro familiar: «Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos» (*Gal 4,4-5*). San Pablo conecta también redención con perdón de los pecados y remedio contra la concupiscencia: «Nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo... se entregó a Sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para Sí un pueblo de su propiedad, celoso de las buenas obras» (*Tit 2,13-14*).

Militar. En algunas ocasiones, la escritura describe nuestra liberación en terminología guerrera: el pariente-vengador que libera a su pueblo de sus captores o enemigos. En el acto

⁴⁴ Para los distintos «modelos de expiación», cf. R Nicole. "The Nature of Redemption», en *Starding Forth: The Collected Writing of Roger Nicole*, Roshire, Inglaterra, Focus, 2002. pp. 245-282; J. B. Green y M. D. Baker, *Recovering the Scandal of the Cross: Atonement in the New Testament and Contemporary Context*, InterVarsity Press, 2000, Para un tratamiento más profundo del uso que hace Pablo del término «economía» para describir la salvación, interpretado a la luz del culto de adoración y las antiguas «economías del templo» (en Judea y en el mundo greco latino), cf. D. Georgi en *Remembering the Poor: The History of Paul' Collection for Jerusalem*, Nashville, Abingdon Press, 1992, pp. 144-165; cf. también S. Hahn. *Lo primero es el Amor*, pp. 102-106

definitivo de rescate, Jesús nos salva del pecado: «El Señor me libraré de toda obra mala y me salvaré llevándome a su reino celestial» (2Tim 4,18). Oímos su eco en la oración del Padrenuestro que Jesús nos enseñó: «...líbranos del mal» (Mt 6,13). El tema aparece más tarde en la Carta a los Efesios (6,10-17), en la que San Pablo habla detenidamente de batalla espiritual y de nuestra necesidad de «poner en la cabeza el casco de la salvación» (también en Is 59,15-21).

Religiosa o litúrgica. La palabra se refiere literalmente al hecho de hacer lo sagrado. En el Antiguo Testamento aparece describiendo los ritos de purificación relacionados con el Templo de Jerusalén y sus sacrificios sacerdotales: hombres y mujeres purificados preparándose para el sacrificio del Templo y purificándose a su vez gracias al sacrificio del Templo. En el Nuevo Testamento, es el sacrificio de Jesucristo –por medio de los sacramentos– lo que purifica a la Iglesia y a sus miembros: «Lavaron sus estolas y las han blanqueado en la sangre del Cordero» (Ap 7,14). «Pero habéis sido lavados, santificados, justificados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios» (1Cor 6,11). Nuestra purificación, nuestra santificación nos llega a través del bautismo.

Jurídica. Aquí se describe la salvación en términos legales, como exoneración de nuestros muchos pecados ante Dios como nuestro juez. También es esta la obra de Jesucristo, que nos ganó la exculpación capacitándonos para compartir Su vida sin mancha. «Son justificados gratuitamente por su gracia, en virtud de la redención que está en Cristo Jesús» (Rom 3,24). «Y no sucede con el don como con las consecuencias de uno que pecó; porque el juicio, a partir de uno solo, lleva a la condenación, pero la gracia, después de muchos delitos, termina en justificación. Pues si por el pecado de uno solo reinó la muerte por este, cuando más los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia reinarán en la vida por uno solo, Jesucristo». (Rom 5,16-17).

ENSEÑANZA SUPLETORIA

Redención, salvación, santificación, justificación: aunque todos esos términos pueden comunicar la palabra salvadora de Dios, es preciso descubrir el modo en que convergen en la sencilla realidad de la alianza.

Ningún erudito o lector serio de la Biblia niega que la alianza fue una idea central –ciertamente, *la* idea central– en el antiguo Israel. Todo el mundo acepta la palabra; estamos menos seguros, sin embargo, de lo que esta palabra representa. Vivimos tan lejos en el tiempo y en el espacio que nos resulta difícil superar la distancia conceptual. Nos resulta arduo el hecho de reconstruir lo que parecía tan natural a los escritores bíblicos, pero que es extraño para nosotros.

Sin embargo, cuando empezamos a reconstruir la experiencia israelita de alianza, nos encontramos enseguida describiendo la realidad vivida en esta serie de cuatro términos: *militar, mercantil, legal y litúrgico*. Y no se trata de una mera curiosidad histórica, porque cuando aplicamos nuestros descubrimientos históricos al razonamiento teológico, descubrimos que la teología católica tiene mucho que ofrecer para remediar las carencias en el trabajo de muchos *predicadores* no-católicos. Al escuchar los sermones de la TV y la radio de muchos evangelistas, muy pronto detectaremos ciertos lugares comunes: por ejemplo, que Dios castigó en Cristo nuestros pecados; que el Padre ya no veía a su único Hijo unigénito, sino solamente nuestros pecados, y así, descargó su cólera en Jesús. Entonces –según esta lectura– el canje legal estaba completo. Jesús cargó con nuestra culpa y castigo, y nosotros hemos recibido Su rectitud y Su recompensa.

SALVAMENTOS MUTUOS

El problema con el canje legal es que es una ficción legal, un canje falso. Jesús no era culpable del delito y por tanto, no pudo ser castigado por ello. Los convenios legales en Israel eran semejantes a los que conocemos hoy. Si yo perjudicara la propiedad de alguien y un tribunal de reclamaciones me encontrara culpable, mi vecino podría ofrecerse a pagar una deuda que yo no podría afrontar. Los perjuicios económicos podían transferirse o intercambiarse, pero no los castigos por crímenes. Si fuéramos culpables de asesinato, el mismo vecino no podría ofrecerse para ser encarcelado o ejecutado en mi lugar. Entonces como ahora, los castigos por crímenes no podían cargarse en sustitutos.

Si Cristo *hubiera* actuado meramente como nuestro sustituto, podríamos preguntarnos acertadamente por el motivo de que todavía tengamos que cargar con el castigo por nuestros pecados. ¿Por qué hemos de seguir sufriendo y muriendo? Como nuestro sustituto, Cristo podría haber eliminado la necesidad de nuestros sufrimientos.

No obstante, según la lógica de la alianza –y la enseñanza de la Iglesia–, Él no era nuestro sustituto penal. Era, mejor dicho, nuestro representante legal; y ya que Su pasión salvadora era representativa, no nos exime de nuestros sufrimientos, sino que los dota de poder divino y de valor redentor (*Col 1,24*).

Sí; afirmamos que Jesús pagó una deuda que no debía (porque nosotros teníamos una deuda que no podíamos pagar). Económicamente, la teoría sustitutoria funciona, pero no en las leyes criminales. Que un hombre inocente pudiera ser castigado en nuestro lugar sería una injusticia. Eso indicaría una ceguera divina o una locura temporal. ¿Cómo, después de todo, el Padre no «podría ver» a su único Hijo, especialmente en el momento en que colgaba de la cruz en total obediencia y amor por el Padre? Por supuesto, el Padre *podía* ver al Hijo, y la humanidad de Cristo nunca fue tan hermosa como cuando colgaba de la cruz en una sumisión amorosa a la voluntad del Padre⁴⁵.

Semejante predicación –la de un Padre vengándose en un Hijo inocente– es inaceptable y roza la blasfemia. Exige ser corregida y completada por el único principio que confirma todas las metáforas para la acción salvadora de Dios.

Hemos de conocer la alianza, pero para entenderla, necesitamos primero ponernos de puntillas y observar por encima del muro de nuestra cultura y ver lo que hace al Evangelio tan valioso para los cristianos del siglo I. Era la alianza familiar comprendida en términos legales, así como litúrgicos, económicos y militares. Era la creencia en la familia natural, tribal, de Israel. Es hoy la creencia en la familia sacramental, universal de la Iglesia, donde experimentamos la lucha espiritual, la obra redentora y el sufrimiento, el culto ritual, y un tribunal en el que nos declaramos culpables y pedimos misericordia: el sacramento de la confesión.

⁴⁵ Cf. Ciappi, *The Heart of Christ*, pp. 234-235: «El misterio de la redención es esencial y principalmente un misterio de amor. La Biblia, los Padres de la Iglesia y la teología católica nos dicen que Jesucristo ha ofrecido una ínfima satisfacción por todos los pecados de la humanidad, mereciendo un infinito tesoro de gracia, no porque Él se hiciera objeto de la ira de Dios Padre, sino porque se ha inmolado libremente en el altar de la Cruz, como Cabeza de una nueva humanidad, conducida por Su inmenso amor: "Cristo, al padecer por caridad y por obediencia, presentó a Dios una ofrenda mayor que la exigida como recompensa por todas las ofensas del género humano"» (citando a Santo Tomas de Aquino, *Summa Theologica*, III 48.2). En otra parte, Santo Tomas explica: «Dios quiso manifestar su infinita misericordia de un modo tal que su justicia no se viera en modo alguno comprometida» (*III Sent, Dist. I, 1, 2*, citado por Ciappi en p. 40).

VOLVER AL RITO

Cristo vino a cumplir la antigua alianza en todos los sentidos. Así vemos que todos los aspectos de la vida de familia en el Antiguo Testamento florecen plenamente en el Nuevo.

En Sus alianzas con Adán, Noé, Abraham, Moisés y David, Dios amplió los miembros de Su alianza familiar a más personas aún: primero a una pareja, luego a un hogar, después a una tribu, a una nación, a un reino, hasta que, finalmente, con Jesús, la invitación llegó a ser universal. La «auténtica familia» de Cristo está formada por aquellos que reciben un nuevo nacimiento como hijos de Dios a través del bautismo (*Jn 3,3-8*), y que continúan participando en Su vida a través de los sacramentos. Se convierten en sus hermanos pequeños (*Rom 8,14-15; 29*).

Los sacramentos son ahora los medios por los que los hombres y las mujeres se incorporan a la alianza familiar de Dios, y sirven también para renovarla y restaurarla cuando se ha roto⁴⁶.

Los sacramentos sellan el juramento de la alianza del cristiano, la comida en común, y el sacrificio. La palabra *sacramento* atestigüa esta verdad. Como he dicho previamente, la palabra *sacramento* procede del latín *sacramentum*, que significa «juramento», y esa palabra se aplicó a los ritos de la iglesia desde los primeros tiempos. Un historiador pagano, el romano Plinio el Joven, escribía (alrededor del 110 d.C.) que los cristianos de su tiempo se reunían antes de la salida del sol para entonar himnos a Cristo, y después, «se unían en un solemne juramento... no cometer jamás fraudes, hurtos, adulterios, ni falsear su palabra». Plinio continuaba diciendo que después de jurar este *sacramentum* los cristianos se dispersaban, y se reunían más tarde para recibir la Eucaristía.

Es muy semejante a la «confesión» antes de la Comunión, documentada muy pronto, a mediados del siglo I, en la *Didaché*. Ciertamente, es muy semejante a la clase de confesión que Jesús prescribió como el requisito adecuado para que participemos en Su sacrificio. «Si al presentar tu ofrenda en el altar recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano; después vuelve y presenta tu ofrenda» (*Mt 5,23-24*).

Estar «reconciliado con tu hermano» —en presencia de tu Padre Dios— significa estar plenamente incorporado a la familia. Y ese lazo familiar es el que Dios restaura a los cristianos en el sacramento de la confesión. La confesión nos reincorpora a la fraternidad con la Iglesia, que es la familia de Dios en la tierra; y nos reincorpora como hijos de Dios, en Cristo, a la Familia eterna de Dios en el Cielo.

Una vez reconciliados, podemos, con corazón puro, volver al altar del sacrificio. Entonces podremos recibir la sangre de la alianza nueva y eterna: la sangre de Cristo, por la cual hemos sido rescatados, justificados, santificados y salvados.

⁴⁶ Sobre como los sacramentos de la Iglesia proceden de la pasión salvadora de Cristo los comentarios de Santo Tomás a las Sentencias (*IV Sent.*, d. 18 q. 1^a. 1 q. 1): «La puerta del Reino de los cielos está cerrada para nosotros a causa de pecado (...). Por eso, la fuerza que remueve tal obstáculo para la entrada en el Reino es llamada llave (...). Esta fuerza pertenece a la Santísima Trinidad por autoridad, pero se encontraba ya en la humanidad de Cristo para remover ese obstáculo a través de los méritos de su pasión (...). Los sacramentos brotan del costado de Cristo pendiente de la Cruz de donde nació la Iglesia. Por esta razón, los sacramentos de la Iglesia tienen la misma eficacia de la pasión. Y así, los sacerdotes de la Iglesia, que son los dispensadores de los sacramentos, tienen poder para remover el mencionado obstáculo. Y ese poder no les es propio a los sacerdotes, sino que es el poder divino de la pasión de Cristo. Este poder es llamado metafóricamente la llave de la Iglesia, que es la llave del sacerdocio». Para Santo Tomás de Aquino, nuestro pecado es vencido —en justicia— por el amor de Cristo, como el hielo es vencido —en la naturaleza— por el calor del sol.

EL GRUPO DEL HIJO

El perdón es un gran don, pero es el penúltimo don. Trata de prepararnos para un don aún mayor. Los cristianos no sólo están salvados *del* pecado, sino *para* la filiación: la filiación divina en Cristo. No somos solamente unos delincuentes exonerados: somos hijos e hijas que hemos sido adoptados. Somos hijos de Dios, «hijos en el Hijo», y participamos en la vida de la Trinidad.

Sin duda estamos perdonados por gracia de Dios, pero no meramente perdonados; hemos sido adoptados y divinizados. Así, «hemos sido hechos partícipes de la naturaleza divina» (2Pe 1,4). Éste es el motivo último por el que Dios creó la naturaleza humana, para compartir el amor vivificante de la Trinidad. El amor sacrificial es la ley esencial de la alianza de Dios, que el hombre rompió pero Jesús restauró. A través de la Encarnación, Dios transformó la naturaleza humana en una imagen perfecta –y un instrumento– del amor de la Trinidad, ofreciéndolo como un don sacrificial al Padre en beneficio nuestro. El Hijo de Dios «tomó la forma de siervo» (Fil 2,6) para que los siervos pecadores pudieran ser restablecidos como hijos de Dios. En palabras de San Atanasio, «El Hijo de Dios se hizo hombre para que los hijos de los hombres se hicieran hijos de Dios»⁴⁷.

El efecto fundamental de la confesión, pues, es posibilitar nuestro perdón para que recuperemos la vida trinitaria. Como hijos de adopción, los cristianos pueden «llamar Padre a Dios en unión con el Hijo único» (CCE n. 1997).

⁴⁷ *De Incarnatione*, 54, 3: PG 25, 192B; cf. J. Gross. *The Divinitation of the Christian According to the Greeks Father*. Anaheim, Ca. A & C Publishers, 2002.

VII ABSOLVIENDO AL HEREDERO: LOS SECRETOS DEL HIJO PRÓDIGO

La confesión es un asunto de familia. Es una reunión familiar. Es el regreso de un hijo rebelde a la casa familiar y a los brazos del Padre.

Para los cristianos, el sacramento, a través de la historia, ha sido más que una doctrina. Es una historia: la historia de una caída y una rectificación, de un distanciamiento y una reconciliación. Es la historia de la vida de todos. Pero siempre que los cristianos hablan del sacramento, hablan inevitablemente de él –como lo hizo Jesús– en términos de una historia *personal*, una historia familiar. Esa historia es la parábola del hijo pródigo (*Lc 15,11-32*).

EL HIJO PRÓDIGO LA ARMA

Jesús nos cuenta que un hombre rico tenía dos hijos. El más joven le pidió la parte que le correspondía de la herencia ahora, antes de la muerte de su padre, y éste se la concedió. El hijo reunió sus cosas y marchó a un país lejano, donde derrochó su fortuna viviendo desenfrenadamente. Cuando hubo malgastado todo, su ruina personal coincidió con un desastre natural. Se declaró una hambruna, así que se puso a trabajar alimentando cerdos. El joven estaba hambriento y hubiera deseado comer lo mismo que los animales, pero nadie se lo daba.

Por fin, recapacitó y pensó: «Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, iré a mi padre y le diré: "Padre he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros"».

Y empezó el largo viaje de regreso. Cuando todavía estaba lejos, su padre le vio y, lleno de compasión, corrió a su encuentro, le abrazó y le besó.

El hijo empezó el discurso que llevaba ensayado: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo...» Pero su padre no le dejó terminar. En cambio, se dirigió a sus sirvientes, diciendo: «Sacad enseguida el mejor vestido y ponédselo; ponedle un anillo en su mano y sandalias en sus pies. Traed el ternero cebado y matadlo; comamos y celebremos fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha resucitado; estaba perdido y ha sido hallado». Y comenzaron el festejo.

Mientras tanto, el hijo mayor volvía de su trabajo en el campo; cuando se acercaba a la casa, oyó la música y el baile. Llamó a uno de los sirvientes y le preguntó qué pasaba. Cuando el sirviente se lo explicó, el hermano se puso furioso. Se negó a entrar.

El padre salió y trató de convencerlo, pero el hijo mayor replicó: «Ya ves cuántos años que te sirvo sin desobedecer una orden tuya y nunca me has dado un cabrito para festejarlo con mis amigos. Y ahora que ha llegado ese hijo tuyo, que disipó tu fortuna con malas mujeres, le matas el ternero cebado».

El padre replicó: «Hijo, tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo. Convenía festejarlo y alegrarse porque ese hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido hallado».

¿LA HISTORIA DE SIEMPRE?

Durante dos mil años, los creyentes han meditado esta historia y se han llenado de asombro. La han cantado los poetas; los mejores artistas han tratado de captarla en lienzo, en mármol o en vidrieras; los predicadores la han explicado con frecuencia y han tronado su mensaje desde el pulpito; el relato ha sido repetido, recontado, revisado y reproducido en novelas, en cuentos cortos, en series de TV y en películas. La parábola del hijo pródigo es, quizá, una de las tres o cuatro historias más conocidas del mundo.

Por esta razón, sin embargo, deberíamos tomarnos unos momentos, detenernos, y estudiarla más profundamente, en su contexto y en sus menores detalles. Una historia puede sernos demasiado familiar. Llega a sernos tan familiar que lo sabemos todo excepto los momentos familiares. No oímos las palabras: vemos los cuadros como aparecieron hace años, como los recordamos de la Biblia familiar ilustrada. Entonces, damos un salto hasta las conclusiones a las que llegamos cuando la «entendimos por primera vez» o cuando un predicador nos desmenuzaba su sentido. Una historia familiar es la única en la que se supone que no tenemos que pensar.

Esto es cierto, quizá, para algunas historias, pero no para las parábolas de Jesucristo, porque sus historias vienen del mismo genio divino que creó el universo de la nada. Dios escribió el mundo como los autores humanos escriben libros. Así, cuando dedica su mente a algún relato, puedes apostar que su sentido, como el del mundo, será inagotable.

En esta historia, hemos de volver atrás y estudiar el cuadro en su totalidad. Necesitamos observar en su contexto literario, histórico y cultural el relato que Jesús hizo y San Lucas transmitió.

Los cuatro evangelios son ricos en el tema de la clemencia, pero ninguno tanto como el de Lucas. Solamente él nos habla del «buen ladrón» que, después de una vida de pecado, se ganó un lugar en el paraíso con su aliento de agonía, colgado en una cruz junto a Jesús (*Lc 23,39-43*). Cuando Lucas nos describe a Jesús contando su parábola del hijo pródigo, entra en una sección repleta de parábolas –historias terrenales con significado celestial– y la mayor parte de ellas tratan, en algún sentido, de la compasión.

LO QUE VIO EL FARISEO

¿Qué tecla tocó la enseñanza de Jesús sobre la compasión? El contexto inmediato fue el de los gruñidos de los fariseos hablando de Jesús. Se sentían ofendidos porque Él se sentaba y comía con personas de mala reputación. «Se acercaban a Él todos los publicanos y pecadores para oírle. Pero los fariseos y los escribas murmuraban diciendo; "Este recibe a los pecadores y come con ellos"» (*Lc 15,1-2*). No era la primera vez que provocaba estas críticas. En otra ocasión, Jesús les había respondido brevemente y con dureza: «No tienen necesidad de médico los sabios, sino los enfermos. No he venido a llamar a penitencia a los justos, sino a los pecadores» (*Lc 5,30-32*).

Jesús y los fariseos coincidían en un aspecto: ambos consideraban que las comidas de amistad eran extremadamente importantes. Para los judíos piadosos las comidas normales tenían un significado religioso y estaban regidas por determinadas rubricas litúrgicas. Había bendiciones al partir ritualmente el pan y quizá al compartir la copa de vino. La sola idea de «comida rápida» les hubiera parecido blasfema.

Los fariseos observaban estas tradiciones escrupulosamente. No permitían que sus comidas estuvieran profanadas por la presencia de pecadores, gentiles o por quienes fueran considerados «impuros» (mujeres en menstruación, por ejemplo, o cualquiera que hubiera tocado un cadáver). Semejante exclusión era fundamental, no incidental, para la «identidad» de los fariseos. De todas las tradiciones de las antiguas

escuelas de los fariseos Hillel y Shammai, el 67% trataba de las comidas de amistad y de la purificación. El nombre *fariseo* se deriva de la palabra hebrea *parushim*, que significa «los separados». Se mantenían al margen de la chusma en cuyas comidas participaba Jesús⁴⁸.

Por otra parte, Jesús parecía disfrutar con la compañía de «grandes multitudes» (*Lc 14,25*). Hablaba metafóricamente en términos de un hombre rico que organizó un banquete, pero que fue rechazado por la «mejor» gente –terratenientes, profesionales y comerciantes– y ordenó a sus sirvientes que buscaran a los marginados de la sociedad: «Sal a los caminos y a los cercados y obliga a entrar para que se llene mi casa» (*Lc 14,23*).

PERDIDO Y HALLADO

Los fariseos murmuraban: « ¡Este hombre recibe a los pecadores y come con ellos!» Puesto que las respuestas sencillas y directas no surtían efecto, Jesús respondió en esta ocasión, en el capítulo XV del evangelio de Lucas, contando tres historias: la parábola de la oveja perdida, la parábola de la moneda perdida y la parábola del hijo perdido. Esta última es más conocida como la parábola del hijo pródigo.

En cada una de esas parábolas, la propiedad perdida es algo valioso. Pensemos en la oveja. En las tierras donde Jesús predicaba, la gente dependía de las ovejas para la lana, el alimento y el sacrificio ritual. Para un pastor, la simple pérdida de una oveja significaba la pérdida también de las ganancias de varios años. Y el pastor deja a las noventa y nueve para ir a buscar a la descarriada. Pensemos también en la «moneda perdida». Se trataba de una dracma, el salario diario de un jornalero. Las mujeres no llevaban el peso de la economía, y una dracma perdida significaría días sin comida para la heroína de la historia.

Pero ¿quién puede valorar la pérdida de un hijo?

La historia del hijo pródigo comienza en una familia: un padre y sus dos hijos. Están unidos por lazos de sangre, pero más aún por los lazos de la alianza. El orden de la alianza –la lógica de la alianza– envuelve a la parábola y a la estructura del drama.

Un padre nunca pondría precio a su hijo. El hijo, sin embargo, deseaba venderse barato, aunque pensara que el precio era excesivo. Preguntó si podía cobrar inmediatamente su parte del patrimonio familiar. Era una rara petición. Se consideraba desacostumbrado, incluso vergonzoso, que un hijo pidiera su herencia por anticipado, como si estuviera impaciente por el fallecimiento de su padre. El libro de Sirach, escrito poco antes de la vida de Jesús, establece el tiempo correcto para recibir una herencia: «Cuando llegues al final de tus días, a la hora de la muerte, distribuye tu herencia» (*Sir 33,23*). El hijo que adelantaba el día parecía, por lo menos, irrespetuoso,

El padre, sin embargo, accedió a la petición de su hijo, y el joven, comportándose como si su padre ya estuviera muerto, se marchó. El hijo pródigo no perdió el tiempo, reunió sus cosas y abandonó a la familia. No debemos dejar pasar el significado de este «marchar a un país lejano» (*Lc 15,13*). Al salir de la tierra familiar, se colocaba fuera de la alianza abandonando las costumbres de su pueblo y olvidándose del Dios de sus padres. Había elegido vivir como un gentil.

⁴⁸ Cf. T. Kazen, *Jesus and Purity «Halakhah»: Was Jesús Indifferent to Impurity?*. Estocolmo, Almqvist & Wiksell, 2002; J. Neusner, *The Rabbinic Tradition about the Pharisees Before 70*. University Press of America, 1999, pp. 291-294. Cf. también Santo Tomás de Aquino. *Summa Theologica* I-II: 102, 5, 4 «La razón figurativa de estas impurezas es ésta: que por ellas se significaban diversos pecados. En efecto, la impureza de los cadáveres significa la del pecado, que es muerte del alma. La impureza de la lepra es la impureza de la doctrina heretical, porque la herejía es contagiosa como la lepra».

Señor, ten piedad

Su conducta posterior lo confirma. Jesús la resume como: «viviendo de desfrenadamente» (*Lc 15,13*). Sin padre que le vigilara, el joven satisfizo sus deseos desordenados, cada vez más corrompidos. El hermano mayor nos hace saber que las primeras beneficiarias de la prodigalidad del joven fueron las prostitutas (*Lc 15,30*).

La ruina moral del hijo menor llegó mucho antes que su ruma económica, que se produjo en cuanto una época de hambre asoló el país en el que residía. Después de meses de concederse todos los caprichos, ahora no era capaz de satisfacer sus necesidades básicas. Pasaba hambre. Tomó el único trabajo que pudo conseguir: el trabajo más denigrante que un judío podía imaginar: cuidaba una piara de cerdos, guardaba los más inmundos de los animales (*Lev 11,7*). Trabajando para un gentil es de suponer que violaría también el Sabbath semanal (*Ex 20,8-11*). Únicamente las condiciones más desesperadas pudieron obligar al hijo a aceptar aquella situación tan desgraciada.

Además, descubrió que su suerte era peor que la de los cerdos. Ellos, al menos, comían a intervalos regulares. Nadie mostró una preocupación semejante por su alimentación. Deseaba saciar su hambre con las algarrobas que echaban a los cerdos, pero no se las daban.

RUMBO A CASA

He dicho previamente que la ruina moral y económica del joven coincidió con el desastre natural de la hambruna. Sin embargo, no quiero decir que fuera una circunstancia casual. Fueron coincidentes, simultáneas, pero no fueron casuales. Ciertamente, yo diría que fueron providenciales, porque sólo una catástrofe semejante pudo dar lugar a la conversión del hijo. No fue una cálida oleada de nostalgia lo que le puso en camino hacia la casa del padre. Fueron el hambre, la vergüenza y el temor a morir. Cuando entró en razón, comprendió que era mejor vivir como un esclavo en casa de su padre que morir en tierra extraña como esclavo de su sensualidad. Mientras él deseaba comer el pienso de los cerdos, los más humildes sirvientes de su casa «tenían pan en abundancia» (*Lc 15,17*).

Así empezó el regreso, y el largo viaje le pareció aún más largo por culpa de su estómago vacío, pero en el momento en que llegó a la vista de las tierras de su padre, el hambre y la vergüenza tuvieron que haber sido tan irresistibles como su olor.

Su padre lo vio a lo lejos. ¿Cómo pudo ser, a menos que estuviera siempre esperando la llegada del hijo perdido?

Entonces, el anciano hace algo notable. Corre camino adelante para recibir a su hijo. Aquello era poco menos que un tabú cultural. Era impensable que un hidalgo corriera. Pero este patriarca, dejando a un lado su categoría y su dignidad, abrazó a su hijo y lo cubrió de besos⁴⁹. Abrazó a su hijo. La frase griega es más evocadora: «se le echó al cuello» (*Lc 15,20*).

El hijo empezó el discurso que llevaba preparado, pero tras unas pocas palabras, el padre oyó bastante. «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti». La contrición del hijo era imperfecta, poco más que el anhelo de llenar el estómago y de una buena cama, pero fue suficiente, porque había vuelto a su casa y había reconocido su pecado.

Orígenes, un comentarista del siglo III, apunta que el padre lo llevó a casa sólo después de que el hijo demostrara su contrición y confesara su culpa. «No hubiera añadido el pecado "contra el cielo" si no pensara que el cielo era su patria y que había hecho mal en abandonarla. Así que aquella confesión hizo que su padre se mostrara bien dispuesto hacia él»⁵⁰.

⁴⁹ Cf. K. Bailey, *The Cross and the Prodigal: The 15th Chapter of Luke Seen Through the Eyes of Middle Eastern Peasant*, St. Louis. Concordia, 1973, pp 54-61.

⁵⁰ Orígenes, *Homilías sobre Lucas*.

De repente, un pecado que había sido mortal –un pecado que había acabado con la filiación del hijo, con su herencia y su vida familiar– quedó perdonado instantáneamente, absuelto, borrado, «porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida» (Lc 15,24).

RESPALDO DE UN ANILLO

Es una historia notable, solamente unas pocas líneas en el evangelio. Pero en ella está todo: la ley del pecado, la línea descendente de la espiral de la concupiscencia, la mente aún más oscurecida; la mortalidad del pecado grave, la «muerte» moral del hijo; la severa misericordia de la providencia divina: los desastres; y la buena disposición de Dios para salir y encontrar a los pecadores mientras están toda vía a medio camino de la verdadera contrición.

¿Qué recibe el hijo después de reconciliarse con su padre? El «mejor vestido», un anillo para su mano, sandalias en los pies y un banquete en su honor» (Lc 15,22-23). Cada uno de esos regalos tiene un enorme valor simbólico. El anillo de sello es el emblema de la alianza familiar, a la que ha vuelto el hijo. Junto con el vestido, es una señal de su participación en la autoridad del padre (ver los sorprendentes paralelismos en *Gen 41,42; Es 3,10; 1Mac 6,15*). Las sandalias son el distintivo de un hombre libre. Los sirvientes de la casa normalmente iban descalzos. A pesar de que el hijo había optado por ser un esclavo de sus pasiones, y luego de sus amos paganos, y aunque pidió ser un esclavo en la tierra de sus antepasados, su padre no aceptó. El joven no se había liberado de la esclavitud pagana simplemente para disfrutar de una esclavitud mejor. Había sido liberado para la filiación; y si es un hijo, entonces es un heredero, que comparte la autoridad paterna.

Pero primero ha de participar en la vida del padre, ¡y por tanto, compartir su mesa! La narración nos lleva desde el camino hasta la sala del banquete, desde la confesión a la fiesta, desde el distanciamiento a la filiación. La palabra griega usada con mayor frecuencia para tal filiación es *koinonia*, que algunas veces traducimos como «comunidad». El padre restablece a su hijo en la comunión, en el lugar donde todo el mundo «tiene pan en abundancia».

¿Qué podemos decir del padre pródigo? Sin dudarlo: « ¡Este hombre recibe a los pecadores y come con ellos!»

EL GRAN HERMANO TE VIGILA

No debemos olvidar, sin embargo, que en este drama hay un tercer personaje. Y si la parábola de Jesús está dirigida primordialmente a los fariseos, este personaje es quizá el más importante de todos. Así lo creo, y frecuentemente he llamado a esta historia la parábola del hermano mayor.

Y es que la actitud del hermano mayor refleja la acritud de los fariseos (Lc 15,2), que pensaban equivocadamente que la aceptación de los pecadores por parte de Dios era una violación de la justicia de la alianza. Pensemos por un momento en la fórmula clásica de un juramento de alianza:

Yo invoco hoy por testigos a los cielos y a la tierra de que os propuesto la vida y la muerte, la bendición y la maldición. Escoge la vida para que vivas, tú y tu descendencia, amando a Yahvé, tu Dios, obedeciendo su voz y adhiriéndote a Él, porque en eso está tu vida y tu perduración: en habitar la tierra que Yahvé juró a tus padres (Dt 30,19-20).

Señor, ten piedad

Los pecadores son, por definición, los que han violado su juramento, transgredido la ley, elegido la muerte y perdido su derecho a vivir en la patria como hijos y herederos. El hijo pródigo es, por esta definición, un gran pecador que mereció toda la fuerza de la maldición.

El hermano mayor, como los fariseos, se encoleriza ante lo que considera una injusticia; y, como los fariseos, no puede comprender la lógica de la alianza del amor.

Ciertamente, la violación de una alianza tiene consecuencias, pero también hay un camino para volver de nuevo a casa. La alianza es un vínculo familiar, no una condición de esclavitud. Una alianza rota puede restaurarse y renovarse.

El problema con el hermano mayor (como con los fariseos) es que no piensa en términos de familia, sino en términos de esclavitud. Sus palabras le traicionan. Aunque ha trabajado constantemente, lo ha hecho con la triste actitud de un esclavo, limitándose a obedecer las «órdenes» de su amo (*Lc 15,29*). Al contrario que su hermano pequeño, nunca se dirige al anciano como «padre», sino como «tu». Tampoco se refiere el primogénito al joven como «hermano», sino sólo como «ese hijo tuyo». Incluso en medio de la envidia por la fiesta de su hermano pequeño, el mayor no desea una comida familiar, sino una fiesta con sus amigotes, «un cabrito para celebrarlo con mis amigos» (*Lc 15,29*). Esta es la retórica de la esclavitud, no la de la filiación⁵¹.

EL ETERNO PROBLEMA

Jesús dirigía esta parábola a varios individuos que estaban ante Él. Eran fariseos que deseaban llevar a su cumplimiento una ley casi imposible y hacerla aún más difícil. Probablemente no consideraban antijudío el relato, como lo calificaban algunos críticos, pues Jesús era un judío observante que alababa la fuerza perdurable de la ley de Moisés (*Mt 5,18*).

Por otra parte, el problema no es característico del hermano mayor, de los fariseos o de cualquier grupo religioso. Es nuestro problema. Es el problema de todos los pueblos y de todos los tiempos. Es el pecado recurrente del justo que se enorgullece de su rectitud; reivindican el mérito de sus propias obras y pretenden imponer a Dios la obligación de corresponder. Es una perversión de la alianza, y ha estado tan generalizada en la Nueva Alianza como en la Antigua.

La mayoría de las herejías que ha padecido la Iglesia han sido errores de hiper-pureza, no de hiper-laxitud. En el siglo III, los montañistas se escandalizaron por el comportamiento negligente de algunos clérigos, y entonces se aislaron: se separaron de los pecadores. Poco tiempo después, los donatistas juzgaron que la Iglesia era demasiado indulgente al readmitirlos y decidieron celebrar su propia Eucaristía sólo por invitación. Todos esos herejes más puros que nadie (y muchos otros) encontraban escandaloso el deseo de la Iglesia de «recibir a los pecadores y comer con ellos». En lugar de una siempre mayor comunión, eligieron

⁵¹ Cf. Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Barcelona, Plaza y Janés. 6ª. ed., 1994. pp. 220-221: «Se puede pensar, y pruebas no faltan, que el paradigma de Hegel del amo y del esclavo está más presente en la conciencia del hombre de hoy que la Sabiduría, cuyo principio es el amor filial de Dios. Del paradigma hegeliano nace la filosofía de la prepotencia. La única fuerza capaz de saldar eficazmente las cuentas con esa filosofía se halla en el Evangelio de Cristo, en el que la postura amo-esclavo es radicalmente transformada en la actitud *padre-hijo*. La actitud *padre-hijo* es una actitud permanente. Es más antigua que la historia del hombre. Los "rayos de paternidad" contenidos en ella pertenecen al Misterio trinitario de Dios mismo, que se irradia desde Él hacia el hombre y hacia su historia (...). *El pecado original* (...) *tiende a abolir la paternidad* (...) poniendo en duda la verdad de Dios, que es Amor, y dejando la sola conciencia de amo y esclavo».

la vía del separatismo, el exclusivismo y la división, el camino elegido por los fariseos tanto tiempo atrás.

La Iglesia, como Cristo, no se acomodó a esa doctrina. Esta es la razón por la que los católicos afirmamos, en palabras de nuestro antiguo credo, nuestra creencia en «el perdón de los pecados». La afirmamos porque siempre habrá alguien que la niegue.

SIN TEMOR

El drama de la parábola transcurre desde la esclavitud a la filiación, desde la exclusión a la mesa de la amistad, desde la confesión a la comunión. El padre deja a un lado su grandeza y su dignidad para humillarse, con objeto de participar en la condición de su hijo para que su hijo pueda compartir de nuevo una eminente vida familiar. Éste fue el comportamiento del padre pródigo, y éste ha sido el comportamiento de Dios mismo, que se encarnó para que el hombre pudiera ser deificado: «Podemos tomar parte en la divinidad de Cristo, que se humilló a Sí mismo para tomar parte en nuestra humanidad».

Esta no es una historia antigua y lejana: es nuestra historia, como fue la historia de San Pablo, que escribió lo que podría ser un comentario sobre la parábola de Jesús: «Pues no recibisteis espíritu de servidumbre para recaer en el temor, sino que recibisteis el Espíritu de hijos adoptivos, con el cual clamamos: "¡Abbá, Padre!" El Espíritu mismo da testimonio junto con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo, con tal que padezcamos con Él, para ser también con Él glorificados» (*Rom 8,15-17*).

Dios continúa encontrándose con nosotros en la mitad del camino del arrepentimiento. Nos encuentra una vez por todas en la Encarnación y nos encuentra en el confesonario, de modo que puede conducirnos a Su mesa, donde está el Pan de Vida: «pan en abundancia».

Señor, ten piedad

IX. EXILIADOS EN LA CALLE MAYOR: NO ES UN VERDADERO ALEJAMIENTO DEL HOGAR

Cada uno de nosotros es el hijo pródigo de Dios. Escapamos de casa, y malgastamos los dones que nuestro Padre nos ha regalado generosamente. Con nuestra elección, preferimos las seducciones de una tierra extraña al amor y la libertad que los hijos disfrutaban en el hogar de sus padres. Todo esto sucede cada vez que pecamos. Volvemos a nuestro Padre cada vez que volvemos al sacramento de la penitencia.

No obstante, inevitablemente, pecamos de nuevo y de nuevo volvemos a casa. A diferencia del hijo pródigo, no conoceremos nuestro regreso *definitivo* hasta el momento de la muerte, lo que, idealmente, debía producirse poco después de nuestra última confesión.

Hasta ese momento, debemos vivir nuestras vidas en un «país lejano» –distante de nuestro hogar verdadero–, un país extranjero, delicioso para los sentidos y lleno de cosas buenas. Y de hecho, es tan delicioso que podría hacernos olvidar nuestra patria.

Una vez más, somos como el hijo pródigo. Gracias a la bondad de nuestro Padre podemos visitar ese país, al que no habríamos llegado si Su riqueza no nos hubiera pagado el viaje. No podríamos sobrevivir en él sin nuestra participación en Su fortuna, porque Dios creó el mundo donde vivimos como extranjeros, y nos mantiene en la existencia. Y también nos ha creado.

Entonces, tenemos que vivir en este mundo como buenos hijos de nuestro Padre, aunque estamos lejos de casa y nuestro Padre no nos obliga a hacerlo así.

LA VERDAD DE LOS FORASTEROS

Durante su vida en la tierra, los cristianos viven exiliados del cielo. Un cristiano anónimo del siglo II lo expresaba así: «Pues si bien residen en ciudades de griegos y bárbaros... siguen las costumbres nativas en cuanto alimento, vestido y otros arreglos de la vida... Residen en sus propios países pero sólo como extranjeros; comparten lo que les corresponde como ciudadanos, y soportan todas las opresiones como forasteros. Todo país extranjero les es patria, y toda patria les es extraña» (Epístola a Diogneto 5).

Dios nos hizo para el cielo, pero nos hizo en la tierra. Ahora, el cielo está separado de nosotros, no por un espacio de años-luz, sino por nuestros pecados. Pero no conoceremos los consuelos de nuestra casa celestial hasta que no lleguemos fielmente al final de nuestro distanciamiento y hayamos purgado nuestros pecados. De un modo u otro, vivimos en el exilio hasta ese día.

Incluso así, nuestro Padre Dios ha creado nuestro lugar de exilio, y es un buen lugar. Creó el mundo de modo que sus delicias –aunque nunca puedan satisfacernos completamente– nos recordaran nuestro auténtico lugar en el cielo. Todos los bienes terrenales son meras muestras de las perfecciones celestiales. El escritor espiritual Padre John Hugo le expresaba así:

La belleza, la bondad, la verdad, todas las excelencias contenidas en las criaturas... están infinitamente multiplicadas en las ilimitadas bondades de Dios... Glorificamos a Dios a través de las criaturas cuando las vemos como muestras o chispas de la belleza y la bondad divinas, y por tanto como peldaños y medios para acercarnos a Dios y amarle como origen de todo bien creado. Así, este amor de Dios, bien supremo, abarca a todas las criaturas que usamos, tocamos o manejamos... No las busquemos

como nuestra meta final, no pongamos nuestra felicidad en ellas, pero se convierten en medios de amar a Quien es nuestro auténtico y definitivo bien, nuestro gozo, y nuestra plena realización⁵².

Dios proyectó todas las cosas de este mundo para que, a causa de su incapacidad para satisfacernos, nos impulsaran aún más hacia el cielo.

Debía ser así, pero no lo hacen *necesariamente*, porque somos hombres y mujeres, no animales ni árboles. No alcanzamos nuestra meta final instintivamente, como en el caso de las ardillas, los leones y los perros, o como los volcanes, los continentes y las estrellas: la razón y la naturaleza nos indican lo que es mejor para nosotros, pero todavía somos libres para elegir de otro modo. Un médico o un confesor podrá decirnos explícitamente y con toda claridad lo que debemos hacer, pero aún podemos hacer algo más. Hemos de elegir el bien libremente. Y ahí estriba el tema de nuestra inteligencia y nuestra voluntad, heridas por nuestra concupiscencia.

Las delicias de este mundo tienen un poder que nos embruja. Rectamente ordenadas podrían estimular nuestro deseo de Dios. Pero, a causa de nuestra concupiscencia, tendemos a desarrollar apetitos desordenados por los bienes terrenales. Los deseamos más de lo que realmente los necesitamos y nos hacemos adictos a ellos. Enseguida los elegimos en lugar de lo que es realmente bueno para nosotros: preferimos pecar a dejar insatisfecho un deseo terrenal.

La clásica definición del pecado es «apartarnos de Dios y volvernos a las criaturas». No es que las criaturas sean malas, de hecho, son muy buenas, ya que fueron creadas por Dios. Elegimos mal, sin embargo, cuando decidimos disfrutar de las criaturas más que de amar a Dios, hacer Su voluntad y obedecer Sus mandamientos. Poner a las criaturas en el lugar de Dios es lo que nuestros antepasados designaban con la palabra *idolatría*. Todo pecado es, de algún modo, una forma de idolatría: preterir la criatura al creador, el don al donante.

Este mundo es tan delicioso que nos resulta fácil «ir tras el gusto» en nuestros fugaces momentos terrenales y olvidar nuestro destino eterno. Olvidamos que somos exiliados, lejos de casa, y deseamos instalarnos cómodamente en esta tierra sin importarnos lo que nos cueste nuestra nueva ciudadanía.

¿CAMINAR COMO UN EGIPCIO?

No es una casualidad que la historia del plan de salvación vuelva con frecuencia sobre relatos del éxodo, el exilio, la peregrinación y los desplazamientos sin rumbo fijo. Adán y Eva se vieron expulsados del Jardín del Edén (*Gen 3,23-24*); a consecuencia de su fratricidio, Caín tuvo que abandonar su casa y vivir fugitivo y errante por la tierra (*Gen 4,12-14*); por culpa de los pecados del mundo, Noé tuvo que zarpar en un barco mientras las aguas cubrían la tierra (*Gen 9*); los habitantes de Babel se alzaron contra Dios, que «los dispersó por toda la faz de la

⁵² J. J. Hugo, *Your Ways Are Not My Ways*, Pittsburg, Encounter with Silence, 1984, p. 113. Cf. San Agustín, *De Doctrina Christiana*, 4: «Supongamos, pues, que vagamos por un país desconocido, y no podemos ser felices lejos de nuestra patria, y que nos sentimos desgraciados y estamos tratando de poner fin a nuestra pena y decididos a regresar al hogar. Vemos, sin embargo, que tenemos que hacer uso de algún medio de transporte, bien por tierra, bien por mar, para llegar a esa patria donde comenzaremos a ser felices. Pero la belleza del país por el que pasamos y el disfrute de la caminata cautivan nuestros corazones, y al transformarse todas esas cosas que tenemos que usar en objetos de placer, no queremos apresurar el final de nuestro viaje, y al dedicarnos del todo a él... nuestros pensamientos se desvían por completo de aquel hogar cuyas delicias nos harían realmente felices. Ésta es una imagen de nuestra condición en esta vida mortal. Vagamos lejos de Dios, y queremos regresar a la Casa del Padre. Este mundo debe ser usado, no disfrutado... es decir, por medio de lo que es material y temporal podemos alejarnos de lo espiritual y eterno».

Señor, ten piedad

tierra» (*Gen 11,8*); Abraham vivía prósperamente en Ur de los caldeos hasta que Dios le llamó para que emprendiera un incierto viaje a una tierra distante (*Gen 12,1*).

El pueblo de Dios está siempre *en camino*. No se detendrá en toda su vida terrenal. Ellos, y nosotros, o avanzamos en nuestra peregrinación hacia Dios y hacia la tierra prometida, o caminamos a la deriva, deambulando o huyendo a otra parte.

Los primeros cristianos veían esos acontecimientos históricos como símbolos, o «tipos» de realidades espirituales. La esclavitud israelita en Egipto representaba la situación de la humanidad esclavizada por el pecado. Los israelitas no podían liberarse gracias a su esfuerzo. Dios tuvo que liberarlos milagrosamente. Y, a pesar de ello, el pueblo elegido se vio obligado a dominar a muchos enemigos de dentro y de fuera, pues a lo largo de 430 años, (*Ex 12,40*), incluso el mejor de los israelitas había asimilado en exceso la cultura egipcia, adoptando hábitos de pensamiento, de cuerpo y de espíritu que era preciso vencer. Por esta única razón, Dios les ordenó sacrificar a determinados animales que el pagano Egipto consideraba divinos. Los sacrificios israelitas eran un violento rechazo a sus antiguas infidelidades, cometidas cuando asumieron las supersticiones de sus captores. Dios sabía que unas costumbres desarrolladas a lo largo de siglos eran difíciles de erradicar. Entonces, impuso a Israel una ley exigente, un régimen completo que prescribía minuciosamente costumbres nuevas para la alimentación, la higiene, el sexo y el culto⁵³.

Este nuevo camino resultaba difícil al pueblo elegido; ciertamente, para muchos, el hecho de caminar sin rumbo por el desierto durante años era peor que los siglos de opresión y de trabajos forzados. Crecía su nostalgia por la época de esclavitud, donde por lo menos tenían el estómago lleno. « ¿Quién nos dará de comer? ¡Mejor ciertamente estábamos en Egipto!... ¿Por qué hemos salido de Egipto?» (*Num 11, 18, 20*).

LOS ISRAELITAS NO ABANDONAN AL BECERRO

No sólo protestaron sus estómagos después de la salida de Egipto. Construyeron también una imagen de oro de Apis, un becerro, el dios egipcio de la fertilidad, y organizaron una orgía en el desierto (*Ex 32,1-6*).

Israel era su propio peor enemigo, pero por supuesto, no el único. De camino a la ocupación de la tierra prometida, los israelitas tuvieron que conquistar siete importantes naciones que se oponían a su avance.

Según los Padres de la Iglesia, todo ello es semejante a la situación de la humanidad. Hemos nacido esclavos. Por esa razón, el período de servidumbre de Israel en Egipto es un retrato característico del alma con el pecado original. También por eso, el paso de Israel a través del Mar Rojo es un símbolo del bautismo (*1Cor 10,1-4*). Dios, por medio del bautismo, nos ha librado del pecado original, pero todavía seguimos sufriendo sus efectos a causa de la persistente concupiscencia, y sólo con dificultad abandonamos nuestros hábitos pecaminosos. Además, nuestra naturaleza corrompida continúa anhelando los placeres sensuales que acompañan a una vida esclava del pecado. Si queremos liberarnos de la tierra de nuestro

⁵³ Cf. M. Aberbach y L. Smolar, «The Golden Calf Episode in Post-Biblical Judaism». *Hebrew Union College Annual* 39 (1968), pp. 91-116; P. C. Bori. *The Golden Calf and the Origins of the Anti-Jewish Controversy*, Scholar Press, 1990; Scott Hahn, «Kinship by Covenant: A Biblical Theological Study of Covenant Types and Texts in the Old and New Testament», Marquette University, Ann Arbor, Mich., UMI, 1995, pp. 44-51; Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica* I-II, 102, 3: «Otra causa de los sacrificios es que por ellos se retraían los hombres de sacrificar a los ídolos. Por esto, los preceptos sobre los sacrificios no fueron dados al pueblo hebreo sino después que mostró su propensión a la idolatría adorando al becerro fundido».

exilio, hemos de dar muerte a tales anhelos: a nuestra concupiscencia. Debemos sacrificar en nuestras vidas las cosas creadas que los pecadores tienden a convertir en ídolos.

Necesitamos dominarnos para resistir la tentación. Necesitamos prepararnos para luchar contra el mundo, la concupiscencia de la carne, y el demonio. Los padres de la Iglesia enseñaban que, como los israelitas, también nosotros hemos de conquistar «siete naciones» antes de poder reivindicar la tierra prometida del cielo. Las naciones paganas simbolizan los tradicionales siete pecados capitales: soberbia, ira, gula, lujuria, pereza, envidia y avaricia.

EL PUEBLO CAUTIVO

Según los primeros cristianos existe un segundo gran acontecimiento histórico que simboliza a la humanidad pecadora. Es la cautividad de Judá en Babilonia. Aunque este exilio fue mucho más breve que el de Egipto, no fue menos dañino para el modo de vida judío.

Aproximadamente en el siglo VI a.C., el pueblo elegido estaba debilitado y dividido por muchas generaciones de guerras civiles. El rey de Babilonia, Nabucodonosor, tuvo muy pocos problemas para conquistar la tierra de Judá y convertirla en un estado vasallo de Babilonia. Vacío el país de sus más brillantes ciudadanos y los deportó al suyo para que sirvieran en el reino. Allí trabajaron bien, siendo respetados y recompensados por su trabajo. Muchos judíos se casaron con mujeres de Babilonia. Muchos comerciantes aprendieron nuevos métodos de sus colegas babilónicos. El pueblo judío hizo grandes progresos, por ejemplo en astronomía, en banca y en la técnica de acuñación de moneda.

El pueblo elegido prosperó en la tierra de su cautividad. Quizá lo hicieron allí demasiado bien, de modo que algunos empezaron a perder la ilusión de regresar a Judá. Habían crecido acostumbrados al lenguaje de Babilonia, a las calles de Babilonia, a las costumbres de Babilonia. Una vez más, como en Egipto, empezaron a aflojar en su observancia religiosa y a adoptar el modo de vida de sus captadores. Los que permanecían fieles al Dios de Israel tenían que luchar esforzadamente, maldiciéndose a sí mismos en el caso de que se encontraran demasiado cómodos en la cautividad:

*Si yo me olvidara de ti, Jerusalén,
Olvidada sea mi diestra.
Péguese mi lengua al paladar
Si no me acordara de ti, Señor, si no pusiera
a Jerusalén por encima de mi alegría.
(Sal 137,5-6)*

El exilio fiel se niega a concederse incluso los consuelos legítimos, por temor a aliviar el dolor de la separación del hogar. Llegan hasta a negarse la satisfacción de cantar su cántico favorito «junto a los ríos de Babilonia» (*Sal 137,1*). Así como la esclavitud de Egipto era un símbolo del pecado original, para los Padres de la Iglesia, la cautividad de Babilonia representaba el pecado actual. Una cosa es haber nacido como un niño israelita en Egipto, pero otra muy distinta es haber sido exiliado a Babilonia como consecuencia directa del pecado actual⁵⁴. La cautividad en Babilonia se debió a una opción de los cautivos, mantenida luego por

⁵⁴ Cf. J. Corbon. *Path to Freedom: Christian Experiences and the Bible*, New York, Sheed and Ward, 1969, p. 172: «El periodo de cautividad en Babilonia es análogo al periodo de esclavitud en Egipto. Históricamente es una simple repetición, por parte del poder en el Este, de los patrones establecidos por el poder en el Oeste. Pero hay una significativa diferencia teológica. Durante el periodo de esclavitud en Egipto, el Pueblo de Dios se mostraba todavía amorfo. Al marcharse de Egipto, deja la primera esclavitud, como nosotros, a través del

Señor, ten piedad

su elección. Mientras vivían con las necesidades materiales satisfechas en una tierra pagana, olvidaban lo que significaba ser libre en la propia patria. ¿Por qué iban a cambiar su prosperidad, seguridad y confort, por la tarea, dura y arriesgada, de reinstalarse y reedificar Jerusalén?

¿Por qué, también, los pecadores debían renunciar al fraude –desde las mentiras al IRPF– cuando es tan beneficioso? ¿Por qué renunciar a la gula cuando los mejores alimentos están a nuestro alcance? ¿Por qué renunciar a la ira cuando las humillaciones más ingeniosas vuelven a nuestra mente con tanta facilidad?

Puede ser cómodo mantenerse en el pecado, pero el confort de Babilonia tiene un precio: nuestra libertad, nuestra ciudadanía y nuestra herencia.

FUTURAS GANANCIAS

« ¡Adúlteros! ¿No sabéis que el amor del mundo es enemigo de Dios? Quien pretende ser amigo del mundo se constituye en enemigo de Dios» (*Sant 4,4*).

Estamos exiliados en este mundo y nunca debemos perder de vista este hecho. Nunca debemos olvidar quiénes somos, de dónde venimos y a dónde vamos. Debemos vivir en la tierra, pero debemos vivir *para* el cielo.

Como el pueblo elegido, hemos de «condenar a muerte» la idolatría que permanece en nosotros. Lo mismo que los cautivos de Babilonia, debemos renunciar no sólo a los placeres pecaminosos, sino en cierto modo a los placeres legítimos, porque éstos pueden servirnos de cebo para caer en las trampas del mundo. A causa de la creciente influencia y la atracción de los bienes del mundo, nos alejamos de Dios aún en mayor medida.

Por eso, Jesús enseñó el ayuno a sus discípulos; por eso, los apóstoles continuaron ayunando después de la ascensión de Jesús a los cielos; por eso, la renuncia al yo ha sido siempre el sello del auténtico cristianismo, y constituye el centro de los cuarenta días de Cuaresma cada año.

También por eso, Jesús pudo decir en las Bienaventuranzas: «Bienaventurados los pobres... Bienaventurados los que ahora tenéis hambre... Bienaventurados los que ahora lloráis... Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien y os expulsen, os insulten y proscriban vuestro nombre como maldito» (*Lc 6,20-23*). Todas esas calamidades, añadió, serán motivo de alegría.

No debemos olvidar el sorprendente valor de las palabras de Jesús. Después de más de veinte siglos de predicación cristiana, siguen siendo un cambio radical de los valores del mundo. Lo mismo que el sacrificio de los animales sagrados de Egipto, las Bienaventuranzas representan un «cambio en las normas»; ponen nuestras expectativas patas arriba. Creemos instintivamente que el empobrecimiento, el hambre, la aflicción y la calumnia son una *maldición*. No obstante, Jesús presenta todas esas circunstancias como momentos de bendición⁵⁵. El sufrimiento nos enseña a apartarnos de los bienes de este mundo, y nos libera para atarnos a los bienes del cielo. Esto es cierto para el sufrimiento deseado activamente (como en el caso del ayuno, de una vigilia o de una peregrinación), o para el sufrimiento

bautismo, somos liberados del pecado original. Sin embargo, durante la cautividad en Babilonia, Israel cayó en la esclavitud de sus propias faltas, igual que nosotros somos esclavos de nuestro propio pecado personal».

⁵⁵ Sobre la noción de «cambio en las normas», aplicada al propósito de Dios de exigir a Israel que sacrificara precisamente aquellos animales que los egipcios consideraban sagrados, cf. J. Assmann. *Moses the Egyptian*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1997, p. 31; S. Benin. *The Footprints of God*, Suny Press, 1993; S. Hahn, *A Father Who Keeps his Promises*, pp. 282-284.

soportado pasivamente (como en el caso de un dolor de muelas, una tormenta o el retraso de un tren). El sufrimiento nos capacita para decir con San Pablo, «Pero lo que eran para mí ganancias, eso lo considero por Cristo como pérdidas, porque todo lo estimo como pérdida y lo considero basura ante el sublime conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien he sacrificado todas las cosas para ganar a Cristo» (*Flp 3,7-8*).

Todas las cosas creadas son buenas porque Dios las creó. ¡Pero incluso los placeres más grandes –sexo, libros, chocolate, café, vino– están más próximos a la basura o a las cloacas que a Dios!

UN TEST PARA LOS BIENAVENTURADOS

Cuando maduramos desprendidos de las cosas, nos hacemos (con la ayuda de Dios) dueños de nuestros deseos y encomendamos ese señorío a Dios. La disciplina y la gracia divina sanan la inteligencia y la voluntad de los electos de la concupiscencia. Podemos empezar a ver las cosas con claridad.

Cuanto más claramente vemos, mejor podemos enfrentarnos a las tentaciones diarias de apartarnos de Dios y volvernos hacia las cosas creadas. Si hemos de elegir entre Cristo y la basura, solamente hay una elección sensata y racional.

Son pocas las personas que viven tan desprendidas como para ver continuamente las cosas de ese modo, pero eso es lo que Dios desea de cada uno de nosotros, y no lo negará a quien se lo pida y esté deseando recibir la gracia, la bendición.

Cuando nos enfrentamos a una elección entre el sufrimiento y el pecado, nos estamos enfrentando a un juicio, un test, una experiencia terrible, lo mismo que Adán, que los israelitas en el desierto, lo mismo que los judíos en Babilonia. Si elegimos un bienestar momentáneo, estabilidad y seguridad en lugar del amor eterno, Dios respetará nuestra elección. Si elegimos un sufrimiento momentáneo a cambio del amor eterno nos encontraremos más cerca de la felicidad de la patria, del cielo. Seremos más semejantes a Dios en el seno de Dios mismo.

Nos dominan los apetitos que hemos cultivado. Funcionamos en la dirección en que hemos dirigido nuestras vidas, nuestros corazones, nuestras mentes, nuestros ojos. Pero si queremos alcanzar nuestro destino –si deseamos llegar un día a la casa del cielo– hemos de desprendernos de nuestras ataduras terrenales y volver directamente a la tutela de Dios. Y no nos hará ningún bien volvemos a mitad de un recorrido que todavía nos señala el camino equivocado. Mientras no rompamos nuestras ataduras, nuestra conversión no será definitiva.

SIN BECERRO

Ese sacrificio nunca es fácil. Recordemos que, según el capítulo II, el israelita que ofrecía un sacrificio tenía que sujetar a la víctima animal, matarla, destriparla, despiezarla y entonar algunos himnos. La mayoría de los sacrificios que hacemos nosotros no son tan sangrientos, pero no debemos esperar que sean más fáciles en absoluto. Puede ser más sencillo dominar a un toro que a un cuerpo pervertido por la concupiscencia. Entonces como ahora, el sacrificio requiere esfuerzo, fuerza, gasto y tiempo.

El sacrificio de animales en Israel era señal y anticipo del sacrificio futuro. En consecuencia, cuando Cristo vino al mundo, dijo: «Sacrificio y oblación no quisiste, pero me has formado un cuerpo» (*Hb 10,5*). Nosotros también ofrecemos los deseos de nuestro cuerpo, las comodidades y los placeres, en sacrificio por nuestros pecados, y por nuestro amor de Dios.

Señor, ten piedad

«Mi sacrificio, ¡oh Dios! es un espíritu contrito, un corazón contrito y humillado» (*Sal 51,17*). Si llevamos a cabo este pequeño comienzo, ese acto de contrición desde el fondo del corazón, la gracia de Dios hará el resto.

Y si tienes alguna duda sobre el mejor lugar para empezar ese sacrificio, visita el confesionario más cercano. Sin este sacramento la conversión es posible, pero ardua. La gracia del sacramento nos facilita el camino.

X. CONOCER EL DOLOR, CONOCER LA GANANCIA: LOS SECRETOS DE LA PENITENCIA VENCEDORA

En la mayoría de los documentos de la Iglesia, la confesión recibe el nombre de sacramento de la penitencia. Aunque usamos ambos nombres indistintamente para designar al sacramento, no son términos sinónimos. *Confesión* describe el acto de decir los pecados, *Penitencia* describe dos cosas: una actitud y una acción. Ya hemos empleado algunos capítulos estudiando el significado de *confesión*. Ahora emplearemos este capítulo estudiando el significado de penitencia.

Penitencia, considerada como una actitud, describe el aborrecimiento de los propios pecados. En este sentido, la penitencia es una condición esencial para la confesión sacramental. Tenemos que pedir perdón por nuestros pecados; de algún modo, tenemos que despreciarlos.

ODIAR EL DELITO

Cuando nuestra actitud penitente es perfecta –cuando aborrecemos nuestros pecados porque han ofendido a Dios, al que amamos–, confesamos nuestros pecados con auténtica contrición. No obstante, la mayoría de las veces mezclamos otros motivos para odiar nuestras culpas. Los odiamos porque nos avergüenzan, o porque nos hacen sentirnos mal, o porque tenemos miedo al castigo, o porque han producido efectos dañinos en nuestro cuerpo, en nuestra mente, en nuestras finanzas o en nuestras relaciones. Este aborrecimiento imperfecto de nuestros pecados recibe el nombre de atrición, y será suficiente para una confesión válida, aunque siempre deberíamos luchar por una penitencia más perfecta.

Cuando la actitud penitente es habitual, decimos que esa penitencia es una virtud. Esta virtud es integrante de la vida cristiana, y es una gracia que tenemos que pedir. Pero debemos esforzarnos también por crecer en la virtud de la penitencia realizando actos de penitencia lo mismo que crecemos en la virtud de la bondad, del valor y de la laboriosidad repitiendo pequeños actos de bondad, valor y trabajo esforzado. Entonces, la virtud de la penitencia llega a ser una parte de nuestra vida diaria, un hábitat natural y sobrenatural para el sacramento que comparte su nombre.

Sin embargo, los actos de penitencia no se limitan a las confesiones sacramentales. Tales actos incluyen cualquier mortificación ofrecida para reparar por nuestros pecados o por los pecados de otros. En el capítulo anterior, yo mencionaba el ayuno, las vigiliias y las peregrinaciones, pero hay muchos más. En realidad, el cristiano que tiene la virtud de la penitencia está siempre dispuesto a hacer sacrificios por los demás, sacrificios que la mayor parte de las veces serán silenciosos y vulgares: las ocasiones en que nos molestamos por ofrecer a otra persona comodidad, placer o consuelo.

Quizá proponemos ir al cine a nuestro compañero porque sabemos que es lo que prefiere, aunque realmente lo que nos gustaría es ir a ver un partido de fútbol.

Renunciamos a un segundo trozo de pastel –aunque sea el más delicioso que hayamos probado nunca– para que algún otro lo disfrute en nuestro lugar. O, al contrario, pedimos encarecidamente un segundo trozo de pastel –aunque es el peor que hayamos probado nunca– para que no padezcan los sentimientos de un cocinero principiante.

Nos quedamos unos minutos con un vecino o un colega que encontramos pesado y aburrido. En lugar de excusarnos saliendo rápidamente, le damos nuestro tiempo y nuestra mayor atención.

Señor, ten piedad

Llevamos a cabo nuestras tareas rutinarias con esmero y puntualidad, aunque preferiríamos cavar una zanjar a tener que rellenar otro formato de cinco páginas para nuestro jefe.

Los mejores actos de penitencia son esos tan insignificantes que pasan inadvertidos. Nuestros días más completos, los más felices, son aquellos que hemos llenado de tales actos.

LA DOLOROSA VERDAD

Es importante comprender esto correctamente, pues muchas personas hoy –incluso algunos cristianos– entienden mal la mortificación cristiana. Intentan rebajarla a enfermedad psíquica, odio al mundo, presión, tristeza y masoquismo. Indudablemente, son cristianos que están enfermos psíquicamente, odian el mundo, están presionados, son tristes y masoquistas, pero esas características no son la causa ni el efecto de la mortificación cristiana.

Lo primero que hay que dejar claro es que una enérgica mortificación es parte esencial de la fe cristiana. Jesús dijo: «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (*Mt 16,24*). «Quien no carga con su cruz y viene tras de Mí, no puede ser Mi discípulo» (*Lc 14,27*). Es patente que la mortificación no es opcional; no hay alternativa: la mortificación es un camino generoso de salvación a disposición de la humanidad.

Lo siguiente que hay que dejar claro es que, con toda certeza, la mortificación no es una *negación* de la bondad del mundo. Los cristianos sacrifican las cosas mejores no porque piensen que el mundo es malo y debe ser condenado a muerte, sino porque saben que el mundo es muy bueno... tan bueno que nos puede distraer de lo que es mucho mejor, y desviarnos así de nuestro camino hacia la casa del Padre. Como los israelitas, podemos desear regresar a Egipto o divertirnos en Babilonia. Podemos optar por unos agradables pasatiempos en lugar de ir a confesar, ir a Misa o visitar a nuestra abuela en la residencia. Repito, el pecado no es un tema de nuestra elección de «las cosas malas» en lugar del «buen espíritu». Siempre es una cuestión de preferir unos bienes menores a unos bienes mayores, o al bien en sí mismo.

Por último, hemos de afirmar que el dolor no es un valor en sí. Los cristianos no experimentan placer con el dolor. Sin embargo, nosotros encontramos la bendición en el dolor, como hizo Cristo.

HABLAR DEL ÍDOLO

No cabe duda de que los primeros cristianos seguían el consejo de Jesús respecto a llevar una vida de penitencia y mortificación. Pensemos solamente en San Pablo, que escribió: «Quienes son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y concupiscencias» (*Gal 5,24*).

Por si alguien tratara de imponer una lectura meramente espiritual o metafórica de este texto, Pablo concreta más. Por ejemplo, aceptó voluntariamente todas las privaciones que surgían en su camino, las torturas cotidianas más irritantes y crueles: «en trabajos... mucho más en azotes, en peligros de muerte muchas veces. Cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno; tres veces fui azotado con varas, una vez fui apedreado, tres veces naufragué, un día y una noche pasé en los abismos del mar; viajes frecuentes con peligros de ríos, peligros de salteadores, peligros de los de mi raza, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en los desiertos, peligros en el mar, peligros entre los falsos hermanos; en trabajos y fatigas, en vigilias frecuentes, en hambre y sed, en ayunos muchas veces, en frío y desnudez» (*2Cor 11,23-27*).

Pablo lo sobrellevaba con espíritu de penitencia. Pero no se detenía allí. Emprendía activamente otros trabajos imponiendo a su carne una disciplina aún más severa. «Yo peleo no como quien da golpes al aire, sino que castigo mi cuerpo y lo esclavizo, no sea que, habiendo predicado a los demás, yo mismo quede reprobado» (1Cor 9,26-27).

Pablo no se rendía a la auto-compasión o a la vida fácil. Muy al contrario: sabía que el cuerpo tenía que retornar al estricto control de la mente, del alma y de la razón, y que no era una tarea fácil. Requería una firme determinación de la que hablaba en términos extraños: «Si vivís según la carne, moriréis, pero si con el Espíritu hacéis morir las obras del cuerpo, viviréis» (Rom 8,13). *Hacéis morir*: esta sorprendente frase es en latín una sola palabra, y en las primeras traducciones inglesas de la Escritura aparece como *mortificación*, que es sinónimo de la penitencia del cuerpo.

«Por consiguiente, mortificad lo que hay de terreno en vuestros miembros: la fornicación, la impureza, las pasiones, los malos deseos, y la avaricia, que es una idolatría, por las cuales viene la ira de Dios» (Col 3,5).

Los actos de renuncia a uno mismo –mortificación y penitencia– destruyen los obstáculos al amor divino y a nuestra participación en la vida divina. Aplastan a los ídolos en nuestra vida, y así, nada puede desviarnos del amor a Dios.

LA DIETA NO ES SUFICIENTE AYUNO

Pensemos que ésta es la época de las experiencias israelitas. Con objeto de dejar atrás Egipto, tuvieron que experimentar el «cambio normativo» de sacrificar a los animales sagrados de sus captores. El pueblo elegido tuvo que «condenar a muerte» la idolatría que una vez los mantuvo cautivos.

Cuando ofrecemos actos de penitencia a Dios, practicamos una especie de cambio normativo similar. «Condenamos a muerte» los deseos que cautivaban nuestra mente. Porque ¿qué es lo que atrae nuestra atención y la mantiene presa? ¿La comida? ¿El sexo? ¿Los bienes materiales: una casa, un coche, un mobiliario?

Cualquier cosa que nos mantenga como cautivos del deseo es un ídolo, y muy pronto nos exigirá sacrificios, ídolos, también, que pedirán «condenas a muerte», porque los ídolos son dioses celosos, como Yahvé. Pensemos en nuestros modernos ídolos. Por el trabajo, muchas personas sacrifican con entusiasmo su salud, su tiempo, su familia; por el sexo desentrenado, muchos arriesgan su reputación, su salud, sus matrimonios y hasta sus vidas; por el consumo glotón, muchas personas están dispuestas a perder años de vida. No os voy a aburrir con estadísticas, aunque podría hacerlo. (La transmisión de las enfermedades sexuales es epidémica. Más del 61% de los americanos sufren de sobrepeso y el 27% es obeso)⁵⁶.

Somos conscientes del poder cautivador de esos ídolos, el peso que tienen en nuestras vidas. Conocemos los sacrificios que terminarán por exigirnos; así nos lo dice el médico con cierta regularidad. Es más, incluso deseamos reconocer que hay que hacer algo con esos ídolos: condenarlos a muerte. Pocas verdades son tan evidentes como el antiguo proverbio cristiano: El cuerpo quiere más de lo que necesita, así que démosle menos de lo que pide. Sabemos que necesitamos seguir una dieta. Hemos de pasar menos tiempo en el trabajo y más en el hogar. Necesitamos estar menos obsesionados por el sexo. Y así sucesivamente. Pero esas soluciones naturales no bastan: existe una absurda tendencia humana a idolatrar el instrumento natural que destruye nuestros ídolos. El ex-bebedor, el ex-fumador, y también el ex-mujeriego se

⁵⁶ A. Spake, «Super Size America» U.S., News and World Report, 19 de agosto de 2002; cf. también N. Hellmich. «Obesity in America is Worse than Ever», USA Today, 9 de octubre de 2002, p. 1A.

Señor, ten piedad

suelen convertir frecuentemente en unos odiosos y fanáticos partidarios de la dieta de moda o del duodécimo programa que le «salvó».

No caigamos en la trampa. Por eso necesitamos sobrenaturalizar nuestra renuncia – convertirla en penitencia–: ofrecerla a Dios, al único Dios verdadero, al Dios que salva. Hemos de sustituir a los ídolos por una devoción pura y divina, y esa devoción tiene que ser purificada por nuestra actitud penitente y nuestras mortificaciones.

EL GRAN CUADRO

Aquí, la clave es el contexto. Si no vemos el cuadro en conjunto, el sacrificio no tendrá sentido para nosotros, o tendrá una especie de sentido perverso.

El contexto de nuestro sacrificio es una relación, una relación personal, una relación amorosa, una relación familiar, una relación pactada.

No es raro que los miembros de una familia se sacrifiquen los unos por el bien de los otros. La vida de los padres está claramente caracterizada por tales sacrificios. Un padre debe «dar muerte» a las cosas que le impiden amar a sus hijos como debe. Una madre «da muerte» a su malhumor, a su comodidad, a sus caprichos, y así puede estar libre para criar a sus hijos felices, sabios y fuertes. Con el tiempo, enseña al niño a dominar los impulsos y los caprichos de su cuerpo por el bien de una vida familiar sana (aprender a usar el orinal, a dormir regularmente, a no comer entre comidas). A su vez, cuando el niño se convierte en adulto, en un cuidador, debe dar su tiempo y sus atenciones a Papá y a Mamá, cuando lo exijan su edad y su enfermedad.

El amor exige que nos sacrifiquemos por el bien de la persona amada. Un hombre locamente enamorado de una mujer no lo piensa dos veces antes de quedarse levantado para escribirle un poema de amor; no dudará en ofrecerle sus guantes en un duro día de invierno, aunque sus propias manos estén a punto de congelación; si ella le dice que no le gusta su colonia ni tampoco su jersey, el dejará el objeto molesto en el fondo del armario o en el cubo de la basura; un hombre enamorado redoblará sus heroicos esfuerzos si en algo ha ofendido a su amada: desea solucionarlo precipitadamente, sin dejar pasar un minuto.

Todos esos son actos naturales de renuncia que las personas ofrecen espontáneamente por amor. Para los que están enamorados el sacrificio se hace más fácil, y hasta el dolor se considera un dulce bien. No se discute la necesidad de renunciar a algo que represente un obstáculo para la relación.

Por tanto, vemos que el sacrificio, la renuncia, la penitencia y la mortificación son actividades difícilmente extrañas o desacostumbradas en el orden natural. Estamos deseando sacrificarnos por objetivos que vemos. Hemos de aprender a sacrificarnos por un amor que no vemos, dar muerte al pecado, a la tentación y al desorden de la concupiscencia, todo lo que representa una ofensa a nuestro Amado.

EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO

No obstante, el sacrificio no es meramente negativo. No es exactamente una «muerte», es también una donación. Nuestros pequeños sacrificios son el símbolo de la renuncia total que es esencial en el amor. Las personas enamoradas se entregan plenamente.

Por cierto, la Iglesia enseña que el amor humano muestra «cierta similitud entre la unión de las Personas divinas» y la humanidad, hecha a Su imagen. Cuando damos nuestro amor, imitamos a Dios, porque «Dios es Amor» (1Jn 4,16), y la esencia del amor es dar la vida⁵⁷.

Consideremos la vida íntima de la Trinidad. El Padre vierte la plenitud de Sí mismo; no conserva nada de Su divinidad; entrega toda Su vida; engendra eternamente al Hijo. El Padre es, por encima de todo, un amante que vivifica, y el Hijo es Su perfecta imagen. Así, ¿qué otra cosa es el Hijo sino un amante que da vida? El Hijo refleja dinámicamente al Padre por toda la eternidad, vertiendo toda la vida que ha recibido del Padre; y devuelve esa vida al Padre como perfecta expresión de gratitud y de amor. Esa vida y ese amor que el Hijo recibe del Padre y vuelve al Padre, es el Espíritu Santo⁵⁸.

Cuando Dios se hizo hombre en Jesucristo, Su vida en la tierra fue una imagen en el tiempo de la vida divina en la eternidad. La vida de Jesús fue una completa donación de Sí mismo a lo largo de treinta y tantos años. Todo en Su vida –el perdón, la curación, la enseñanza, la predicación– fue una encarnación del amor trascendente que permanece por toda la eternidad.

El amor que es Dios es el único amor que puede satisfacernos y hacernos felices. Nuestros amores humanos se apagarán, a causa de la debilidad, de la imperfección o de la muerte. No seremos felices ni conoceremos el amor hasta que no amemos como Dios, hasta que amemos como dioses (Sal 82,6; Jn 10,24), participantes de la naturaleza divina (2Pe 1,4). El hombre, dice la Iglesia, «es la única criatura sobre la tierra a la que Dios ama por sí misma, [y] no puede encontrarse plenamente a sí misma más que a través de un don sincero»⁵⁹.

La penitencia, entendida en este contexto, tiene sentido: no podemos imaginar el amor sin sacrificio. No podemos amar realmente a *esta* persona a menos que «demos muerte» a *ese* vicio, a ese obstáculo, a ese malhumor o a esa preferencia.

Ésta es la razón de que las antiguas alianzas exigieran sacrificio. Las alianzas creaban un vínculo familiar, y el sacrificio era el símbolo de los antiguos vínculos que ahora estaban graves, pero no muertos. La alianza era también un símbolo de la donación total, sin la cual el amor y la familia son imposibles.

ELIMINAR OBSTÁCULOS AL AMOR DE DIOS

La penitencia llega a ser perversa –enfermedad psíquica, odio al mundo, presión o masoquismo– sólo cuando se practica o se sitúa al margen del amor, en cuyo caso no es auténtica penitencia.

Recordemos lo que la penitencia no es, y siempre tendremos claro lo que es. No es el sufrimiento por el sufrimiento; no es la burda imposición de un Dios sádico o de una Iglesia autoritaria.

La penitencia es, más bien, el deseo de eliminar cualquier obstáculo al amor de Dios por nosotros y a nuestro amor a Dios. Es un don sin palabras, un momento tras otro, de nuestro propio ser a Dios.

La entrega de nosotros mismos, como la de Dios, es gradual, realizada a lo largo de la vida. Por naturaleza y por gracia de Dios, cada acto de penitencia, cada confesión sacramental,

⁵⁷ Cf. Vaticano II, *Gaudium et Spes*, 24.

⁵⁸ Cf. Juan Pablo II. *Carta a las familias*; K. Hahn, *El amor que da vida*, Madrid. Rialp, 2006, pp. 37-49; S. Hahn, *Lo primero es el Amor*, pp. 135-138.

⁵⁹ Cf. Vaticano II, *Gaudium et Spes*, 24.

Señor, ten piedad

cada pequeño sacrificio, nos conforma cada vez más con la imagen de Dios haciendo nuestras vidas más parecidas a la vida divina. Esto lo cumplimos, en parte, a través de métodos naturales de dominio propio, pero, abrumadoramente, a través de nuestra correspondencia a la gracia de Dios.

Los actos de renuncia tienen un efecto medicinal sobre nuestra concupiscencia. Nos sanan al contrarrestar nuestros numerosos excesos. Nos sirven de remedio contra los que han sido causa de nuestros pecados o han debilitado nuestra voluntad.

La leve penitencia que recibimos en el confesonario actúa del mismo modo. Sin embargo, lo hace con mayor eficacia que los días de ayuno, porque incluye el poder adicional de la gracia sacramental de Cristo. La penitencia sacramental no debe ser nuestro único acto de penitencia, pero siempre será el más seguro, porque fue instituido por Cristo con este fin.

El sacramento de la penitencia es un acto de penitencia realizado con actitud de penitencia dentro del contexto de una vida de penitencia.

XL PENSANDO FUERA DEL CONFESIONARIO: COSTUMBRES PENITENTES ALTAMENTE EFICACES

Si la penitencia es un modo de vida –en lo cotidiano, en detalles concretos–, ¿cómo se supone que hemos de vivir el sacramento de la penitencia?

El sacramento es el punto culminante de esta vida. Es la cumbre de todos nuestros actos penitenciales de sacrificio y los supera a todos en varios órdenes de magnitud, porque el sacramento es el medio que otorga la providencia para recuperar y restaurar el vínculo pactado de nuestra vida sobrenatural con Dios. El sacramento ha sido instituido por Cristo para dar la gracia. Es un acto de Dios –este sacramento perdona los pecados– equiparable a la salvación del mundo. Además, a diferencia de otras penitencias voluntarias, el sacramento produce sus efectos solamente por el poder de Cristo, no por nuestros actos ni por los actos del confesor. El término latino teológico para esto es *ex opere operato*, que significa: «por el hecho mismo de que la acción es realizada» (CCE 1128).

Si vamos a vivir una vida acorde con la visión bíblica, no podemos ni debemos hacerlo sin acudir con frecuencia a la confesión cuidadosamente preparada y plenamente integrada en nuestros hábitos de oración.

SOY FUERTE CUANDO ACUDO SEMANALMENTE

La Iglesia insiste en que debemos acudir a la confesión al menos una vez al año para confesar los pecados mortales cometidos a lo largo de él. Solía llamarse el Cumplimiento Pascual, que muchos católicos llevaban a cabo en esa época con objeto de hacer una buena Comunión durante la Pascua.

Sin embargo, si estudias las vidas de los santos, verás que la norma es la confesión frecuente, mensual como mínimo. Soy uno más entre el creciente número de católicos que tratan de recibir el sacramento una vez por semana. Hace menos de un siglo, la confesión semanal era una práctica normal en muchas parroquias, donde los sábados, católicos jóvenes y mayores hacían largas colas esperando sus breves momentos en el confesonario. No estoy seguro de lo que sucedió para que cambiara esta tendencia, pero tengo la certeza de que no se debió a una disminución en el número y gravedad de los pecados cometidos por los católicos americanos.

Existen muchas buenas razones para hacer una confesión cada semana o cada mes.

En primer lugar, es más fácil que ir una vez al año. Esto puede parecer extraño, pero es así. Cuanto más nos confesamos, mejor lo hacemos. Lo mismo que mi servicio en el tenis: con la práctica resulta más fácil y más regular.

Es más fácil, también, porque hablamos de un corto espacio de tiempo. El hombre justo cae siete veces al día: eso significa que si la gente más virtuosa de la ciudad se confiesa una vez al año, tiene por lo menos 2.555 pecados que arreglar (2.562 si es año bisiesto). El lapso de una semana, incluso de un mes, es más manejable, y nos permite una confesión más sincera y más completa.

La mayor frecuencia en la confesión supone un programa más eficaz de crecimiento en virtud y una victoria más completa sobre los pecados habituales. Véannoslo: El crecimiento espiritual, como la mejora en las condiciones físicas, no se logra fácilmente. A todos nos gustaría desprendernos de nuestros hábitos pecaminosos durante la noche, igual que a mí me gustaría perder veinte libras hasta mañana por la mañana, o triplicar mi fuerza muscular en la semana próxima. Pero los cambios de carácter, como los cambios en el cuerpo, raramente se

Señor, ten piedad

perciben de semana en semana o de mes en mes. Solamente notamos la diferencia con el transcurso de los años o de las décadas. Necesitamos seguir un régimen, y hemos de ceñirnos a él durante largo tiempo.

La gente suele sentirse frustrada porque le parece que repite los mismos pecados cada vez que se confiesa. Sí, puede ser humillante, pero podría ser mucho peor. Por ejemplo, ¡peor sería que cometiéramos pecados nuevos! Si creemos que no mejoramos, por lo menos vemos que no empeoramos, lo que probablemente sucedería si dejáramos de confesarnos. Confesarse de lo mismo una y otra vez es humillante –no lo niego–, pero para un cristiano, la humillación no es mala; después de todo, es lo que nos hace humildes. La humildad, pues, ataca el pecado en su origen, que es la soberbia. Todo esto es para bien, porque Dios encuentra irresistible la humildad y se opone al orgulloso... incluso «cuando tiene motivos».

Necesitamos seguir adelante con el sacramento durante nuestro largo recorrido, aunque a veces nos sintamos frustrados. Con el tiempo, la mayoría de las personas advierten que no están confesando *todos* los mismos pecados que cometieron hace diez años. Cuando, gracias a la gracia y al esfuerzo, hacemos progresos en un sentido, descubrimos otras áreas que exigen lucha. Si perseveramos, podemos ir hacia adelante, hacia arriba, hacia Dios.

La última, pero no la menor razón para la confesión frecuente es el aviso de San Pablo a los cristianos de Corinto: «Por lo tanto, quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor...Por eso hay entre vosotros tantos enfermos y débiles, y muchos mueren» (1Cor 11, 27, 30). Si decimos que no tenemos pecados, somos mentirosos. Si pecamos, pero no nos confesamos, no somos buenos anfitriones de Jesús, al que recibimos en la Comunión. Si los domingos damos la bienvenida al huésped divino en nuestros corazones, por lo menos, el sábado debíamos limpiar la casa. Pensemos en cómo limpiaríamos nuestra casa si hubiéramos invitado a cenar a nuestra pareja, a un dignatario, o a nuestro jefe.

Jesús nos cuenta la parábola del hombre rico que, encolerizado, invitó a gente impropia a la boda de su hijo (Mt 22,1-14). Acudieron «buenos y malos», pero sólo uno fue expulsado: el hombre que no tenía traje de boda. El significado de la parábola no puede estar más claro: en Su misericordia, Dios, el Padre, nos invita a todos a la Eucaristía, que es el banquete de bodas de Su Hijo con la Iglesia (Ap 19,9; 21,9-10). Por nuestra parte, debemos cuidar la preparación adecuada para la ocasión. De otro modo, podría ser un signo de ingratitud o de presunción. Jesús no es menos severo que San Pablo al describir las consecuencias: «Entonces, el rey dijo a los criados: “Atadlo de pies y manos y echadlo a las tinieblas exteriores; allí habrá llanto y rechinar de dientes”».

TENER UN CONFESOR

Nuestra confesión no sólo debía ser frecuente, sino programática. Tendríamos que fijarnos metas para vencer al pecado y crecer en virtud, y debíamos luchar por alcanzar esas metas. Lo podremos hacer mucho más fácilmente si establecemos una relación continuada con un confesor.

Un confesor que llegue a conocernos llegará a conocer, mejor que nosotros, los obstáculos entre nosotros y el cielo. Un confesor habitual conocerá las circunstancias de nuestra vida, nuestras tentaciones características, nuestra fuerza y nuestra debilidad; con esos datos, puede marcar las pautas: puede averiguar el defecto dominante que causa nuestros pecados: puede

aconsejarnos el mejor modo de avanzar; también puede rezar concretamente por nuestra lucha, y nunca deberíamos subestimar el valor de su oración⁶⁰.

Un confesor habitual puede ser como un médico de familia, que viene a vernos de vez en cuando, conoce nuestras costumbres, conoce las circunstancias de nuestra vida y de nuestro trabajo, y conoce lo que realmente nos afecta.

Encontrar el confesor adecuado requiere tiempo y esfuerzo. Necesitarás preguntar en tu entorno y visitar quizá algunos confesonarios antes de dar con el adecuado, que no tiene por qué ser el que te haga sentirte bien. Hay personas que van de confesonario en confesonario hasta que encuentran un sacerdote que les diga que sus pecados no son pecados en realidad. Pero, como dice uno de mis amigos, si hacemos esto, no estamos buscando un nuevo confesor: «estamos buscando un dios nuevo, que nos dé la razón sobre nuestro modo de pensar respecto a la moralidad. Eso es consumismo del más grave. Eso es andar a la caza y captura de un doctor que nos mienta sobre los resultados de un análisis de sangre. Puede aliviar nuestra preocupación durante algún tiempo, pero finalmente nos matará»⁶¹. Y así será. Y lo que matará a los que van buscando un nuevo dios es la propia muerte espiritual por el pecado mortal.

Hay un gran debate sobre si es mejor buscar un confesor que ejerza también de director espiritual, o si sería preferible un director espiritual distinto para un trabajo minucioso. Este libro no es el lugar adecuado para estudiar la solución. Solamente haré dos observaciones: 1) Una dirección continuada es indispensable para un avance continuado. Es cierto el antiguo proverbio que dice: El hombre que se tiene a sí mismo como abogado tiene a un tonto por cliente. Tú y yo necesitamos un director espiritual. 2) Si resulta extremadamente difícil encontrar un sacerdote voluntarioso, fiable, no debíamos darnos el lujo de ir a la caza de un segundo sacerdote voluntarioso y fiable para que sea nuestro director espiritual.

ESTAR PREPARADO, ESTAR DECIDIDO...

Hemos encontrado el confesonario, hemos encontrado el momento, hemos encontrado al sacerdote, aún tenemos que hacer algunos preparativos. Necesitamos descubrir los pecados cometidos para hacer una confesión completa y contrita.

El hábito que nos ayuda a hacerlo se llama examen de conciencia. Es una revisión periódica de nuestros pensamientos, palabras, obras y omisiones. Es una búsqueda en nuestra memoria para descubrir nuestros pecados y detectar cualquier hábito en nuestras tentaciones o en nuestro comportamiento. El examen nos hace conscientes de nuestro avance o de nuestro retroceso, y nos mantiene centrados en lo que es real. Sin este honesto escrutinio, podemos encontrar innumerables excusas para nosotros y para nuestras infidelidades a Dios y al prójimo. O podemos apartar nuestros ojos una y otra vez, eligiendo mirar a cualquier cosa antes que a nuestras propias vidas.

Debemos intentar hacer el examen por lo menos diariamente. Como una vitamina, un ejercicio de régimen, una dieta o una contabilidad, no será eficaz si no le somos fieles. Muchos autores espirituales indican el momento de ir a dormir como el mejor, porque entonces el día ya está a nuestras espaldas. Sin embargo, el Papa Juan XXIII aconsejaba un segundo examen a mediodía, de modo que podamos corregir el rumbo mientras tenemos todo el día por delante. Podríamos tomar unas notas breves después de cada examen para apuntar nuestras

⁶⁰ Acerca del riesgo de cambiar frecuentemente de confesor, cf. San Francisco de Sales. *Introducción a la vida devota*. Parte II, cap. XIX.

⁶¹ M. Aquilina. «How to Find a Regular Confessor» *New Covenant*, septiembre 1996, p. 8.

Señor, ten piedad

preocupaciones, nuestras luchas y nuestros pecados (usando un código personal). Esas notas demostrarán ser muy útiles mientras nos preparamos para la confesión.

Existen numerosos métodos adecuados para el examen de conciencia. El más sencillo consiste en estudiar el día cronológicamente, desde el momento de despertar hasta el del examen. Otro método generalizado consiste en considerar cada uno de los Diez Mandamientos y estudiar cómo los has vivido hoy. Algunos devocionarios ofrecen una serie de preguntas para el examen. (Propongo algunos ejemplos en el Apéndice C al final de este libro). Otras personas gustan de hacer su propia lista de preguntas, basadas en la experiencia pasada de sus debilidades, o en las sugerencias o quejas que recibe por parte de sus colegas, amigos, y miembros de la familia.

Nuestro examen nocturno debería ser breve, cinco minutos aproximadamente, terminando con un acto de contrición. Pero, para preparar la confesión, debíamos emplear más tiempo en una piadosa consideración de nuestros pecados.

La tradición nos enseña que el examen de conciencia debía dividirse realmente en dos: el examen general y el examen particular. El examen general es exactamente el que acabo de describir: una mirada rápida a los sucesos del día. El particular se centra en cómo hemos vivido una virtud concreta o hemos evitado un pecado determinado. Algunas personas sitúan este examen a mediodía y el general por la noche.

¿Cuál es el mejor momento, el lugar y el método para hacer el examen? Solo tú mismo puedes contestar a esta pregunta (aunque, por supuesto, te ayudará tu director espiritual). Prueba a ver lo que da resultado. Lo importante es hacerlo.

Sacaremos más fruto de la confesión si la prepararnos bien. El sacramento confiere la gracia *ex opere operato*, pero lo que hacemos con la gracia es cosa nuestra. El sacramento no es un hechizo mágico, y Dios no nos santifica sin nuestra cooperación. Cristo da libremente, pero nosotros recibimos sólo lo que estamos dispuestos, deseosos, y capaces de recibir. Una buena preparación abre nuestras almas para recibir más abundantemente la gracia que Cristo nos está concediendo.

¡Y... ADELANTE!

El hábito más eficaz de los más eficaces penitentes es el hábito de la confesión. Lo hacen; lo hacen con frecuencia; lo hacen lo mejor que pueden. La gran conversa americana, Dorothy Day, lo describía acertadamente desde el punto de vista del penitente:

Ir a confesar es duro: duro cuando tienes pecados que confesar, duro cuando no los tienes, y te devanas los sesos buscando el origen de los pecados contra la caridad, la castidad, contra la fama, los de pereza o de gula. No deseas insistir demasiado en tus constantes imperfecciones y en tus pecados veniales, pero deseas sacarlos a la luz del día.

«Ave María, Purísima». Así empieza. «Hice mi última confesión hace una semana y desde entonces...»

«He pecado. Éstos son mis pecados». Esto es lo que se supone que haces: no los pecados de otros, o tus virtudes, sino solamente tus feos, grises, apagados y monótonos pecados⁶².

⁶² D. Day, *The Long Loneliness*, New York, Harper & Row, 1952, pp. 9-12.

Scott Hahn

No es muy glamoroso ni romántico. Es trabajo, y como tal, implica el sudor de la frente. Pero incluso en el orden natural, el trabajo es lo que pone la comida en la mesa y nos da una sensación de logro; el trabajo es lo que nos capacita para ir hacia adelante en la vida. En el orden sobrenatural «somos colaboradores de Dios» (1Cor 3,9) en la obra de nuestra salvación. El trabajo de la confesión es lo que nos concede la gracia de avanzar en nuestra vida espiritual, y pone la comida para nosotros en la mesa Eucarística.

Desde el punto de vista del confesor. San Josemaría Escrivá, un sacerdote del siglo XX, dio el mejor consejo que yo he visto para una vez que estas en el confesonario. Aconsejaba a sus penitentes seguir las cuatro C. Haz una confesión completa, contrita, clara y concisa.

Hazla completa. No omitas pecado mortal alguno, por supuesto, pero asegúrate de incluir los pecados veniales que te crean problemas. Y lo más importante, no suprimas los pecados que te avergüenzan. Es mejor empezar la confesión con el pecado más duro de admitir. Después, todo será más fácil.

Hazla contrita. Arrepiéntete de tus pecados. Recuerda que es Dios al que has ofendido, y que Él te ha amado incansablemente y generosamente.

Hazla clara. No seas sutil. No ocultes tus pecados con eufemismos. Asegúrate de que el sacerdote entiende lo que dices.

Hazla concisa. No necesitas dar pelos y señales. Suele ocurrir que, cuando lo hacemos, estamos intentando excusarnos inventando circunstancias especiales o acusando a los demás. Además, el tiempo del sacerdote es muy valioso y tendrá que emplearlo con otro penitente.

Repito, piensa, ¡lo importante es hacerla! No la dejes para otro día.

Señor, ten piedad

XII. LA ENTRADA DE LA CASA: LA CONFESIÓN COMO UN COMBATE

Actitud de penitencia, práctica de la penitencia, hábitos de penitencia, el sacramento de la penitencia: todo ello nos sirve de recordatorio de lo que somos. Somos hijos de un Padre amoroso, un Padre fabulosamente rico, pero vivimos fuera del hogar en condiciones vergonzosas. Nuestro examen de conciencia diario y nuestra confesión semanal o mensual, nos ayudarán a enderezar nuestra vida y a enderezar nuestro camino hacia casa.

El viaje hacia casa todavía será exigente. Porque nuestra nación santa es una nación en guerra, y los enemigos impíos nos rodean siempre.

VIVIR EN TIEMPOS DE GUERRA

Los cristianos serios han visto siempre la vida como una batalla. Ésta es la metáfora dominante, desde el *Combate Cristiano* de San Agustín a la canción «Adelante, soldados cristianos». El único medio con el que cuentan los hijos de Adán para resistir la tentación es a través de nuestra lucha contra las cosas que nos apartan de Dios.

En cualquier batalla hay múltiples enemigos: algunos a la vista y otros no. Además de luchar contra los francotiradores enemigos, los combatientes han de enfrentarse con el desaliento, el cansancio y la desconfianza. El combate espiritual no es diferente. Nuestra lucha es contra el mundo, el demonio y la carne. Estamos dominados por la concupiscencia de la carne y encontramos el mundo y sus placeres más atrayentes que Dios. El demonio conoce nuestra vulnerabilidad y concentra sus esfuerzos donde más puede debilitarnos. Cuando caemos, nos sentimos tristes y cansados, y entonces el demonio ha logrado una gran victoria. Nos hemos convertido en nuestro peor enemigo.

Un soldado indisciplinado no es apto para la lucha. Por eso, los católicos hacen retiros espirituales voluntariamente. Necesitamos ser fuertes para vencer tentaciones formidables, porque conocemos muchos ejemplos de grandes personas que cayeron, desde Adán hasta San Pedro.

Ciertamente, las acciones en contra nuestra parecen tan abrumadoras que podemos sentir la tentación de abandonar la lucha antes de disparar un tiro. Pero nunca debemos bajar nuestras defensas. En cambio, deberíamos redoblar nuestros esfuerzos, llevando la batalla más allá de los muros de la ciudad, evitando incluso las circunstancias que pudieran tentarnos, evitando toda ocasión de pecado.

En el caso de las tentaciones al pecado mortal, debemos huir sin mirar atrás, lo mismo que huyó Lot de Sodoma (*Gen 19,15-23*). Hay pecados tan graves que la lucha no debía entablarse directamente. Cuando nos sentimos apasionadamente propensos a un pecado grave –sexual, por ejemplo– debemos huir inmediatamente de las circunstancias que nos tientan. No es una vergüenza que el soldado débil se bata en retirada ante un enemigo mortal y muy superior. Si defiende su vida, vivirá para luchar de nuevo. La prudencia es la mejor parte del valor.

CUERPOS MÍSTICOS

Tanto si triunfamos como si caemos, nunca debemos luchar solos. La «gran nube de testigos» que nos rodea (*Hb 12,1*) no son espectadores pasivos. Son aliados en la batalla. Los santos en el cielo han alcanzado la victoria para nosotros por sus propios méritos. Y si les

pedimos ayuda, Dios incluirá su santidad en nuestra causa. A partir de la Reforma Protestante, los cristianos han estado divididos sobre la noción del «tesoro de méritos de la Iglesia», pero, en realidad, el concepto bíblico es anterior al Nuevo Testamento. El rabino Nahum Sarna, haciéndose eco de los antiguos rabinos, escribía en su comentario al Génesis: «Dios libró a Lot de la catástrofe gracias a los méritos de Abraham. Esta "doctrina del mérito" es frecuente en la Biblia, y constituye la primera de muchas ocasiones en las que la santidad de los individuos elegidos puede ayudar a otros, incluso a grupos, a través de su poder de protección»⁶³. El rabino Sarna encontró evidencias posteriores de esta doctrina en las vidas de Moisés, Samuel, Amos, Jeremías y Ezequiel.

A esta impresionante lista yo añadiría el nombre de Job, que ni siquiera era israelita. Sin embargo, era un hombre justo que, viviendo solamente a la luz de la ley natural, sabía que podía aplicar los méritos de su vida y de sus sacrificios en beneficio de sus hijas e hijos. La Biblia nos dice que Job, «levantándose de madrugada, ofrecía por ellos holocaustos según el número de todos ellos [los hijos], pues decía Job: "no sea que hayan pecado mis hijos y hayan maldecido a Dios en su corazón"» (*Job 1,5*).

Si los hijos de un pagano virtuoso podían beneficiarse de los méritos de su padre, ¿acaso no lo podremos hacer nosotros, que seguimos a la larga genealogía de cristianos santos? El tesoro del mérito no se ha agotado. También nosotros podemos beneficiarnos de ese dinero de guerra, pero también debemos contribuir a él. Hemos de ofrecer nuestros esfuerzos no sólo por nuestro bien, sino por el bien de otros, de nuestros amigos, nuestros vecinos, los miembros de nuestra familia, e incluso de las personas que no conocemos, porque son nuestros combatientes. Así como los méritos de los santos obran en beneficio nuestro, nuestras mortificaciones actuarán en beneficio de otros. Como dijo San Pablo: «Ahora me alegro por los padecimientos por vosotros y completo en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo por Su cuerpo, que es la Iglesia» (*Col 1,24*).

La Iglesia es el cuerpo de Cristo (*1Cor 12,27; Ef 4,12*), y nosotros somos sus miembros individuales (*Rom 12,4-5; 1Cor 6,15; 12,12*). Siempre que optamos por hacer el bien, fortalecemos a nuestros compañeros luchadores, pues nos une una mística solidaridad.

Por otra parte, cuando optamos por hacer el mal, no pecamos aisladamente, sino que debilitamos nuestra posición en la batalla. Instigamos y ayudamos a nuestros enemigos, que son la red de aliados del demonio en este mundo.

La solidaridad entre los combatientes es real. Cuando pecamos, no sólo disminuimos nuestras fuerzas, sino las de toda la Iglesia. Ésta es la única razón por la que Cristo nos hace confesar los pecados a la Iglesia.

El cuerpo místico de Cristo y la comunión de los santos, encuentran su fuerza en el sacramento de la penitencia. Uno de los grandes críticos literarios del siglo XX, Wallace Fowle, lo comprendió inmediatamente cuando, todavía protestante, deambulaba por una pobre parroquia franco-americana en New England.

La mitad de los penitentes rezaban arrodillados, y los otros miraban al frente. Un niño salió del confesonario y otro ocupó su lugar. En unos segundos, el niño llegó al presbiterio de la iglesia y se arrodilló ante la barandilla del altar. Yo me preguntaba qué clase de pecados acababa de

⁶³ N. Sarna, *Understanding Genesis: The Heritage of Biblical Israel*, New York, Schocken, 1966, pp. 150-151. Cf. E. E. Urbach, *The Sages: Their Concepts of Beliefs*, Jerusalem, Magnes Press, 1979, pp. 483-511; G. F. Moore *Judaism*, Cambridge, Mss. Harvard University Press, 1927, 1, pp. 535-545. Cf. CCE 1476-1477.

Señor, ten piedad

musitar y que nueva pureza le invadía... *Yo estaba en una casa desconocida que me permitía unirme a muchas vidas, muchos millones de vidas.* El niño arrodillado delante de la barandilla del altar llevaba en la mano izquierda un gorro de esquí azul oscuro, y su corazón hablaba a la eternidad. Yo nunca había visto esta penitencia en una iglesia. Nunca había tenido que hacer cola para hablar con Él, y nunca había oído que Él hablase en medio minuto, para hacer justicia⁶⁴.

Este momento, y su comprensión demostraron ser un punto decisivo para Fowlie, que entró poco después en la Iglesia Católica. Nuestra «casa desconocida» se convirtió en su propia casa, se convirtió en *su casa* del Padre.

PAJAS Y VIGAS

Vivimos en un ambiente familiar que nos permite la «unión con muchas vidas, con muchos millones de vidas». Es decir, que muchas personas dependen de nosotros: los santos del cielo, nuestros contemporáneos en la tierra, y la futura generación que, un día, aprovechará nuestros méritos.

Hemos de aborrecer cualquier pecado con un aborrecimiento santo, pero especialmente nuestros propios pecados. Es fácil aborrecer los pecados de los demás: los grandes pecados que son abiertamente perversos, como el genocidio o el racismo, o los pecados intencionados que nos afectan personalmente, como insultos o desprecios. Pero los pecados que nos importan realmente son los que cometemos nosotros. Jesús dijo: «¿Por qué miras la paja en el ojo de tu hermano y no ves la viga en el tuyo?» (*Mt 7,3*). Los pecados más odiosos y más importantes en mi vida son los míos. Mis pecados me dañan más que todos los de mis colegas, mis vecinos y todos los miembros de mi familia juntos.

Nuestro amor a Dios no es nada –sólo una beatería sentimental– si no va acompañado de un odio apasionado a nuestros pecados. ¿Deseas medir cuánto amas a Dios? Pregúntate (como hago yo): ¿Me disgustan más los escándalos de la Iglesia o las intrigas políticas que los pecados que he cometido esta semana? ¿Soy más consciente de las injusticias de mi jefe –o de las injusticias de mis colegas, de mi esposa o de mis hijos– que de las mías? Cuando somos honrados con nosotros mismos, esas preguntas son terriblemente dolorosas.

Debemos luchar contra todos los pecados, empezando por los propios, como un padre de familia se enfrenta con los intrusos de su casa. No hay pecado pequeño que merezca nuestro desprecio. San Agustín nos advierte: «Siempre que se resista a la carne, un hombre solamente puede tener pecados leves. Pero esos que llamamos leves no carecen de importancia... Muchos pecados leves hacen un pecado enorme. Y ¿qué esperanza nos queda? Antes de nada, ¡la confesión!»⁶⁵.

¡La confesión es nuestra esperanza sobre todas las demás! Pues bien, ahí tenemos el antiguo testimonio de un pecador que perseveró y que ganó la batalla con su arrepentimiento.

LOS OTROS SON DE DIOS

Cuando los hechos están en contra nuestra y la batalla parece perdida, nunca debemos desesperar, porque la confesión puede realizar lo que nosotros no podemos, y la gracia de Dios

⁶⁴ W. Fowlie, *Journal of Rehearsal: A Memoir*, Durham, Duke University Press, 1977, pp. 77-78.

⁶⁵ *Tratado sobre la Primera Epístola de San Juan*, 1.6.

en el sacramento es más fuerte que la que el demonio pueda esgrimir contra nosotros. El poder de Dios para salvar, curar y crear de nuevo es infinitamente más fuerte que nuestro poder para pecar y destruir. «Yo he borrado como nube tus culpas, como niebla tus pecados. Vuelve a mí, que yo te he rescatado» (Is 44,22). Jesús es el Cordero de Dios «que quita el pecado del mundo» (Jn 1,29). *Quita el pecado del mundo* en el origen. No sólo nos perdona los pecados: los arranca eliminándolos de nuestro corazón empecatado. Pero continúa mejor aún: crea en ti y en mí un corazón nuevo, un corazón limpio, como si hubiéramos limpiado el primero que nos dio. «Os daré un corazón nuevo y pondré en vosotros un espíritu nuevo; os arrancaré ese corazón de piedra y os daré un corazón de carne» (Ez 36,26).

Cristo es invencible. Nosotros también lo seremos solamente si volvemos a luchar a Su lado.

Con amigos como Jesús y Sus santos, ¿quién hace caso de los enemigos?

Somos hijos pródigos en un país lejano. Por nuestro propio bien, necesitamos volver a casa. Pero primero hemos de desearlo, y luego hacer el largo y duro camino hasta llegar a ella.

En cada paso debemos contar con la seguridad que obtenemos a través de la confesión sacramental: la confesión no nos engaña sobre nuestra condición. No podemos hacer desaparecer nuestros pecados y, por mucho que intentemos las técnicas de visualización del New Age, no cambiaremos nuestra pocilga en una bañera caliente, los cerdos en ponis de Shetland y el pienso de los puercos en colas de langosta.

No hay una auténtica alternativa al arrepentimiento. Si no nos arrepentimos, nos amargaremos, y si no nos confesamos, proyectaremos en otros nuestra culpa. Echaremos la culpa a nuestras víctimas. Echaremos la culpa a nuestros padres. Echaremos la culpa al gobierno. Echaremos la culpa a nuestro jefe o al consejo de dirección. Echaremos la culpa a nuestra herencia. Pero todo eso es una distracción. En realidad ¿a quién estamos echando la culpa? Solamente hay un Dios por encima de la herencia o del entorno. Si no confesamos nuestros pecados, nosotros, como Adán, terminaremos echando la culpa a Dios.

EL DESEO DE VUESTROS CORAZONES

Si no confesamos nuestros pecados, si no vivimos una vida penitente, siempre creeremos que esa vida es una batalla perdida. Nunca pondremos en claro nuestra historia, porque la narración estará oscurecida por nuestras excusas y nuestras acusaciones. Nunca contaremos con algo semejante a una visión bíblica universal y, por tanto, nunca veremos el mundo tal cual es, sino como el oscuro pasaje en que se convirtió para Adán y Caín, o en el alimento en que se convirtió para los rebeldes y mundanales israelitas.

Pasamos mucho tiempo de nuestra vida de oración haciendo a Dios la lista de nuestros deseos. Eso no es malo, pero la penitencia nos lleva por un camino mejor. Gracias a nuestros actos de penitencia, Dios cambia nuestros deseos, de modo que ya no deseemos lo que reclamamos, sino lo que necesitamos *realmente* para alcanzar la eternidad y compartir la naturaleza divina.

Tus actos penitentes te conseguirán ese corazón nuevo que necesitas. Y la confesión sacramental bendice, completa y magnífica el poder de tu penitencia diaria, de modo que, en palabras de la última oración ritual, «...el bien que hagas y el mal que puedas sufrir, te sirvan como remedio de tus pecados, aumento de gracia y premio de vida eterna».

«*Ve en paz*»⁶⁶.

⁶⁶ Bendición final del Rito del Sacramento de la Penitencia.

XIII. LA PUERTA ABIERTA

Si Jesús no nos hubiera dejado el sacramento de la confesión, probablemente lo habríamos inventado nosotros, porque Dios nos creó con una necesidad que sólo la confesión puede satisfacer.

Los que experimentan el consuelo de confesar sus pecados tienden a aferrarse a ese consuelo tenazmente. El reformador protestante Martín Lutero trató de prescindir de todos los sacramentos, excepto del bautismo y de la eucaristía, pero su instinto le persuadió y «añadió a esos dos el sacramento de la penitencia». Y explicaba: «Indudablemente, la confesión de los pecados es necesaria y acorde con los mandatos divinos... Tal y como se guarda el secreto de confesión hoy... me resulta una práctica extremadamente satisfactoria. No desearía que cesara, más bien me alegraría de que existiera en la Iglesia de Cristo, por ser una medicina excepcional para las conciencias afligidas»⁶⁷. Todavía hoy, el *Libro Luterano de Culto* incluye un ritual para la confesión auricular.

Los que descubren la confesión siendo adultos la encuentran irresistible. El apologista protestante C. S. Lewis sentía su atractivo, pero tuvo que superar un prejuicio profundamente arraigado en contra de unas prácticas que le «olían a Roma». En 1940 decidió emprender esta práctica, pero admitió que la «decisión fue la más dura que había tomado en su vida»⁶⁸. Después, se confesaba periódicamente con un monje anglicano.

Lutero seguía fiel a la confesión, incluso después de abandonar la Iglesia Católica. Lewis la buscaba fuera de la Iglesia Católica.

Sin embargo, hay protestantes que no conocieron la práctica de las Iglesias siendo niños ni descubrieron en ella un camino positivo siendo adultos, y ahora se encuentran reinventando la conversión penitencial, solamente hablando de vez en cuando.

CUENTAS PENDIENTES

En 1979 me encontraba yo siguiendo el primer curso de estudios de teología en un prestigioso seminario evangélico protestante. Mi esposa, Kimberly, y yo estábamos recién casados, y ambos nos planteábamos una vida de servicio en el ministerio presbiteriano.

Yo saboreaba mis perspectivas. Me gustaban mis estudios. Me sentía fuerte en la fe.

Pero algo atormentaba mi conciencia. Era la cuenta pendiente por mis diez años de delincuencia. ¿Cuántos cientos de dólares costaba el álbum de discos que robé antes de mi conversión al cristianismo? La pregunta me torturaba. Leí el capítulo 22 del Éxodo que manda restituir el doble y el cuádruple por hurto, y me llegó al corazón: culpable (*Ex 22,1; Lc 19,1-10*).

Me sentí como un hipócrita: estudiando teología, dando testimonio del Evangelio, preparándome para el sacerdocio, cuando no había actuado rectamente con aquellos a los que había agraviado. Por supuesto, había confesado mi pecado a Dios en mi interior, y había pedido perdón a mis padres, pero sabía que debía hacer algo más.

Después de mucho rezar., consulté el asunto con Kimberly. Aunque estábamos escasos de dinero, mi mujer estuvo de acuerdo en restituir el cuádruple a los almacenes a los que había perjudicado.

Me estrujé la memoria intentando recordar cada circunstancia del hurto, dónde había tenido lugar y cuánto había robado. Hice un cálculo bastante exacto y encontré el nombre de varios establecimientos. Entonces, dando un gran suspiro, empecé a llamar.

⁶⁷ «The Pagan Servitude of the Church» en J. Dillenberger (ed.), *Martin Luther: Selection from his Writings*. New York, Doubleday, 1961, pp. 319-357.

⁶⁸ R. L. Green and Walter Hooper. *C. S. Lewis: A Biography*. New York, Harcourt, Brace, Jovanovich, 1974, p.198.

Recibí unas respuestas variadas y curiosas. No pudieron complacerme un par de establecimientos, limitándose a escuchar mi petición de perdón. Su sistema de contabilidad no les permitía aceptar el pago tan atrasado de una mercancía perdida hacia tanto tiempo. Sin embargo, el empleado de un almacén estuvo bien dispuesto a aceptar mi oferta. Me dijo que habían recibido otras muchas de «cristianos nacidos de nuevo» y lo contabilizó como «fondos de restitución».

Hice mi esfuerzo más valeroso y pagué alegremente hasta el último céntimo de mis ahorros. Llegaba la Navidad y Kimberly y yo no contábamos con dinero para regalos. Pero no nos importaba. Nos hicimos unos ingeniosos regalos personales fabricados con los restos que teníamos a mano; pero muchos miembros de nuestra familia nos dijeron que eran los mejores que habían recibido, y todavía hoy los siguen apreciando.

Por primera vez desde hacía años, me encontré completamente limpio, ligero como una pluma y sereno como el cielo. Yo no lo sabía en aquel momento, pero la alegría que conocí era la alegría de confesar mis pecados, arrepentirme y cumplir la penitencia.

La restitución puede ser liberadora y algunas veces necesaria (CCE n. 2412). No obstante, la Iglesia no mantiene estrictamente las leyes mosaicas en este aspecto. No se exige a todo el mundo que pida perdón personalmente por cada pecado de su vida pasada. Ciertamente, en el caso de ciertos pecados (sexuales, por ejemplo), el intento de cualquier tipo de contacto o de restitución podría ser desastroso.

Lo que hace la Iglesia es darnos el tiempo y el lugar donde podamos descargar nuestras almas y recibir el consejo y la gracia que necesitamos para hacer lo justo.

LLEVARLA A CASA

Nuestra experiencia de la misericordia en el confesonario no sirve de nada si no se refleja en nuestra vida cotidiana. Recordemos las palabras de Jesús: «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso» (*Lc 6,36*). Jesús insistió en ese punto, enseñando que la medida de la misericordia que recibamos dependerá de la que hayamos dispensado a otros. «Porque con el juicio con que juzguéis se os juzgará y con la medida con que midáis se os medirá» (*Mt 7,2*). Santiago llega a una conclusión escalofriante: «Pues el juicio es sin misericordia para quien no tuvo misericordia» (*Sant 2,13*).

Dios instituyó un camino para que busquemos y recibamos clemencia. Es un camino sacramental: espiritual pero material, celestial pero terrenal. También nosotros hemos de encontrar caminos –caminos concretos, específicos– para llevar la misericordia a nuestras casas, a nuestros lugares de trabajo, y a nuestra vecindad. No podemos guardar la misericordia de Dios sólo para nosotros a menos que la descubramos a los demás.

Hay infinidad de modos de hacerlo imitando el amor de Dios en detalles especiales de nuestras vidas. En nuestra familia hemos adoptado la costumbre del «día jubilar». En realidad, es una antigua idea. De hecho, es una idea del *Antiguo Testamento*. En el antiguo Israel debía celebrarse cada cincuenta años (*Lev 25,8-55*). Durante aquel año, las deudas quedaban perdonadas, los esclavos, libres, y las personas volvían a las tierras de su herencia. Era un período de restablecimiento familiar y de reconciliación entre generaciones⁶⁹.

Recuerdo todo esto cuando percibo que algo no funciona en nuestro hogar. Si no consigo que los niños acudan a la confesión, en algunas ocasiones anuncio un jubileo familiar, el

⁶⁹ Cf. R. North. *Sociology of the Biblical Jubilee*, Roma, Pontifical Biblical Institute, 1954; ídem, *The Biblical Jubilee... After Fifty Years*, Roma, Biblical Institute Press, 2000.

Señor, ten piedad

momento en que cualquiera pueda adelantarse para confesar una falla o un pecado sin temor al castigo.

Me sorprenden continuamente los cambios que, gracias a esta costumbre, se han producido en nuestra vida familiar y en las vidas de cada niño. En algunos casos han sido ocasión de importantes avances. La lección que llevo a casa –La lección que aprendo cada vez que acudo a confesarme– es que lo que importa es la buena relación, y no hacer todas las cosas exactamente como exigen las reglas.

Dios ha sido generosamente misericordioso con nosotros. En la Antigua Alianza el jubileo tenía lugar cada medio siglo. Eras afortunado si llegabas a ver uno. Incluso la Pascua se celebraba una vez al año. Sin embargo, en la Nueva Alianza, el jubileo se celebra tan a menudo como deseemos recibir el sacramento.

La misericordia de Dios es abundante. No es meramente una suspensión de la justicia: es una paciencia paternal que nos ayuda a alcanzar la santidad, a ritmo lento, porque somos Sus hijos. Al saber cómo actúa la misericordia de Dios en Su familia, deberíamos estar dispuestos a imitar Su misericordia en las nuestras.

San León Magno decía: «La misericordia desea que seas misericordioso. La justicia desea que seas justo. Como el Creador desea verse reflejado en Su criatura, y Dios desea que Su imagen se reproduzca en el espejo del corazón humano»⁷⁰.

BAJA FRECUENCIA

He de confesar que empecé este libro con temor y temblor. En el país donde vivo, el sacramento de la reconciliación ha caído en desuso. En algunas parroquias han fijado en media hora a la semana el tiempo destinado a la confesión. Otras lo han reducido hasta administrarlo con cita. Los pastores dicen que hay poca demanda. Y probablemente no les sorprende. Un estudio reciente llega a la conclusión de que casi la mitad de los sacerdotes aprovechan el sacramento «una o dos veces al año», «raramente» o «nunca».

No obstante, el mundo nunca ha tenido tanta necesidad del sacramento. No podemos vivir sin él, aunque busquemos sustitutivos continuamente. Algunas personas tratan de escapar de sus pecados a través de las drogas o de otras dependencias; los hay que buscan consuelo en consejeros o en distintas terapias. Aunque todas ellas pueden ayudarnos a enmascarar los síntomas, ninguna es capaz de curar la enfermedad. Solamente la confesión de nuestros pecados puede conseguir que nos los borre el Cordero de Dios.

Tenemos necesidad de la confesión. El deseo de misericordia que ha consumido a innumerables santos canonizados –sin mencionar a Lutero y a C. S. Lewis– no ha disminuido en lo más mínimo. Por cierto, ha crecido con mayor fuerza, porque vivimos tiempos de angustia, cuando muchas personas se sienten encerradas fuera del hogar familiar: la casa de su Padre Dios. Y para los que desean recobrar el corazón y la mesa, la llave es la confesión. Mejor aún, el confesonario es la puerta de entrada a la única casa que siempre nos satisfará.

⁷⁰ San León Magno, *Homilía 95.7*. Cf. la Encíclica del Papa Juan Pablo II *Dives in Misericordia*, 30-11-1980, III.4: «De este modo, la misericordia se contrapone en cierto sentido a la justicia divina y se revela en multitud de casos no sólo más poderosa, sino también más profunda que ella. Ya el Antiguo Testamento enseña que, si bien la justicia es auténtica virtud en el hombre, y en Dios, significa la perfección trascendente, sin embargo, el amor es más "grande" que ella; es superior en el sentido de que es primario y fundamental. El amor, por así decirlo, condiciona a la justicia y en definitiva la justicia es servidora de la caridad. La primacía y la superioridad del amor respecto a la justicia (lo cual es característico de toda la revelación) se manifiestan precisamente a través de la *misericordia*».

El mismo Jesús dijo: «Yo soy la puerta; si alguno entra por Mí, se salvará» (*Jn 10,9*). Es una afirmación sencilla, pero implica una enorme cantidad de clemencia, porque todos somos pecadores y, como dice la Biblia, el mejor de nosotros ¡cae siete veces al día!

LA FUERZA SANANTE DE LA MISERICORDIA

Jesús es infinitamente misericordioso, y comparte infinitamente Su misericordia a través de Su Iglesia en el sacramento de la confesión. La confesión es clave para nuestro crecimiento espiritual, y es el modo habitual en el que nosotros, los creyentes, llegamos a un conocimiento más profundo de nosotros mismos, de cómo somos en realidad: es decir, cómo Dios nos ve. La confesión nos protege de vivir engañados sobre el mundo, sobre nuestro lugar en él, y sobre la historia de nuestras vidas. Saca a la clara luz de la mañana del eterno día los oscuros rincones de nuestra alma para que nos veamos ante la mirada de Dios. Puede resultar difícil, y en ocasiones doloroso, pero al final nos salva con el todopoderoso toque de Jesucristo.

A través de la confesión, empezamos a curarnos. Empezamos a enderezar nuestra historia. Llegamos a casa a través de la puerta abierta, para recuperar nuestro lugar en la familia de Dios. Empezamos a conocer la paz.

Repito, nada de esto se alcanza fácilmente. En realidad, la confesión no hace fácil el cambio, pero lo hace posible, sobrenatural y salvífico, no sólo para nosotros, sino para cualquier vida que rochemos. La confesión no es una solución rápida, pero es una cura segura. Tenemos que acudir al sacramento, acudir de nuevo y volver continuamente, porque la vida es un maratón, no una carrera de cuarenta yardas. Desearemos detenernos con frecuencia, pero como un corredor de fondo, hemos de insistir para recobrar el aliento una segunda vez, una tercera y una cuarta. En este caso, contamos con el viento que sopla, porque es el «soplo» del Espíritu Santo.

Cuando hablo de la constante necesidad de la confesión, hablo con conocimiento de causa. Soy un pecador inveterado, aunque soy también uno que encontró su camino, una y otra vez, para arrodillarse y ser sanado en el trono de la misericordia de Dios.

Señor, ten piedad

APÉNDICES

Termino este libro con una oración por mis lectores, y un tesoro de guías y de oraciones. En los apéndices siguientes encontrarás unos recursos que, durante años, han sido útiles para mí, para mi familia y para mis amigos. Ruego para que te ayuden también a ti.

APÉNDICE A

RITO BREVE DEL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

El penitente dice el saludo acostumbrado, *Ave María purísima*, por ejemplo, y se santigua.

El sacerdote dice:

El Señor esté en tu corazón para que te puedas arrepentir y confesar humildemente tus pecados.

El sacerdote o el penitente puede leer o decir de memoria algunas palabras de la Sagrada Escritura sobre la misericordia de Dios y el arrepentimiento, p. ej:

Señor, Tú conoces todo; Tú sabes que te quiero.

El penitente se acusa de sus pecados.

El sacerdote le da los consejos oportunos y le impone la penitencia. El sacerdote invita al penitente a manifestar la contrición.

El penitente puede decir, p. ej:

Jesús, Hijo de Dios, apártate de mí, que soy un pecador.

El sacerdote, extendiendo ambas manos o, menos, la derecha sobre la cabeza del penitente dice:

Dios, Padre misericordioso, que reconcilió al mundo por la muerte y la resurrección de su Hijo y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz.

Y YO TE ABSUELVO DE TUS PECADOS EN EL NOMBRE DEL PADRE, Y DEL HIJO Y DEL ESPÍRITU SANTO.

El penitente responde: *Amén.*

El sacerdote termina:

La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, la intercesión de la Bienaventurada Virgen María y de todos los santos, el bien que hagas y el mal que puedas sufrir, te sirvan como remedio de tus pecados, aumento de gracia y premio de vida eterna. Vete en paz.

Scott Hahn
APÉNDICE B
ORACIONES

ACTO DE CONTRICIÓN

Yo confieso ante Dios todopoderoso y ante vosotros, hermanos, que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión. Por mi culpa. Por mi culpa, por mi gran culpa. Por eso ruego a Santa María, siempre Virgen, a los Ángeles, a los Santos y a vosotros, hermanos, que intercedáis por mí ante Dios, Nuestro Señor. Amén.

ACTO DE CONTRICIÓN

¡Señor mío Jesucristo! Dios y Hombre verdadero, Creador, Padre y Redentor mío; por ser Vos quien sois. Bondad infinita, y porque os amo sobre todas las cosas, me pesa de todo corazón haberos ofendido; también me pesa porque podéis castigarme con las penas del infierno. Ayudado de vuestra divina gracia, propongo firmemente nunca más pecar, confesarme y cumplir la penitencia que me fuere impuesta. Amén.

APÉNDICE C
EXAMEN DE CONCIENCIA

El siguiente examen de conciencia esta reproducido, con permiso, del excelente *Devocionario*, editado por el P. James Socias (Chicago, Forum Teológico del Medioeste, 1995). Puedes usarlo como guía, o plantearle el tuyo propio. Haz cualquier cosa que te ayude a recordar tus pecados. En la presencia de Dios, pregúntate serenamente lo que has hecho con pleno conocimiento y con pleno consentimiento contra los mandamientos de Dios.

PRIMER MANDAMIENTO

- ¿He cumplido mis obligaciones con Dios de mala gana o a regañadientes?
- ¿He descuidado mi vida de oración? ¿He dicho mis oraciones acostumbradas?
- ¿He recibido la Sagrada Comunión en pecado mortal o sin la necesaria preparación?
- ¿He observado el ayuno encáustico de una hora?
- ¿Dejé de confesar algún pecado grave en mi última confesión?
- ¿He creído en supersticiones o he participado en prácticas supersticiosas (como leer la palma de la mano o predecir el futuro)?
- ¿He dudado seriamente en alguna cuestión de fe?
- ¿He puesto en peligro mi fe –sin una razón seria– leyendo libros, panfletos o revistas que contengan temas contrarios a la fe o a la moral católica?
- ¿He puesto en peligro mi fe asistiendo a reuniones contrarias a la fe católica (servicios no católicos, masonería, New Age u otras religiones)? ¿He participado en alguna de sus actividades?
- ¿He cometido el pecado de sacrilegio (profanación de persona sagrada, lugar o cosa)?

Señor, ten piedad

SEGUNDO MANDAMIENTO

¿He fallado en mi intento de cumplir las promesas y propósitos que hice a Dios?

¿He tomado el nombre de Dios en vano? ¿He hecho uso del nombre de Dios burlescamente, en son de broma, con ira o de cualquier otro modo irreverente?

¿He hecho uso del nombre de la Santísima Virgen o de otros santos del modo antes citado?

¿He sido padrino en un bautismo o he participado activamente en alguna otra ceremonia fuera de la Iglesia católica?

¿He mentido bajo juramento?

¿He roto mis votos públicos o privados?

TERCER MANDAMIENTO

¿He dejado de ir a Misa en domingo o en día de precepto?

¿He asistido a Misa vestido inadecuadamente?

¿He llegado tan tarde a Misa, sin motivos suficientes, que no he cumplido con el precepto dominical o con el día de precepto?

¿Me permito distraerme durante la Misa, sin prestar atención, mirando a mí alrededor con curiosidad, etc.?

¿He sido la causa de que otros se distraigan?

¿He llevado a cabo algún trabajo o alguna actividad en el campo de los negocios que haya impedido el culto debido a Dios, el disfrute del Día del Señor, o el descanso adecuado de alma y cuerpo en domingo o en día de precepto?

¿He dejado de ayudar generosamente a la Iglesia en sus necesidades en la medida de mi capacidad?

¿He dejado de respetar los días de ayuno o abstinencia prescritos por la Iglesia?

CUARTO MANDAMIENTO

Para los padres

¿He dejado de enseñar a mis hijos las oraciones, de enviarlos a la iglesia o de darles una educación cristiana?

¿Les he dado mal ejemplo?

¿He descuidado la vigilancia sobre mis hijos; controlo sus amistades, los libros que leen, las películas y los programas de TV que ven?

¿He prestado atención a que mis hijos hagan la primera confesión o la primera Comunión?

¿He prestado atención a que mis hijos reciban el sacramento de la Confirmación?

Para los hijos

¿He desobedecido a mis padres?

¿He dejado de ayudarles cuando lo necesitaban?

¿Los he tratado con poco cariño o sin respeto?

¿He reaccionado con soberbia cuando me han reprendido?

¿He tenido un deseo desordenado de independencia?

¿Hago mis tareas familiares?

QUINTO MANDAMIENTO

¿Me enfado fácilmente o pierdo los nervios?

¿He sentido celos o envidia de otros?

¿He herido o he matado a alguien? ¿He sido negligente conduciendo?

¿He sido ocasión de pecado para otros en conversaciones, contando chistes ofensivos de contenido religioso, racial o sexual; vistiendo; invitando a alguien a acudir a determinados espectáculos; prestando libros o revistas perjudiciales; ayudando a robar?

¿He intentado reparar el escándalo ocasionado?

¿De cuántas personas he sido ocasión de pecado? ¿Qué pecado o pecados estaban implicados?

¿He descuidado mi salud? ¿He atentado contra mi vida?

¿Me he mutilado o he mutilado a otro?

¿Me he emborrachado o he consumido drogas?

¿He comido o bebido más de lo preciso, dejándome llevar por la gula?

¿He participado en alguna forma de violencia física?

¿He consentido o he tomado parte en esterilizaciones directas (ligadura de trompas, vasectomía, etc.)? ¿Me doy cuenta de que esto tendrá un efecto permanente en mi vida de matrimonio y que tendré que dar cuenta a Dios de sus consecuencias? ¿He consentido, aconsejado o tomado parte en un aborto? ¿Soy consciente de que la Iglesia castiga con la excomunión automática a los que practican o aconsejan el aborto? ¿Soy consciente de que esto es un crimen gravísimo?

¿He hecho daño a alguien con mis palabras o con mis hechos?

¿Deseo vengarme o siento enemistad, odio o sentimientos enfermizos cuando alguien me ofende?

¿He pedido perdón cuando he ofendido a alguien?

¿He insultado a otros o les he gastado bromas ofensivas?

¿Me he peleado con alguno de mis hermanos o hermanas?

SEXTO Y NOVENO MANDAMIENTO

¿He consentido pensamientos impuros?

¿He consentido malos deseos contra la virtud de la pureza, incluso aunque no los haya llevado a cabo? ¿Ha habido alguna circunstancia que haya agravado el pecado: Afinidad (relaciones por matrimonio), consanguinidad (relaciones de sangre), así como por estado matrimonial o consagración a Dios de una persona implicada?

¿He mantenido conversaciones impuras? ¿Las inicié?

¿Asistí a formas de diversión que me colocaran en ocasión próxima de pecado, como determinados bailes, películas, espectáculos o libros de contenido inmoral? ¿Frecuento casas de mala reputación o malas compañías?

¿Me doy cuenta de que podría haber cometido un pecado colocándome en ocasión próxima, como compartir habitación con una persona que encuentre sexualmente atractiva, o estando solo con una persona en circunstancias que podrían inducirme a pecar?

¿He descuidado los detalles de pureza o decencia que son salvaguardas de la pureza?

Antes de acudir a un espectáculo o de leer un libro ¿me he enterado de sus implicaciones morales con objeto de evitar ponerme en peligro de pecar y de deformar mi conciencia?

¿Contemplé voluntariamente una pintura indecorosa o dirigí miradas impúdicas sobre mí o sobre otros? ¿Deseé voluntariamente cometer tales pecados?

¿He sido la causa de que otros pequen de impureza o de impudor? ¿Que pecados?

Señor, ten piedad

¿He cometido actos impuros? Conmigo mismo, masturbándome (lo que, objetivamente, es un pecado mortal). ¿Con alguien más? ¿Cuántas veces? ¿Con alguien del mismo sexo, o de sexo opuesto? ¿Hubo alguna circunstancia que diera al pecado una gravedad especial (como la afinidad)? ¿Dieron como resultado un embarazo dichas relaciones ilícitas? ¿Hice algo para evitar o dar fin a ese embarazo?

¿Mantengo relaciones que son ocasiones habituales de pecados sexuales? ¿Me dispongo a darles fin?

En el noviazgo, ¿es el amor el motivo fundamental para desear estar con la otra persona? ¿Vivo el sacrificio constante y alegre de no poner a la persona que amo en peligro de pecado? ¿He degradado el amor humano confundiéndolo con el egoísmo o el mero placer?

¿Llevo a cabo actos como «acariciar», «besuquear», besar apasionadamente o abrazar durante un tiempo excesivo?

Para personas casadas

¿He privado, sin motivo grave, a mi cónyuge del débito conyugal? ¿Exijo mis derechos de un modo que manifiesta la falta de preocupación por la salud física o mental de mi cónyuge? ¿He traicionado la fidelidad conyugal de obra o de deseo?

¿He tomado «la píldora» o cualquier otro anticonceptivo antes o después de que se haya concebido una nueva vida?

Sin motivos graves, ¿hice uso del matrimonio sólo durante los días en que no se produce la concepción, con objeto de evitarla?

¿He sugerido a otras personas el empleo de píldoras anticonceptivas o cualquier otro método para prevenir el embarazo (como condones)?

¿He contribuido a la mentalidad anticonceptiva con consejos, bromas o actitudes (sobre el aborto, la contracepción, la esterilización, etc., ver también el Quinto Mandamiento)?

SEPTIMO Y DECIMO MANDAMIENTO

¿He robado? ¿Cuánto dinero? O ¿cuánto costaba el objeto? ¿Lo he devuelto o tengo al menos la intención de hacerlo?

¿He perjudicado o he sido la causa de perjuicio a la propiedad de otra persona? ¿En qué medida?

¿He perjudicado a alguien con engaños, fraudes, o coacción, en transacciones o en contratos de negocios?

¿He gastado innecesariamente por encima de mis posibilidades? ¿Se ha debido a capricho o vanidad?

¿Doy limosna según mis posibilidades?

¿Siento envidia de los bienes de mi prójimo?

¿He pagado mis deudas?

¿He deseado robar?

¿Me he entregado a la pereza o a la comodidad en lugar de trabajar diligentemente o de estudiar?

¿He sido codicioso? ¿Tengo una visión excesivamente materialista de la vida?

OCTAVO MANDAMIENTO

- ¿He mentido? ¿He reparado el daño producido a consecuencia de ello?
- ¿He acusado a otros injusta o temerariamente?
- ¿He pecado por difamación, es decir, dando a conocer las faltas de otro sin necesidad?
- ¿He pecado de calumnia, es decir, he dicho mentiras sobre otra persona?
- ¿Me he ocupado en cotilleos, murmuraciones o chismorreos?
- ¿He revelado algún secreto sin causa debida?

BREVE EXAMEN DE CONCIENCIA

¿Cuándo me he confesado por última vez? ¿He recibido la Comunión o cualquier otro sacramento en pecado mortal? ¿Deje de confesar, intencionadamente, algún pecado mortal en mi última confesión?

¿He dudado con seriedad y voluntariamente de mi fe, o me he puesto en peligro de perderla leyendo literatura hostil hacia las enseñanzas de la Iglesia o implicándome en sectas no católicas?

¿He participado en actividades supersticiosas, como la lectura de la palma de la mano o la predicción del futuro?

¿He tomado el nombre de Dios en vano? ¿He maldecido o he jurado en falso? ¿He empleado un mal lenguaje?

¿He dejado de asistir a Misa en domingo o en día de precepto sin causa justificada? ¿He vivido el ayuno y la abstinencia en los días prescritos?

¿He desobedecido a mis padres o superiores legales en temas importantes?

¿Me he comportado de un modo egoísta en el trato con los demás, especialmente con mi cónyuge, mis hermanas y hermanos, mis parientes y mis amigos? ¿He actuado por odio o por deseo de venganza? ¿Me he negado a perdonar? ¿He causado heridas físicas o incluso la muerte? ¿Me he emborrachado? ¿He consumido drogas? ¿He consentido, aconsejado o tomado parte activa en un aborto?

¿Contemplo voluntariamente pinturas indecentes o veo películas inmorales? ¿Leo periódicos o revistas inmorales? ¿Participo en bromas o en conversaciones indecentes? ¿He consentido pensamientos o sentimientos impuros? ¿He cometido actos impuros solo o con otros? ¿He tomado píldoras anticonceptivas o abortivas con objeto de evitar la concepción?

¿He robado o perjudicado las propiedades de otro? ¿Cuál era su valor? ¿He reparado el perjuicio producido? ¿Me he comportado honradamente en mis relaciones de negocios?

¿Digo mentiras? ¿Miento calumniando? ¿Peco por difamación, desvelando fallas desconocidas de los demás sin necesidad? ¿He calumniado a otros en temas graves? ¿He tratado de restituir los daños que he causado en la reputación de alguien?

Si recuerdas otros pecados graves además de los indicados aquí, inclúyelos en tu confesión.